

La familia del Comendador

Capítulo I

La quinta de Botafogo

La ensenada que se extiende entre el Pan de Azúcar y la Gloria, lleva en el Janeiro el nombre de Botafogo; y además de ser el centro de la Sociedad escogida, tanto nacional como extranjera, es también uno de los lugares más pintorescos y más adornados con las maravillosas bellezas de la fértil naturaleza de la tierra de Santa Cruz.

La quinta, donde principian las escenas de nuestro romance, estaba situada en una pequeña colina que a pesar de su corta elevación dominaba con todo un hermoso paisaje.

Vestida de la robusta y verdosa vegetación tropical, la blanca y abastada casa que se sentaba en su cima, parecía a lo lejos una gruesa perla engastada en millares de esmeraldas; desde las ventanas que daban al Oriente, se veía la vasta y rica Villa Imperial, derramando sus gigantes edificios, en sus numerosas calles, en las faldas de sus montes, y elevando las torres de sus iglesias sobre los colorados techos de teja; de una ojeada se abarcaba la inmensa bahía, con su eterna cadena de montañas, sus verdes islas, sus infinitas ensenadas. La cordillera de los Órganos extendía a lo lejos su negra cortina por el poniente, y casi sobre la casa parecía curvarse la colosal cabeza del Corcovado.

Esa casa de que hablamos, silenciosa y cerrada, ocultándose entre las inmensas coronas del follaje de sus plátanos, de sus coqueros y jazmines tropicales, es una de esas habitaciones, que divisadas por el viajero a lo lejos en un día de penosa excursión, le hacen suspirar por ese albergue desconocido, que allí en medio del silencio y del calor de algunos grados, le hacen desear el descanso del cuerpo y la paz del espíritu, que parece simbolizar.

Y con todo, allí aun en medio de aquel sosiego de la naturaleza, la lucha de las pasiones, aborta sus dramas, desconocidos del mundo, dramas cuyo desenlace son un balazo en la cabeza a que una familia previsora llama - *accidente fatal*-, un veneno que dan o que se toma, y que pasa por una apoplejía fulminante, una congestión cerebral, nombres técnicos no le faltan a la facultad... así se hace y el secreto de la verdad lo sabe Dios y aquellos que lloran un amor perdido; o prueban el acíbar de un remordimiento que emponzoña el resto de sus días.

Aunque imperfecto, creemos haber dado al lector un leve bosquejo de la casa a que ahora lo vamos a conducir. Lleguemos al pie de la colina, hay una portada de hierro, abramos, étenos ya en la vereda de piedra que va en forma de caracol conducirnos al terrazo, llegamos. Penetremos en la primera sala: es una elegante pieza cuadrada con grandes ventanas a la inglesa que dan sobre el frente y costado de la casa, ese cuarto está adornado con lindos y lujosos muebles, la mayor parte de jacarandá; un hermoso piano de Erard, ricos vasos de loza del Japón, llenos de olorosas flores, todo en fin anuncia que los dueños de aquella habitación son gentes colocadas en los primeros escalones de las jerarquías sociales.

Y con efecto el Comendador Gabriel das Neves era dueño y habitante de la hermosa y pintoresca quinta de Botafogo.

Dos personas estaban en ese momento en la sala. El Comendador y su mujer.

El primero sería un hombre de sus cuarenta años, bajito, delgadito, y de esos seres de fisonomía infantil, que llevan hasta la vejez los trazos de la niñez y que nunca parecen viejos. Esa figurita elegante, perfumada de ámbar, y que era siempre uno de los más asiduos bailarines de todas las sociedades, es el Comendador en cuestión.

Frívolo y ligero, le son desconocidas las afecciones profundas, nunca supo lo que era una voluntad propia; tomo siempre *el placer*, por el amor, y fuera de sus grandes ojos negros, de sus sedosos bigotitos y de sus bellos cabellos castaños, poco le importaba el resto. Se había casado con su prima Carolina, porque su madre así se lo ordenara, y él había obedecido, reservándose el derecho de seducir a las mucamas de su mujer y a todas las jóvenes de su hacienda, que encontraba en su camino; de estos inocentes pasatiempos resultaban siempre ya una infeliz mulatilla, muerta a azotes por orden de su ama, ya una negrita vendida encinta para alguna provincia distante, etc., etcétera.

La mujer del Comendador era una señora casi de la misma edad que su marido: pero de facciones y expresión muy diferentes.

Doña Carolina, era morena, sus cabellos eran negros, sus ojos del mismo color, coronados de largas pestañas y de bien pobladas cejas; mandaba con una mirada y su palabra era rápida así, con su voz ronca y voluminosa. Era baja y delgada como su marido, pero antes que afeminación, bastaba verla una vez para comprender la fuerza de su voluntad y el fuego de las pasiones que dormitaban en el fondo de su alma ardiente e impetuosa.

En el momento que introducimos al lector al salón de nuestros dos personajes, el Comendador acababa de llegar de la ciudad y enseñaba a su mujer diferentes alhajas que le traía, después que agotaron los elogios a las joyas y otros asuntos de ligero interés el Comendador añadió:

-¡Ah! También estuve en casa de madre; válgame Dios qué gorda está aquella buena señora, hoy estaba muy ocupada.

-Sí -respondió doña Carolina sin interrumpir el crochet que estaba tejiendo-. ¿Y qué hacía?

-Acababan de zurrar a Damiana, ya sabes la vendedora de caramelos, y estaban dando palmetazos a Antonia Mina porque no dio buenas cuentas de los bizcochos.

-¡Qué canalla de negras; no se puede una averiguar con ellas! ¡Pobre mi suegra, qué lidia tiene con esas miserables!

-Pero hija, también es mucha ocurrencia de madre estar quebrándose la cabeza con las esclavas, pudiendo emplear ese dinero en fincas que no le darían trabajo alguno.

-Vaya, déjate de eso: se les da duro a las negras y con el dinero de los dulces se van comprando casas.

-Así será, ipero sabes tú que madre tiene unas ideas singulares!

-¿Sobre qué?

-¿No lo adivináis? Hoy me ha echado un largo sermón.

-Pues no faltaba más, ¿que no estoy yo aquí para eso? ¿Voy yo a su casa por ventura a meterme con sus subordinados?

-De cierto que ha hecho muy mal... ¿pero quién se lo ha de decir? Está enojada porque llevamos las muchachas al baile del casino, dice que de repente se van a enamorar de algún estudiante, que tal vez no tenga fortuna, y que después nos ha de pesar.

-La culpa es tuya, ¿por qué llevas a las muchachas?

-Pues como tu madre tiene razón, tratemos de casarlas, principalmente a Gabriela que ya ha cumplido los quince.

-Es la opinión de madre; ¿pero imaginas tú de quién se acordó ella?

-¿Quieres que adivine? No soy bruja.

-Voy a decírtelo, pero no te asustes: ¡el novio que quiere dar a Gabriela es nada menos que mi hermano Juan!

Aquí doña Carolina dio una fuerte carcajada y después de agotar su hilaridad que acompañaba su marido, al compás de los amacones de su sillón de brazos, dijo ella:

-Tiene razón tu madre; tú y tu hermano sois los únicos herederos, casándose Gabriela con él, todo será nuestro desde ahora, porque tú administrarás los bienes de tu yerno.

-Sí, de cierto porque su demencia es incurable.

-Pues no, y en un caso de éstos la dote de la novia corresponde al novio.

-Ya lo creo -dijo el Comendador con cierta risita-; iloco y cincuentón!

-¡Qué fortuna para nuestra hija! -exclamó la madre.

Capítulo II

El novio

Ese loco cincuentón de que hablaban el Comendador y su mujer, considerando su alianza como una felicidad para su hija, era, como ya lo sabemos, hermano del Comendador.

Don Juan das Neves era el primogénito de la familia. Muy joven aún, lo enviaron a la universidad de Coimbra, y cuando concluyó sus estudios fue presentado a la Sociedad de Lisboa; después viajó por Europa.

Recorrió la España, la Bélgica, la Francia, la Holanda, la Alemania y por fin la Inglaterra.

Había deseado fijar su residencia por algún tiempo en este último punto, con intención de estudiar el idioma y dedicarse al conocimiento de la agricultura y de las diferentes máquinas empleadas en aquel tiempo en la labranza de la tierra.

Como representante de una de las familias más ricas del Brasil, tenía orden de su familia de establecer corresponsales que ensanchasen el comercio de exportación de los azúcares y café tales de los diferentes ingenios que poseían.

Don Juan frecuentaba diversas casas, y como era rico, joven, y buen mozo, por todas partes era bien recibido.

Por eso no tardó en contraer amistades íntimas y por fin concluyó por apasionarse de una de las jóvenes con quienes se hallaba más a menudo en sociedad.

¡Amó y fue amado! Ese sentimiento puro y virtuoso de un amor honesto, llenó de encantos la vida de aquel mozo, que era por carácter, de un natural melancólico; que se había criado fuera del hogar paterno, y que pasara los mejores días de su vida concentrado en sí mismo.

Cuando hubo un corazón que dividió con él, dolores y alegrías, sintió don Juan que se colmaba el vacío que hasta entonces hacía tan árida su existencia. Esas dos almas jóvenes, vírgenes de pasiones impuras, se unieron tan estrechamente, que se confundieron en una.

Las miradas de ambos, no iban más allá del horizonte límpido y tranquilo de su mutua ternura. En esa dulce quietud los sorprendió una carta de la madre de don Juan, que le ordenaba volver inmediatamente al Río de Janeiro: su padre había muerto, y él debía ir a ponerse al frente de los negocios de su casa.

Eran dos golpes a la vez; su padre que tenía un carácter blando y humano, era el amigo de la infancia de don Juan; era de la única persona de quien se había separado con pesar cuando dejó sus lares, y era la pérdida irreparable de ese amigo, la que venía justamente a arrancarlo de la atmósfera de amor y de felicidad en que vivía, para hundirlo en los horrores del materialismo, y del repugnante manejo de centenares de esclavos.

¡Uno de los dolores más acerbos que puede herir el corazón humano es la separación de los que ama! ¡Romper los dulces hábitos de una existencia tranquila, para interponer en medio de los dos mares inmensos, gentes y pueblos extraños!

El tiempo sigue imperturbable su curso, los días, las horas, los meses, los años se suceden; entretanto esos rostros amigos que nos rodeaban, están velados por el denso crespón de la ausencia, esa voz querida que también sabía el camino de nuestro corazón, se perdió en el espacio, como la nota errante de

una melodía lejana... ¡esas existencias se dividieron, se perdieron, en el desierto de la muchedumbre indiferente, sin más consuelo que las pálidas memorias de un pasado que nada puede hacer revivir!... ¡Esos ojos, que vagan distraídos fatigados, ya no trocarán largas miradas de amor; esas manos ya no se estrecharán como el lenguaje elocuente y sincero del corazón! ¡Esos pobres huérfanos corazones, ya no latirán uno a la par del otro!

¡Es preciso decirse *adiós!*, ¡cuántos dolores nos cuesta a veces un poco de oro, o una sombra vana y fugaz que llamamos gloria!

Don Juan quiso casarse con Emilia (era el nombre de su querida) pero el padre de ésta era un virtuoso y excelente párroco protestante; habló a los jóvenes el lenguaje simple y augusto del deber, recordó a don Juan que debía obediencia a su madre y que antes de disponer de sí, debería consultarla; porque si ella consentía era para ellos todos una doble satisfacción; y si por el contrario lo reprobaba, era evitarse un disgusto y una desgracia, cual era la de enemistar una madre con su hijo.

El doctor Smith ejercía sobre su familia la santa e imponderable autoridad del cariño y de la dulzura, y como no hablaba otro lenguaje que el de la razón y el deber, no violentaba la naturaleza; por eso en sus horas de desconsuelo repetía a los amantes: Dejad el futuro porque está en las manos de Dios; la convicción de llenar ahora vuestro deber es la mitad del premio a vuestra obediencia y resignación. Más tarde si la suerte os fuera adversa, habréis ya aprendido a vencer vuestras pasiones, y cualquier sacrificio sería menos doloroso, porque superasteis el primer escollo y arrancasteis la primera espina.

Los preparativos del viaje se hacían, y el buen doctor Smith con su conversación piadosa e instructiva, preparaba el corazón de los dos jóvenes a sobrellevar el dolor de la separación.

Con todo, ese día llegó: don Juan y Emilia trocaron sus biblias; eran sobre las que ellos oraban y meditaban con frecuencia, particularmente Emilia, acostumbrada a esa lectura desde su adolescencia; su libro estaba lleno de notas, de recuerdos, eran el terso cristal donde se reflejaba toda su vida pasada: esos años transcurridos en la alegre y limpia casa del presbiterio, ayudando a su buena madre en los quehaceres domésticos, repartiendo su tiempo entre el estudio, el trabajo corporal, entre los pobres y la sociedad de su buen padre.

En fin, el momento solemne llegó. Don Juan penetró por última vez en aquella casa cuya fisonomía serena, anunciaba los hábitos tranquilos de sus moradores.

Esa noche se tomó té en silencio, era una noche de invierno, bastante oscura, y el viento soplaba con violencia; la leña que ardía en la chimenea crujía y lanzaba sus chispas brillantes que caían de nuevo entre la ceniza del hogar. ¡Había esa gravedad silenciosa que indica la presencia del dolor moderado por la educación, y enfrenado por la religión!

¡No sentir! ¿Y quién puede no sentir si este corazón es de carne y no de acero, y son las lágrimas su lenitivo natural?

¡No llorar! ¿Por qué? ¿Será un delito? ¡Oh! ¡No, es el tributo de la frágil naturaleza humana!

Cuando el reloj de la chimenea marcó las diez, don Juan se puso de pie y la familia del presbítero lo rodeó en silencio ¡un abrazo estrecho y un llorar que murmuraba entre cortados adioses fue la despedida! A la mañana siguiente don Juan daba a la vela para Río de Janeiro.

La familia del doctor Smith suspiraba al ver la silla que dejara vacía su joven amigo; Emilia enjugaba una lágrima con la punta de su delantal, pero el dolor no dominaba su vida, porque tenía una fe ciega en la Providencia.

Después de eso, sus quehaceres, sus estudios, y la práctica constante de los preceptos del divino Maestro, combatían el dolor de su joven corazón.

¿Y don Juan? Perdido en la inmensidad de los mares, leía el libro predilecto de su querida Emilia, o meditaba en silencio; curvándose a la omnipotencia del Creador que tantas maravillas ha esparcido en el universo.

Después de cerca de dos meses de navegación, un día gritaron *tierra*, y don Juan volvió a ver aquellas agrestes montañas, cuya vista selvática y grandiosa, produce extraña sensación en el viajero que:

1

No sabe si detrás
De aquella negra cortina,
Hay una ciudad divina,
O un desierto sin verdor.

Don Juan vio con amor esa tierra suya, el aire patrio reanimó un poco su tristeza.

¡Es tan dulce, ese nombre Patria! ¡Y llegar frente a la tierra donde ya no somos extranjeros! ¡Allí donde a cada paso surge un recuerdo de la niñez, de los primeros y únicos días serenos de la existencia!

Pasados los primeros transportes, nuestro viajero recordó los otros tristes cuadros de la esclavitud que había presenciado en su infancia, y se prometió que hoy como primogénito si era llamado al manejo de los intereses, grandes ventajas y reformas podía introducir en los ingenios, contaba aliviar la suerte de sus esclavos, y luego decía, si no me dejan hacer lo que pienso, y si mi madre me niega su consentimiento para mi enlace con Emilia, esperaré mi mayor edad, ya tengo veinticuatro, esperaré un año más, a esa época me entregarán mi legítima paterna y podré volver a Inglaterra.

Don Juan desembarcó, su familia estaba en Macacú, en el Ingenio de la Estrella del Sur, al momento se trasladó a la hacienda y fue recibido por todos con la novedad del recién venido: había salido un niño y volvía un hombre.

Esos primeros momentos de la efusión transcurridos, don Juan se encontró aislado en medio de los suyos.

Desde el día siguiente a su arribo, el canto lúgubre y monótono de los negros, que al despuntar el día ya salen a trabajar, le recordó que esos hombres, esas mujeres, esos niños eran esclavos, que iban a regar la tierra con su sudor, en cuanto que Dios los había hecho libres como a él y un abuso cruel y feroz, atropellara esa libertad, engrillándolos a la más bárbara esclavitud.

Nada tan opuesto en fisonomía y costumbres como la modesta y pobre casa del doctor Smith, y el lujoso ingenio de Macacú.

Allá la práctica simple de la virtud, de la caridad, del amor a sus semejantes.

Don Juan aventuró algunas observaciones, fue un escándalo para la familia.

Habló de humanidad, le respondieron que los negros eran *animales*.

En pocos días su desacuerdo con la familia era completo. Entonces habló con franqueza a su madre, y le dijo que no tomaría el manejo de los ingenios, sino dejándolo libre de introducir las mejoras que consideraba necesarias.

Le mandaron callar, y para arrancarle sus convicciones, los castigos fueron más frecuentes.

Don Juan pidió permiso para viajar de nuevo. Su madre se lo negó. Entonces reveló sus amores, su compromiso, y pidió permiso para efectuar su casamiento; ofreció establecer en Londres un valioso comercio de los productos de sus ingenios, y hacer cuanto estuviese de su parte para aumentar los caudales de la familia.

Cuando doña María das Neves, oyó la historia de los amores de su hijo con una *hereje, hija de un cura casado*, tal su ira que se abalanzó al mancebo y le dio con el chicote que llevaba siempre en la mano. Don Juan hablaba razón, y ella daba golpes, entonces el mozo exasperado, juró que al cumplir su mayor edad, se haría entregar lo que era suyo y huiría de su familia y de su país para siempre. A esa amenaza hecha delante del administrador, de su hijo menor Gabriel, y de las dos hileras de mucamas que cosían en la baranda, doña María llamó al feitor (capataz) y mandó a agarrar su hijo. La tempestad había llegado a su mayor auge. El mozo resistió como un león, seis esclavos vinieron en ayuda de los capataces. Entonces no hubo hijo para madre, sino un hombre enfurecido: apartemos los ojos, y tapemos los oídos... El joven quedó vencido... fue amarrado de pies y manos... y doña María das Neves, mandó azotar su hijo, con el mismo vergajo con que se azotaban los esclavos... Don Juan fue amarrado al tronco del castigo; y sólo cuando sus carnes volaron en pedazos, cuando la sangre corrió de sus anchas heridas, cuando el azotado era un cuerpo inerte, que la fuerza del dolor mismo anonadara, y cuando los esclavos todos de rodillas, hubieron implorado piedad para su joven amo, el castigo cesó, el mártir fue envuelto en paños de vinagre y llevado a la enfermería.

Cuando volvió en sí don Juan das Neves el estudiante de Coimbra, el prometido de Emilia, el humanitario reformador, había perdido el juicio y una carcajada convulsa mezclada de llanto, era todo cuanto decía su dolor. Al principio se creyó que serían crisis nerviosas, después se llamó un facultativo, se agotaron las experiencias de todo género, se le condujo a la corte, todo fue inútil.

¡Estaba loco!

Hasta los treinta y seis años de su vida, tuvo épocas de locura furiosa; al declinar de la juventud, su demencia se tornó tranquila.

Nunca hablaba, y sólo se desplegaban sus labios para dar la carcajada de costumbre.

El dolor y la locura desencajaba sus facciones, raros bellos canos había en su cabeza, y parecía veinte años más viejo, que no lo era realmente.

Declarado *incurable* su madre ejercía el cargo de tutora, administrando los bienes del pobre loco siempre relegado en el ingenio de Macacú, teatro funesto del crimen espantoso que lo arrebatara del mundo de la inteligencia, causándole una muerte, la más cruel, la de la razón.

Y es éste el hermano del Comendador Gabriel das Neves. El hijo primogénito de doña María das Neves, el mismo que una abuela previsora destinaba para marido de su nieta que acababa de cumplir dieciséis años!

Capítulo III

Continuación del precedente

Hemos hecho conocer a nuestros lectores quién era el novio destinado de la joven Gabriela con quien más tarde haremos conocimiento; pero sobre don Juan das Neves tenemos aún que decir. Al romance de su vida, falta un apéndice.

Entre las mucamas de doña María das Neves, había en el ingenio de Macacú una joven mulata, llamada Camila. Era una hermosa mujer de raza mixta, es decir hija de mulata y de blanco; reuniendo al talle alto y flexible de las africanas, el cutis terso, ligeramente bronceado, el cabello negro y brillante de la raza portuguesa. En su rostro oval de facciones bastante regulares, en sus ojos grandes y negros velados por largas pestañas, había tanta bondad como tristeza en su mirar y dignidad en su porte. Resignada, pero no sometida a la esclavitud; desde pequeña, se había distinguido por su inteligencia, sobriedad, aseo y estricta observación de sus deberes. Su noble orgullo, su dignidad no consentían ni aun la más leve sombra de una falta que le atrajese cualquier castigo, por eso con tales cualidades, era ella el alma del gobierno del Ingenio, ella quien tenía las llaves de los almacenes, quien distribuía las raciones, las ropas, quien cuidaba de la enfermería, quien vigila los trabajos del administrador, y en fin era toda la confianza de su ama, que aprovechando esas bellas disposiciones, había hecho enseñar a leer, escribir y aritmética. Camila era contemporánea de don Juan, desde pequeños, le consagraba ella una entrañable afición, y tal vez a eso era debido que rechazase todas las inclinaciones que la solicitaban; a la llegada de don Juan de Inglaterra, Camila había sentido los primeros síntomas de una pasión desarrollarse en su corazón. Con todo sabía ocultar sus sentimientos y encerrar en el fondo de su alma la emoción que la dominaba. Esa tarde fatal de la escena horrible del castigo de don Juan, Camila creyó por momentos perder el juicio, o morir de dolor... empero educada en la escuela del sufrimiento de la esclavitud, devoró sus lágrimas, no dio ni un ¡ay! que traicionase la angustia mortal que la despedazaba.

Después que don Juan fue declarado incurable y relegado en el ingenio, a solas con su desgracia, empezó una vida nueva para Camila. Su señora que no podía sospechar lo que pasaba en el alma de su esclava, le mandó recomendar la asistencia de su joven amo; y la infeliz enamorada, pudo desde entonces consagrar todas las horas de su vida al desventurado objeto de su pasión.

Hay en el amor verdadero de una mujer tantas fases, toma ese amor tantas y tan multiplicadas formas, que el hombre que haya llegado en su vida a ser amado así, puede decir que las puertas del cielo se han abierto para él, porque la mujer amante es el ángel bueno del hombre, y con todo, la mayor parte de los hombres desdeñan por una de esas anomalías tan frecuentes a la humanidad, el alma pura y amante de la mujer que los ama, para correr en pos del coquetismo brillante que los fascina, los abate, y ante el cual doblan ofuscados la rodilla.

Don Juan no estaba en ese caso. Camila podía amarlo sin zozobra de que otra más hermosa o más feliz viniese a matar su amor y sus ilusiones; por eso desplegaba sin recelo todo el lujo de la adhesión profunda que le inspiraba su amo.

Lo que produjo ese desvelo sin tregua, ese cariño intenso, que trazaba en torno del triste demente, un círculo no interrumpido de tiernos cuidados, es que

el loco se habituase a las finezas de su enfermera que la seguía sin cesar, que abandonado del resto del mundo, sin recuerdo de lo pasado, sin conciencia de lo presente, un día su sangre joven se agitó en sus venas y Camila fue madre.

Dos hijos fueron el fruto de esa unión incomprensible de la esclava apasionada, y del insensato que la inspiraba.

Cuando doña María das Neves supo estas ocurrencias, se encogió de hombros y dijo:

-¡Para eso no es loco!

Y de ella:

- ¡La hipócrita de la mulata! ¡Quién se fía en la virtud de *la canalla!*

Los hijos de Camila se llamaron: el primero, que fue varón, Mauricio; la menor, que era mujer, Emilia.

Emilia, porque ese nombre pronunciaba a veces el loco involuntariamente y porque ella, Camila, sabía que ese era el nombre de la joven a quien su amo amaba en Inglaterra.

Esos niños fueron bautizados como esclavos, doña María das Neves reservaba su generosidad para el día que en artículo de muerte hiciese su testamento.

Mauricio y Emilia vinieron a la corte a educarse en un colegio.

Usábase con ellos, de grande reserva, e ignoraban su origen.

La inteligencia no vulgar de Mauricio, llamó al momento la atención de sus profesores, dona María le propuso que escogiese una carrera, inclinándolo al principio a tomar órdenes, porque recordaba que ella necesitaba un capellán, para acompañarla a sus ingenios en la ocasión de la zafra, después recordó que más cuenta le tenía un médico y por fin después de pesar el pro y el contra, se decidió por la medicina, y para obviar pasos y declaraciones lo envió a estudiar a Francia.

Concluido el tiempo de sus estudios volvió el joven al Brasil, ignoraba si era libre o esclavo, pero su diploma de médico por la escuela de Montpellier creía que fuese una garantía más que suficiente.

De vuelta en Macacú, fácil le fue al mozo penetrar el secreto de su procedencia. Su hermana allí se hallaba ya hacía algún tiempo; ambos eran bien tratados, vestían con cierta elegancia, usábase hacia ellos de alguna deferencia, aunque sin ocupar un puesto marcado o una posición fija sus relaciones con la familia Das Neves no eran ni de parientes ni de extraños.

Al proponer doña María das Neves a su hijo Gabriel, el enlace de la niña y del loco, bien sabía ella que era tornarlos más infeliz y sacrificar a su nieta: pero celosa de su poder, y de sus riquezas, va le parecía que Camila y sus hijos podrían llegar algún día al goce de la fortuna.

¡Masa de carne, sin corazón y sin otra inteligencia que la del mal, juzgaba la afección de Camila para con su hijo, nacida del interés y de la ambición, midiéndola por sus propias mezquinas pasiones, y veía solo cálculo donde apenas hubo *fatalidad!*

Con todo, aquella familia de parias vivía si no feliz, por lo menos tranquila.

Don Juan tenía períodos mejores, Camila adoraba sus hijos. Mauricio repartía sus cuidados, entre su desventurado padre y los esclavos; amaba a su madre, que era tan buena para él, y adoraba a su hermana.

He ahí pues la situación de la familia del loco don Juan.

En el capítulo siguiente iremos a conocer todos los individuos de la familia del Comendador Gabriel das Neves, con particularidad esa Gabriela,

novia destinada de su tío, loco y cincuentón el que ya sabemos que en medio de su desventura, al menos estaba rodeado de corazones amantes y dedicados a él, y por cuyo amor y solicitud tal vez se operaba una curación tácita pero lenta de su demencia, fruto de la bárbara tropelía de que fuera víctima.

Capítulo IV

Cuadro de interior

La noche del día en que el Comendador Gabriel das Neves habló a su mujer del proyectado enlace de su hija con don Juan el loco, se reunió la familia en el terrado de la casa.

Era una de esas noches claras y serenas como sólo hemos visto en la equinoccial.

La brisa terrenal venía cargada con las emanaciones del jazmín menudo, de las flores del café y de la manguera. A lo lejos, el rico y lujoso panorama de las montañas aparecía como la sombra de un Titán. El mar era un terso espejo de acero, la luna rielaba en sus ondas dormidas, y millares de estrellas se reflejaban en su seno. Todo era silencio, poesía, amor; fuera del murmullo de las hojas de las palmeras, coqueras y bananales, fuera de alguna errante melodía de flauta, o los lejanos acordes del piano, nada más se oía...

El Comendador y su mujer sentados aparte cada uno en su sillón de brazos, se balanceaban al compás de la conversación.

Hablaban de dinero, cálculo, especulación. A esto todo llamaban ellos el destino de sus hijos.

Más lejos, pero siempre al llamamiento de sus amos, grupos de esclavos hablaban en voz baja.

¡Pobre raza, que los blancos han colocado a la par de los animales irracionales, despojándola no sólo de sus derechos, sino hasta negándoles y proscribiéndoles sus afecciones más justas y caras! ¡y sólo entre sí, al oído uno del otro, pueden murmurar de sus dolores, de sus martirios!

En el otro extremo del terrado se paseaban los tres hijos del Comendador.

Eran éstos un joven de 18 años, Gabriela que tenía 16 y Mariquita la menor de los tres que sólo tenía catorce.

Pedro (así se llamaba el varón) se parecía bastante con su padre, aunque más favorecido por la naturaleza en sus proporciones. Era uno de esos caracteres indolentes, inofensivos, de esos hombres incapaces de tomar una resolución, por sí, y que se dejan dominar fácilmente por las opiniones ajenas. Tenía aversión profunda al estudio, su mayor placer consistía en tenderse en su red, los brazos cruzados y estar allí, las horas perdidas hamacándose, fuera de esto, los bailes, el teatro, funciones y reír siempre.

Gabriela era diferente en fisonomía y en carácter a su familia. Era melancólica y concentrada, leal y sincera en sus afecciones, compasiva con los esclavos, y abrigando un alma altamente templada, debajo de un exterior delicado.

Era alta, y su talle flexible y gracioso tenía una cierta pereza adorable en sus movimientos. El color de su tez no era el blanco alabastrino de la raza anglosajona, ni el trigüeño de los trópicos, era uno de esos suaves morenos pálidos, animados por un colorido casi imperceptible. Sus grandes ojos negros estaban coronados de largas pestañas y bien arqueadas cejas, su frente era ancha y lucían en ella los negros bandos de su cabello de azabache fino y sedoso, su boca era regular y una cierta risita melancólica, dejaba ver dos hileras de perlas.

Tenía en sus ojos, esa mirada límpida y serena que refleja también las sensaciones del corazón, y un cierto no sé qué de lloro que más interesante los hacía.

Mariquita, era uno de esos tipos alegres, bonitos y hechiceros como se encuentran en las muchachas de su edad. Era a la par de eso, de un carácter blando e indulgente, pero a la par de esa docilidad, era indolente e irresoluta, era una copia menos exagerada de su hermano. Por eso se convenían mejor ambos y aunque los tres se querían. Pedro y Mariquita eran íntimos amigos.

Esa noche, Pedro y Mariquita se paseaban del brazo, y Gabriela también lo hacía pero sola y en rumbo opuesto.

Al fin Pedro se llegó a ella y saludándola con gravedad cómica que imitó Mariquita, le dijo:

-¿Podrá usted decirnos en lo que piensa que tan seria está?

-¿Hermano mío -contestó Gabriela- te urge mucho el saberlo?

-Tal vez.

-Pues bien, si quieres que te diga la verdad no lo sé.

-¡Vaya una gracia, y picaresca! ¿Con que no sabes en lo que piensas?

-No lo sé. Mira, ¿ves esta noche tan bella? ¿Ves qué pálida y serena está la luna? ¿Ves los bosques, que apenas se distinguen velados por el crepúsculo sombrío de la noche? ¿Ves las sombras de las casas, cuyos contornos confusos apenas se divisan?... ¿v esos montes tan altos que se ven a lo lejos?... ¿y ese mar que tan sereno murmura a nuestros pies?... ¿Ves? ¿No parece un espejo de bruñido acero?... Pues bien, veo esto todo, gozo y callo, porque siento alguna cosa que no la puedo explicar.

-Tal vez echas de menos tu caballero constante de todos los vales para admirar juntos el paisaje, ¿eh? (esta observación fue hecha por Mariquita).

-¡Oh! -exclamó Gabriela, que sintió refluir toda la sangre al corazón.

-Apuesto a que te has puesto más colorada que un carmín- añadió Pedro sonriéndose.

-¡Sois muy maliciosos hermanos míos! Vamos Pedro que aquella muchacha de la otra noche, con quien bailaste dos veces, tanto simpatizaste con ella, que buen rato pasaron juntos.

-¡Acusóme padre! Es verdad querida Gabriela; pero observa que en cada baile donde voy, tengo una predilecta o favorita, a manera de Rey. ¡Oh!, no soy tan bobo que me vaya a vaya a enamorar sin licencia de mamá; porque en nuestra familia el género femenino es el más fuerte.

-Así debería ser siempre -acudió Mariquita-, Pedro tiene razón, por eso no se apasionará sin licencia de mamá, pero Gabriela y yo no necesitamos permiso de nadie; yo a lo menos he de querer a quien bien me parezca.

-¡Si las facciones del corazón no fuesen espontáneas!

-¡Viva la libertad, y viva la constitución! -exclamó Pedro, haciendo una pirueta.

-Gabriela debería estudiar para orador.

-Eres un loco hermano mío, no se puede hablar contigo, siempre estás con humor de chancear.

-Apoyado señor diputado.

-Mariquita no te burles.

-Vamos a llorar los tres -dijo Pedro.

-Vamos -añadió Mariquita.

-Bueno, continúen ustedes su paseo, déjenme a mi con mis melancolías.

Esto dicho, Gabriela hizo ademán de continuar su paseo, y Mariquita volviendo a tomar el brazo de su hermano, respondió:

—Anda ingrata llorona, pero no pienses mucho en compañero de balsa.

Y Pedro corriendo tras de ella, le decía:

—Por el contrario, hermana, piensa cuanto quieras en él. Las afecciones del corazón son espontáneas, y sobre todo eres mujer, que son las que mandan en jefe sobre nosotros hombres, débiles criaturas que somos.

Aquí tomó el aire y la voz de una señora, y sus hermanas se echaron a reír.

Gabriela siguió su paseo solitario y sus hermanos continuaron riendo y jugando.

La campana de la capilla real dio las diez, y las diez repitieron San Francisco de Paula y las otras iglesias de la Villa Imperial, donde por antigua tradición se toca aún a esa hora *le couvre feu* o *O Ara gao*, como se llama en portugués.

Una criada vino a anunciar a los jóvenes que el té estaba en la mesa. La familia se dirigió al comedor.

Cada uno se colocó en su puesto acostumbrado, una esclava sirvió el té, y la conversación se hizo general. Después del té la familia pasó al salón. Mariquita abrió el piano, cada cual cantó o ejecutó alguna pieza de música, Pedro bailó un Schotisch con Gabriela y terminó ese diurno recreo de familia con una cuadrilla ejecutada por Gabriela y bailada por el Comendador y su señora, por Pedro y Mariquita. Por fin a las once y media se tocó a recoger.

-Niñas -dijo doña Carolina-, mañana es necesario levantarse más temprano, iremos a la ciudad: hay visitas a pagar, compras que hacer, y después iremos a comer con la señora.

Por este nombre se designaba a doña María das Neves. Doña Carolina dio sus últimas órdenes al mayordomo para el desayuno y los carruajes, y todos se retiraron, preocupada la imaginación según encaraban los acontecimientos del día siguiente.

¡Ese día que se anunciaba por un placer y que concluiría enlutando el horizonte del porvenir de alguno de aquellos inexpertos corazones!

¡Y así es la vida!

Y si hubiese una voz arcana, cuyo eco fatídico viniese a revelarnos el futuro, ¡cuánto seríamos desgraciados! ¡más de lo que somos!

Si en medio del placer y de las diversiones, oyésemos de repente el eco maldito decirnos:

“Vivirás sólo 48 horas! Dentro de un mes ese hoy que amas y te ama, estará separado de ti por mil leguas!”

“Madre que acaricias el inocente fruto de tu amor legítimo, prepárate: en cinco días la muerte te arrebatara tu hijo”

“¡Poderoso que ruedas en el oro, dentro de un año mendigarás el pan!”

“¡Tu que hoy lloras, reirás mañana!”

“¡Tú que hoy ríes, llorarás luego”

Capítulo V

Nuera y suegra

Los elegantes cupés a la última moda, ruedan sobre la blanda y blanca arena de la playa de Botafogo. En el primero va doña Carolina y sus hijas; en el segundo el Comendador y su hijo.

Una atmósfera limpia y serena, una brisa del mar, asaz fresca y los rayos de oro de un sol tropical, animaban las tintas divinas que colorean los ricos paisajes de aquella hermosa tierra.

Un día destinado a hacer visitas de intimidad y a gastar dinero en las lujosas lojas de la *calle del Oidor*, era una brillante promesa de placer, y las hijas de doña Carolina iban alegres, como dos jóvenes mariposas que entran en un vergel lleno de flores.

Pedro era menos feliz, porque antes de llegar a la suspirada calle del Oidor, antes de extasiarse en la contemplación de los mil dijes de fantasía de la perfumería Desmarais, y ante las delicadas joyas de Silvain & Jugaud, y cuanto de peligroso encierran los almacenes de Walestein & Masset; tenía el desdichado que acompañar a su padre en una media docena de visitas rigurosamente diplomáticas, en que sólo se prometía ver ancianos respetables y oír anécdotas de la corte de don Juan VI, disertaciones sobre la excelencia del rapé Cordeiro o Princesa y comparaciones del tiempo pasado con el presente.

En fin, a las tres de la tarde toda la familia estaba reunida en casa de la señora.

Doña María das Neves, era una señora como de sesenta años, extremadamente blanca y rosada; había sido rubia, no estaba muy encanecida pero sí enteramente calva.

Tenía los ojos pequeños, de color verde claro, y coronada de cejas duras y espesas, eran raras las pestañas que ornaban sus párpados, casi siempre medio cerrados y bastante avejigados, lo que contribuía a hacer más sañudo su gesto y más torvo su mirar; tenía el rostro, la barba y el labio superior

cubiertos de unos cabellos duros y rojizos, el resto de facciones presentaba un tipo grosero y repulsivo; verdad sea que también estaba desfigurada por la vejez y por una de esas gorduras deformes que son una verdadera plaga, y que le impedía acostarse, viéndose en la precisión de dormir sentada en un inmenso sillón de ruedas, donde día y noche era asistida por cuatro esclavas que velaban por ella.

Ya moviendo el sillón, ya lavándola, peinándola, haciéndole aire, o dándole de beber.

En premio de tan ímprobo trabajo, cuando doña María das Neves estaba en sus días de mal humor, las arañaba, las maltrataba y les decía mil improperios.

El día en que introducimos allí al lector es el destinado para la reunión de familia.

Callaremos los pormenores de una suntuosa comida, los requintes de una mesa, servida con todo el lujo y el esmero debidos al rango de los personajes; después del café los jóvenes se dirigieron a la sala, los balcones se abrieron y nuestros amigos se instalaron allí con sumo placer porque sabrá el lector que la casa de doña Mana das Neves estaba situada en esa célebre calle Derecha que es la más tuerta de la ciudad del Janeiro. Centro del alto comercio, es a toda hora el pasaje de los elegantes que a caballo, a pie o en carruaje, no tienen cosa mejor

que pasear sin interrupción de enero a enero. A pesar de hallarse muy divertidos, Pedro decía a sus hermanas:

-¡Cuándo llegará la hora de volver a Botafogo! No respiro satisfecho hasta no vernos en nuestro lindo terrado.

-Vaya, ¿con que no te agrada la Corte? -decía Mariquita con malicia.

-No es eso, hermana, aquí entre nosotros, tengo miedo de abuelita.

-¡Qué loco eres, Pedro! -respondió Gabriela.

-Palabra de honor, muchachas! Se me figura un tigre viejo.

-¡Pedro!

-Sí, digan lo que quieran, pero cuando me acuerdo de la historia que cuentan del tío Juan, me estremezco a pesar mío.

-¡Es horrible!

-No hablen mal de abuelita.

-Sí, defiéndela Gabriela, pero créeme, si le viene a las mientes es capaz de hacerlas monjas a vosotras, y de querer que me despose con alguna momia del Museo, sólo porque tenga dinero.

Pero dejemos a los jóvenes chancearse con la verdad, y pasemos al comedor, residencia habitual de doña María y donde en aquel momento la acompañan su hijo y su nuera.

Desde que la señora vio llegar ese día la familia de su hijo, comprendió que doña Carolina quería aprovechar la idea del casamiento por ella iniciada.

Conocía también a su nuera, como ésta sabía quién era su suegra; por eso ambas iban avanzando con precaución. Doña María haciéndose de pencas y la otra llevando las cosas por sus cabales, sin entregarse a discreción.

Es que conocía el terreno que pisaba y sabía que a pícaro debe serse pícaro y medio; con todo fue ella la primera rompió las hostilidades.

En cuanto al Comendador, tomaba un semblante de circunstancias y acompañaba con inflexiones de cabeza, aprobativas, todos los párrafos del discurso de su mujer.

-Mi querida suegra -comentó doña Carolina-vine hoy a visitarla, no sólo por tener el gusto de pasar el día con usted, lo que raras veces acontece, principalmente desde que residimos en Botafogo; iporque ya sabe usted la lidia en que vive quien tiene esclavos!, esta canalla que le quita a uno los días de la vida.

-Es un verdadero infierno -añadió el Comendador.

Este accidente dado al tono en que había principiado la conversación ocasionaba naturalmente una pequeña modulación al gusto de doña María, porque una vez sobre ese terreno, ella tenía ocasión de desahogar un poco la acrimonia de su bilis, y ya después de pasado aquel primer capítulo del exordio o introducción, no había más que comenzar el tema.

Así es que con la ultima palabra de doña Carolina, la señora pidió su tabaquera, sorbió un polvo y principió una larga y sucinta relación, de las desgracias, disgustos y amarguras, causadas por los negros a los blancos, por los esclavos al opresor. Palabras fueron que tenemos por bien suprimir, pero que en resumen probaban con evidencia que las víctimas no son los negros, arrancados a su país, a sus afecciones y a su libertad, cargados de cadenas, amontonados a la fuerza en buques nauseabundos y después vendidos como cualquier objeto de mercancía o como animales, a señores que los compran para vivir del sudor de su esclavo, como se compra un buey para arar, caballo para montarlo, etc., etc. Pero los insolentes negros, no se someten a la superioridad de los blancos sino a fuerza de castigos horribles, y ahí está el busilis, la lidia del blanco en enseñar al

negro ciertos puntos del derecho natural que sólo se explican a garrotazos, por consecuencia, las víctimas son los blancos que oprimen y verdugos son los oprimidos, ¡es una lógica asaz sencilla!

En fin otro accidente hábilmente colocado, moduló otro tono y la conversación vino a caer en el tono que buscaba Carolina.

-Así es, señora doña María, siempre le digo a Gabriel, ¡capacidad, energía, como la de tu madre, no hay! Por eso que mis hijos están en una edad de decidir su destino, dije: ahí está su abuela, que disponga ella, sus consejos son leyes.

-Tengo experiencia, sé lo que es la familia.

-De cierto.

-Han hecho ustedes lo que debían; pero antes de todo, ¿no hay alguna idea vuestra, por ejemplo, respecto a Pedrito?

-No precisamente fija, hemos conversado a veces, sobre colocarlo en alguna secretaría o en alguna embajada.

-¡Sonsera hijos!, nada de eso le conviene al niño, el blanco a que debemos dirigirnos es uno, único, la fortuna, aumentar el capital por medio de los casamientos. Pedro es rico, no tiene necesidad de empleos para vivir, tenga él dinero que el resto de nada vale por los honores, ¿qué mayor honor que la plata?

-Eso es la verdad.

-Lo demás es nada. Yo ayer le dije a tu marido que se dejen de llevar las niñas a los bailes, así se les calientan los cascos a las muchachas, toman el gusto a los mozalbetes y después, cuando se trata de casarlas con un hombre serio, que no es ningún pisaverde, vienen con desmayos y suspiros. Eso es meterse en la moda. Yo no, soy antigualla, no me crié con bailes, ni en óperas ni en otras pataratas de esa clase a que llaman el buen tono; en fin cada uno se maneja como mejor le parece.

-Qué quiere usted, querida señora -se apresuró a contestar doña Carolina-, una posición social como la nuestra tiene a veces sus exigencias por eso...

-Niñerías, hija, el rico hace lo que quiere y nadie le toma satisfacción; lo esencial es la riqueza, no necesitar de nadie, y que murmuren, sacan con eso mucho provecho.

Hubo un paréntesis en que doña María sorbió alguna narigadas con estruendo, doña Carolina pareció examinar con mucha atención el bordado y las venecianas de su pañuelo, y el Comendador se preocupó seriamente con las puntas de sus botas, que tal vez no halló cortadas con la maestría necesaria.

Doña Carolina reató el hilo de la conversación.

-Esto de establecer una sus hijas de un modo ventajoso -dijo ella- es negocio bastante serio; y las mías ya están en tiempo.

-Particularmente Gabriela y Pedro. Ayer le dije a tu marido que Juan era un partido conveniente para Gabriela; de cierto que a su muerte soy yo la heredera de su parte, y ustedes son mis herederos, pero por su casamiento con la niña, ella será la heredera en su fallecimiento, y con la parte del patrimonio paterno y demás, ya tienes una fortuna respetable; porque uno de los deberes más sagrados es perpetuar la riqueza en las familias. Juan está viejo, es verdad, pero eso no importa, también yo conocí a mi finado esposo el día en que fuimos a la iglesia, verdad es que sólo después de dos años de casada lo miré a la cara, pues no me pareció nada bonito, aunque es verdad que era un santo... en fin, como para casarse lo esencial es que convenga...

-Por supuesto.

-Lo demás son niñerías.

-Así es.

-¿Vosotros sabéis de esos hijos que tiene con la mulata ?

-¡Oh!, eso son cosas tan comunes.

-Y más en su estado... pero ya arreglaremos eso.

-Así lo espero -dijo el Comendador-, y Mariquita.

-No es tiempo aún; ahora el niño, yo he pensado en Anita, la hija de mi primo Alejandro; justamente hoy de mañana recibí carta de él y me pide consejo respecto a los amores de la hija con un teniente que por todo haber sólo tiene el sueldo pelado.

-¡Qué ocurrencia! ¿Y con eso se quiere casar? No sé cómo hay gente que se permite ciertas pretensiones...

-¡Petulancia! Vea usted, ¡una muchacha que tendrá cien mil pesos de dote como medio y única heredera!

-¡Vaya una friolera! -exclamó el Comendador con entusiasmo.

Combinados enteramente la señora con su hijo y su nuera, se llamó a los jóvenes, y para dar a las resoluciones de familia el sello imponente de una irrecusable autoridad, tomó la palabra doña María.

El primero que oyó su sentencia fue Pedro; es decir se le notificó que partiría para la provincia de S. Pablo a la hacienda del tío Alejandro, porque convenía que se casase con su prima Ana.

Después la abuela ponderó a Gabriela su cariño, enumeró las alhajas que le tenía destinadas fuera de su legítima, hizo un largo discurso sobre la importancia que da el mundo a los ricos, y en fin le levó también su sentencia.

Gabriela palideció horriblemente, un temblor convulsivo se apoderó de ella, pero aún pudo responder:

-Abuelita, ¿se olvida que tío Juan es demente?

-Tu tío es más rico que tu padre porque además de conservar intacta su legítima, los intereses acumulados casi la duplican ya.

-Pues yo -continuó la joven con voz firme-, antes seré monja que casarme con mi pobre tío demente.

Muchas reflexiones se le hicieron, y brillantes promesas le diseñaron, Gabriela las escuchó en silencio. Como todos los caracteres resueltos, usaba pocas palabras. Creía que había contestado lo que sentía, y su resolución era irrevocable.

Al caer el día volvieron a Botafogo no alegres y risueños como esa mañana, sino taciturnos y silenciosos.

Esa noche también se paseaban en el terrado y Pedro, decía a sus hermanas.

-¿Ven ustedes si yo tenía razón en desconfiar del Tigre viejo? ... Pobre Gabriela, ¡qué novio! En fin, mi futura es de mi edad, por eso no hay cuidado, ¡pero será alguna tarasca?

¡Pobres jóvenes, todos sus ensueños se desvanecían ante la austera realidad!

Capítulo VI

Revelaciones

El contento y la serenidad emigraron de la casa del Comendador; los semblantes de los jóvenes estaban pálidos y abatidos, doña Carolina había tomado una actitud severa, como de quien entendía que se haría obedecer. El Comendador procuraba también poner mala cara, y sólo lo conseguía a medias, porque su carita chusca y afeminada no se prestaba a los papeles de tirano.

Vino por fin el último baile del casino a sacarlos de esa general apatía. La estación del calor aumentaba, las familias se retiraban al campo; S. S. M. M. se preparaban a dejar la quinta imperial de San Cristóbal, por su pintoresca residencia de Petrópolis. El Comendador y su señora juzgaron prudente no retirarse de pronto, ni romper de golpe con sus hábitos de elegancia y de lujo. Era además la última reunión en que aparecerían S. S. M. M. Además de que independiente de todos estos motivos ya mencionados, existía aun otro de no poca influencia y era éste la reciente adquisición de los dijes comprados el día de la malhadada visita a la señora; por eso no podía desperdiciarse la ocasión de lucir tanto adorno y atavío. Vino aquella noticia a reanimar un poco a nuestros pobres amigos, la esperanza renació en sus corazones. ¡Es tan fácil consolarse en esa edad y entregarse a las más dulces ilusiones! ¡Cómo desconfiar de un mundo que no se conoce!

Pedro y Mariquita rieron, chancearon, ¡su índole los arrastraba!, les había costado tanto la seriedad de esos días, que ora se entregaban con el mayor abandono a la promesa de placer que tenían en perspectiva.

En cuanto a Gabriela, ésa había sentido refluirle toda su sangre al corazón, y su palidez y su emoción podían hacer suponer que la idea de asistir a ese baile velaba algún otro interés tierno... y es verdad, lectores, ¡Gabriela amaba! No lo sabía, tal vez, porque aun se ignoraba a sí misma, pero el sufrimiento de esos días, ese horrendo casamiento de su juventud y lozanía con la vejez y la locura de su desventurado tío, ¡habían enseñado a Gabriela muchas cosas!... No era sólo el pensamiento de tan desproporcionada unión lo que la atormentaba... ¡pero era que entre su tío y ella se colocaba la imagen de un mancebo, en cuyos ojos había un reproche y una lágrima pronta a correr!

En ese torbellino de bailes y fiestas había encontrado Gabriela un joven cuyo nombre y procedencia ignoraba, sus miradas se cruzaron algunas veces, ella se avergonzaba, y él empalidecía y la contemplaba de lejos. El amor verdadero es tímido, por eso *él* había trepidado mucho tiempo antes de pedirle un vals, había principiado por buscar la ocasión de ser su *vis a vis* en las cuadrillas. Por fin se decidió a pedirle un vals; cuando ella colocó su brazo sobre el de él, cuando aislados del resto de esa dorada muchedumbre, que los rodeaba, se sintieron solos, los pobres enamorados enmudecieron.

En los primeros días de la juventud no hay negocio más serio que el amor... Sí, antes que la prostitución lo degrade, antes que el vicio lo desfigure, antes que el hálito impuro del mundo lo agoste, es el amor una planta aromática hermosa que nace espontánea en el corazón.

Gabriela y su caballero temblaban a cual mejor, con todo ese pudor que luchaba contra lo positivo de acción moral, tuvo un momento de tregua... El joven pasó su brazo alrededor del talle de Gabriela, una ligera presión lo acercó a él, la valsa principió, llevándolos en su raudito torbellino... Sus manos entrelazadas, en ese medio abrazo que irrita los sentidos y en que cuando se

ama, si el labio calla, hablan los ojos, el latir apresurado del corazón y la presión involuntaria de las manos. Esas valsas bailadas cuando se presentaba la ocasión, eran el lenguaje misterioso de ese amor, que no había sido necesario declarar ni confesar porque los sentimientos no son teorías, y su revelación es espontánea.

Pero Gabriela se había vuelto más melancólica y silenciosa. Así cuando de noche se paseaba solitaria en el terrado de su casa, era para repasar en su mente todos esos recuerdos de su primero e inocente amor.

A veces en el silencio de la noche llegaba hasta la quinta del Comendador una melodía lejana de flauta, tocando algún tema de Bellini o Donizetti, y una vez, los acordes de una guitarra se habían oído al pie de la colina misma. Una voz pura armoniosa de barítono, había cantado alguna de esas canciones populares del Brasil, cuya música es tan sentida.

La gente de la quinta poca atención prestaba a esas serenatas tan generales allí, pero en el corazón de Gabriela había una voz arcana que le decía es él. Ahora que sufría y que tan negro porvenir la amenazaba, su alma entera volaba a refugiarse en el alma de aquel que ella invocaba como su religión y amparo.

Al entrar en los salones del casino de pie, en la puerta de la primera sala estaba él, Gabriela lo vio y se saludaron con una ligera inclinación.

Con todo: más animoso que hasta allí, nuestro desconocido animador bailó y paseo con Gabriela toda la noche; fuese por ser la última reunión en que se encontrarían ese año, fuese por uno de esos presentimientos arcanos que se apoderan del corazón y del espíritu involuntariamente, el joven no dejaba un instante a Gabriela, como si de modo la disputase a los que intentaban robársela.

Doña Carolina así que notó la asiduidad del mancebo enfureció, y despachó al Comendador para que averiguase quién era aquel imprudente galán; no tardó éste en volver con la noticia de que ese joven era hijo de un noble hidalgo portugués, pero de escasa fortuna.

La certeza de la altura del linaje hizo tolerable la idea de los juicios del mundo respecto al rendimiento de Ernesto de Souza (éste era su nombre).

Entretanto nuestros enamorados, imprudentes como todos los enamorados lo son, no veían ni oían a nadie sino a sí mismos, mucho tiempo habían callado y ahora se desquitaban; con todo, no piensen nuestros lectores que hablaban de amor, lejos de eso su conversación era inocentísima. Había principiado por la música. Verdi, Donizetti, Bellini, fueron los cómplices de los dos amantes. En esa revista lírica de las obras de los tres maestros era remarcable la simpatía de sus gustos. Hablando sobre música ella confesó que tocaba el piano y cantaba un poco, él dijo que tocaba flauta y cantaba acompañándose con la guitarra. Gabriela se puso encarnada porque recordó al tocador de flauta y al nocturno cantor. Malo es principiar el capítulo de las confesiones porque si ella dijo que le agradaba oír música de noche y en el campo, él se felicitó por eso, cierto de que ella debía de haber oído una melodía de flauta y tal canción acompañada por la guitarra. Naturalmente se le preguntó si vivía en Botafogo; contestó que no, pero que se iba allí muy a menudo a casa de un amigo... ¡para algo deben servir los amigos!... Hay un encanto tan particular en esas primeras comunicaciones de dos almas que empiezan a amar, que no nos animamos a reproducir esas frases entrecortadas, incoherentes tal vez, pero que responden al pensamiento íntimo de los dos interlocutores, pero de la esfera del idealismo bajaron nuestros amantes al terreno ingrato de la realidad, y era esa los cortos

instantes que les restaban a pasar juntos y fue Ernesto el primero que dijo con tristeza.

-¿Cuándo tendré la dicha de volver a ver a usted?

Esa pregunta recordó a Gabriela cuanto había olvidado desde la víspera, y así como en una noche serena de repente vemos una opaca nube velar el pálido fulgor de la luna, así el rostro de la joven iluminado hasta allí, por el amor y la dicha, quedó pálido y empañado por una nube de sombrío pesar; y respondió con voz casi desfallecida a su compañero:

-Creo que será la última vez que nos veamos.

A su vez el enamorado mancebo, sintió que toda su sangre se le agolpaba al corazón y con una mirada de acerba inquietud, contestó a la joven:

-Por Dios... explíqueme usted qué misterio encierran sus palabras.

-¡Soy muy desgraciada señor!

-¿Entonces lo soy yo también?

-Ambos seremos infelices...

-¡Ambos! -repitió él-, pero si usted compadece los tormentos que en mí excitan sus primeras palabras... explíquese icómo no vernos más!

-¡Ah, señor, son secretos horribles!

-Pero es horrible no vernos más... ¿No siente usted que eso no es posible?... ¿Y por qué?

-Porque quieren casarme con otro, y ese otro...

-Gabriela -dijo Pedro, acercándose a su hermana-, es hora de retirarnos.

Ernesto la acompañó hasta la puerta del toilette, donde las otras señoras tomaban sus *sorties des bals*, hizo un profundo saludo en silencio, y se retiró con el infierno en el corazón y la placidez en el rostro que todo hombre bien educado guarda delante de los otros.

La familia del Comendador subió en su coche y tomó el camino de Botafogo.

El placer de esa noche quedó en el casino, los semblantes estaban preocupados.

Al retirarse a sus aposentos, doña Carolina acompañó al suyo a Gabriela, entró con ella y cerró la puerta. La pobre joven sintió una angustia inexplicable. Doña Carolina se sentó y la mandó sentar a su lado. Mujer irracional y de pasiones impetuosas, creía que su título de madre le daba un predominio que el mismo Dios no ejerce sobre las criaturas, a quienes dio la razón y la libertad de la conciencia.

-Hija mía -dijo doña Carolina, contrastando su tono severo y duro con ese nombre tan dulce de hija-, esta noche me ha sorprendido tu indiscreción y atrevimiento; te has comprometido como lo haría una mujer de la ínfima clase.

-¡Dios mío! ¿Y qué he hecho para perderme así?

-¡Lo que has hecho! Imprudente, ¿y ese atrevido mozalbate, con quien has paseado y bailado toda la noche? ¿Qué relaciones, qué intimidad tienes con él? ¿Pues que tú no sabes que ni estando próxima a casarte con él, sería bien visto semejante desenfreno? ¿Y mucho más teniendo tu familia los designios que tiene?

-¡Ah, mamá, yo amo a ese joven!

-¡Lo amas!

-¡Perdón! -exclamó Gabriela, arrojándose a los pies de su madre-, isí lo amo, mamá!

-Levántate y óyeme -dijo doña Carolina. Gabriela se sentó.

-Ese amor no es otra cosa que la insensatez propia de tu edad, ese atrevido mozo ha de ser uno de tantos que sólo aspiran a reírse de las necias como tú.

-No, no mamá, esos es imposible, usted no conoce a ese joven.

-¿Lo conoces tú sin duda? Veamos, ¿ha cuanto tiempo duran esas relaciones? Antes de ahora reparé que bailaba contigo algunos vales, pero no hacía alto en ello... en fin, pues que afianzas por él, dime quién es, cómo se llama, cuál es su posición social.

-No sé quién es..., ni aun su nombre... yo lo amo a él... ¿Por qué? No lo puedo explicar... Desde que le conocí su vista me causaba una turbación involuntaria, pero no sabía lo que era... Hace unos pocos días que sé que lo amo...

-Eres una fatua, una niña sin discernimiento -replicó la noble dama, no pudiendo comprender el noble candor de los sentimientos de su hija-, ni sabes lo que dices, ni lo que quieres tampoco... en fin, se concluyeron los bailes, y te prevengo que cuidado con alimentar tus desatinos, ya te hemos dicho que estás destinada a casarte con tu tío, y debes conducirte con la mayor circunspección.

-Mamá, el día en que abuelita me anunció la determinación de casarme con el pobre tío Juan, yo respondí conforme a mis íntimas convicciones.

-¿Y qué quiere decir esa osadía? ¿Pretendes tú poner la ley a tu familia?

-Pero mamá, es un sacrilegio quererme ligar a mí, joven y en mi sano juicio, a un pobre anciano demente que no sabe lo que hace.

-Tú harás lo que yo te mande porque soy tu madre, prorrumpió doña Carolina midiéndola de pies a cabeza con una cólera indecible.

Gabriela se echó a llorar y decía sollozando:

-¡Eso es horrible, mamá! ¡Era mejor asesinarme!, pero yo antes seré monja.

- ¡Pero esta muchacha está loca! ¿Con que casarte con tu tío, y poseer por ese casamiento una de las fortunas más pingües de esta corte, es querer tu desgracia? -Después reflexionando por algunos instantes, doña Carolina prosiguió con más dulzura:

-Mira Gabriela, nosotros sólo aspiramos a tu felicidad y sólo afianzando tu fortuna podrás ser feliz. Todo es pasajero, inestable e ilusorio en el mundo en que vivimos, pero el dinero ése no lo es, la consideración que da la fortuna y los goces que promete no son ilusiones. Te repugna casarte con tu tío, sin recordar que es un casamiento de mera apariencia, una fórmula de ley que te constituirá heredera de cuantiosos bienes, porque lo que es vivir la vida de casados con tu tío, no lo creo, aunque los locos tienen a veces sus manías... pero, en fin, ya arreglaremos eso... Y después de todo mi cuñado no puede tener una larga vida, porque su enfermedad lo ha acabado mucho, de suerte que no debes pensar sino en lo futuro, cuando viuda, joven y rica te veas adulada y solicitada por tantos que no has de saber a quién dar la preferencia.

La sabia y providente matrona que tan filosóficamente encaraba la felicidad de una niña de dieciséis años se retiró persuadida que había dejado a su hija media convencida, merced al silencio de Gabriela que con los brazos cruzados y la frente inclinada había oído a su madre, mientras que las lágrimas le corrían hilo a hilo por sus pálidas mejillas.

Y la luz del día la encontró así, sentada llorando en silencio y a sus pies llorando también Alina, su esclava favorita, que sufría del sufrimiento de su ama.

Capítulo VII

Ernesto de Souza

Ya que hemos descortinado el misterio que dominaba el corazón de Gabriela, vamos a presentar a nuestros lectores ese joven que apenas hemos entrevisto entre el tumulto de un baile, y que debe interesar a todos aquellos que simpatizan con el amor desgraciado.

Ernesto de Souza contaba veinticuatro años de edad, y estaba al concluir sus estudios para recibir el grado de doctor en medicina.

Era ciertamente lo que se llama un buen mozo como personal.

Hijo de un noble marino portugués, Ernesto tenía todo el tipo aristócrata y excepcional de la nobleza portuguesa. Alto y bien formado, además de la irreprochable regularidad de sus facciones, en su frente, perfectamente contorneada, había como una aureola de inteligencia, de firmeza y de virtud; sus ojos grandes, negros, medio cerrados por sus largas pestañas, tenían una expresión dulce a la vez que altiva. Sus labios eran punzones, su dentadura excesivamente blanca y su rostro oval, no tenía barba pero sí unos negros y sedosos bigotes que se armonizaban con su cabello negro y levemente rizado, dando una gracia infinita al color trigueño de su tez, algo pálida pero fina y arrasada como la de una mujer. Después de estas ventajas todas, agréguese que se vestía con una elegante simplicidad que le convenía perfectamente, y que la distinción de su figura y de sus maneras contrastaba con la modestia de su porte, y con ese abandono y esa gracia varonil tan de buen gusto y mil veces preferible a las pretensiones de una superioridad afectada. Ahora ya ven nuestras lectoras que nada era tan fácil como que la pobre Gabriela se apasionase de un mancebo tan cabal. Si es verdad que el amor entra por los ojos, nada tan a propósito para inspirarlo como la belleza, es verdad que suele decirse que "la belleza está en los ojos de quien ama", y si así no fuese, ¡pobres feos y feas! No deja de ser una fortuna que el gusto por la verdadera belleza sea sólo instintivo, y que haya criaturas que enteramente no poseen ese instinto. Son las dotes físicas casi siempre las que obtienen la primera ventaja, y desgraciadamente la inteligencia y la virtud, aunque más seguros en su predominio, nunca obtienen esas victorias fugaces sí, pero brillantes de la belleza.

Bien, ya conocemos al individuo, pasemos a analizar el hombre moral, veamos si en la lotería del amor Gabriela ha sido tan feliz que ha encontrado reunidas la virtud y la belleza.

En vez de hacer una anatomía importuna del alma de nuestro héroe, preferimos convidar al lector a que siga nuestros pasos y entre en casa de Ernesto; estudiar el modo de vivir de las personas, sus hábitos, el régimen interior de una casa, es el medio infalible de llegar al conocimiento moral de los individuos, porque el hombre imprime su carácter a todos los objetos que lo rodean y hemos llegado a convencernos que un estudio detenido de esos rasgos imperceptibles y espontáneos de la vida privada, es más seguro que el de las fisonomías. Vamos pues a camino. Hay un paraje delicioso y pintoresco en el Janeiro, que se llama "O Saco do Alferes". Viene esto a ser un desfiladero estrecho entre dos montañas, ocasionado por la abertura practicada en una montaña que la hace parecer dos; ese camino abrevia el pasaje a San Cristóbal y viene a quedar en una playa deliciosa. Antes de entrar al Saco do Alferes, a la extremidad de un vasto campo, en la misma orilla del mar sobre un espacioso terrado de piedra, estaba construida la casa de los Souza. Era ésta una

habitación de arquitectura moderna, en un estilo mixto como lo son en general en el Río, había, el jardín inglés a la entrada con pabellones a la chinesca, las persianas verdes y las ventanas a imitación de la China; también si una de esas ventanas se abre, veremos ondular con la brisa, los pliegues vaporosos de una blanca cortina de muselina; pero, entremos sin ceremonia lector, es más cómodo y mejor; ved qué simetría tan perfecta hay en esas calles de blanca arena, en esas alamedas de árboles copudos, en esos cuadros llenos de flores tropicales, qué suave aroma nos envuelve. ¡Cuánto debe ser dulce y tranquila la vida pasada en un albergue así! ¡Debajo de un cielo tan sereno, respirando el perfume de mil flores, y pudiendo extasiar los ojos en esos magníficos paisajes de eterna verdura, y reposar el pensamiento en la cima serena e inmortal de esos montes colosales, templos desconocidos de la Divinidad del Creador!

En casa de Ernesto de Souza, no encontraremos los lujosos muebles, de la quinta del Comendador, ni las porcelanas, cuadros y adornos de la moda. El adorno de la habitación del Saco do Alferes es severo, de buen gusto y tiene el lujo particular a esos muebles de familia desterrados hoy por el pino disfrazado con una máscara de caoba, que semejante a las decoraciones teatrales es bueno para la ocasión del momento, pero que no resiste a la acción severa del tiempo.

Para analizar la casa de Ernesto, preciso es hacer algunas explicaciones.

Don Egas de Souza, padre del amante de Gabriela, era como hemos dicho un noble portugués; hijo segundo de una gran familia, por las leyes de otro tiempo se veía despojado de todo patrimonio que era de derecho herencia del primogénito, aun don Egas fue feliz de ser el segundo pues a lo menos pudo escapar de la sotana y entró en la marina real. Peleó en la guerra de la península contra Napoleón y por fin concluida la guerra vino don Egas al Brasil a buscar a don Juan VI, allí refugiado; pero no volvió a Portugal, sino que entró al servicio del príncipe regente don Pedro IV, primer Emperador del Brasil.

Declarada la Independencia del nuevo Imperio, don Pedro dio licencia a varios oficiales de la armada para tomar el mando de buques mercantes. Don Egas fue habilitado por un negociante amigo suyo; hizo algunos viajes felices, realizó muy buenos cargamentos y por fin cuando libre de la tiranía de don Miguel, Portugal tuvo una carta constitucional, el hermano de don Egas restituyó a su hermano su legítima. Componíase ésta de muebles, alhajas y retratos de familia, entonces don Egas se retiró al Janeiro con una fortuna mediana que le aseguraba el pan y el descanso de su vejez, y que le permitía gozar de la compañía de su esposa de la cual muchas veces se había separado por exigirlo así la dura carrera del marino.

Era Ernesto el único fruto de esa unión y por consiguiente fácil es de suponer cuánto sería querido de sus padres.

Entremos a la sala de ceremonia, ésta es la pieza clásica de la casa, allí sofá, sillas y mesas que contaban tal vez cien años, allí los retratos de los Souza, unos con las viejas armaduras de las guerras de África, otros con los atavíos de la corte de don Juan IV. En lugar de nuestro pobre papel ordinario, una rica tapicería de China, que adornaba las paredes. Seguía otra sala, reunión habitual de la familia y amueblada con diferentes trastos curiosos, colección paciente de los viajes de don Egas, en el centro de esa sala había una mesa toda de mármoles de colores, sustentando una grande urna de cristal y dentro de ella el padrón hecho en marfil, del buque en que don Egas ganó su modesta fortuna.

No faltaban pieles raras; objetos de mineralogía y de historia natural ornaban las mesas, y en vez de alguna porcelana ordinaria o de algún vidrio

imitando el cristal, era más seguro encontrar un pedazo de cristal de roca en bruto, un ópalo, una concha llena de perlas, etc., etcétera.

No abriremos la puerta de la alcoba de doña María de Souza, la madre de Ernesto, donde hace tantos años que goza esa dicha, la más bella de todas, la de un amor honesto y legítimo.

He aquí el cuarto de Ernesto, o más bien dicho el departamento donde vivía. Ocupaba éste un jirón de doce varas, repartidas en tres piezas. Una alcoba modesta, limpia y arreglada como la de una virgen, continua a un gabinete de vestir y a una salita con ventanas al mar, lo más remarcable allí, son dos librerías de caoba cerradas con vidrieras; no hay más romances entre esos libros todos, que el de Pablo y Virginia, los demás son diccionarios de idiomas, libros de la facultad de medicina, viajes, historia, filosofía y una rica edición del Evangelio. Ni un grabado licencioso, ninguno de esos romances libres que provocan la alegría de la mayor parte de los jóvenes.

Los retratos de don Égas y doña María, presidían el recinto del estudioso joven; una flauta y una guitarra encima de una mesa, traían a la mente el trovador nocturno de Botafogo. En otro rincón vemos una escopeta de caza, algunos vasos con flores, un escritorio, etc. Y si usando de nuestro privilegio de espías, abriésemos cualquiera de los cajones, ya a la vista, ya secretos de ese escritorio, no hallaríamos ni billetes ni recuerdos de antiguos amores o de una de esas relaciones íntimas a veces inevitables en la juventud.

El aseo, el orden, la tranquilidad de aquella casa, eran el símbolo de la pureza y de la serenidad del alma de sus moradores.

Para completar el cuadro, leemos en la cara risueña y satisfecha de los esclavos, que son tratados como hijos por sus amos.

Así es que ya sabemos lo que Gabriela tiene que esperar del amor de un joven, cuyo único amigo hasta allí ha sido su padre: que no ha tenido ni desvaríos, ni amores, ni aventuras, y que la ama con la misma sinceridad que ella a él.

Decir como se pasaban allí los días y las noches es imposible, pintar esa dicha tranquila y profunda no es dado a las palabras.

Vivían bien con todo el mundo sin frecuentar con exceso las sociedades. No eran preocupados con su hidalguía y si abrigaban algún orgullo era el de la extrema dignidad de sus acciones. No eran ricos como se ve, ni pobres enteramente, pero nadie entraba sin emoción en aquella sala, página arrancada a la historia de una nación en las tradiciones de una de sus primeras familias; nadie encaraba sin respeto aquellos viejos guerreros de las cruzadas de África, ni era posible recostarse en uno de aquellos antiquísimos sillones consagrados por tantos recuerdos históricos. Por eso los Souza recibían en su modesta habitación los primeros personajes del imperio y los que aportaban al Janeiro, y esto con la misma gracia y desembarazo que si se hallasen en el palacio de sus abuelos.

En su régimen interior eran observadas esas costumbres de buen tono, pulidez y delicada galantería que caracteriza la sociedad escogida de todos los países; maneras que no se aprenden sino con la primera educación, y que difícilmente imita el que debe su engrandecimiento puramente a la riqueza.

Así es que prescindiendo de todos los defectos anexos la humanidad, por lo menos la educación moral, religiosa e inteligente de Ernesto de Souza era una garantía para Gabriela, y para nosotros que ya lo conocemos, supongo que será un amigo simpático con quien no desagradará entretenerse en los ratos de ocio.

Capítulo VIII

Situaciones

Un mes largo ha transcurrido desde el último baile del casino. Muchos acontecimientos han tenido lugar en ese espacio de tiempo; Pedro ha partido para San Pablo, jurando a sus hermanas que no ha de ser él quien se case contra la voluntad de su prima, y que por el contrario la ha de proteger en sus amores con el tal teniente de que ya tiene noticia: el adiós fue tan doloroso como el de hermanos que se separaban por la primera vez de su vida, y que al separarse sólo esperaban sufrimientos.

La quinta de Botafogo estaba silenciosa como nunca, y sus moradores disidentes y melancólicos.

Doña Carolina seguía con intrepidez sus proyectos sobre Gabriela, se había enviado un propio al ingenio de Macacá para traer el loco: pero éste había resistido el salir de allí, entonces decidióse que iría el señor Comendador en persona a arrancar el infeliz demente de los brazos de esa familia providencial que se había creado sin saberlo.

Entretanto el procurador de la familia había comenzado las diligencias para el casamiento; es verdad que el caso era espinoso, y los escrúpulos de la iglesia sólo se aplacan a fuerza de oro.

Ni la madre ni la hija se dirigían la palabra: doña Carolina estaba más imperiosa que de costumbre, Gabriela pálida y abatida, conservaba siempre en sus ojos las huellas húmedas de tantas lágrimas como derramaba día y noche... Mariquita también andaba llorosa, las rosas de sus frescas mejillas estaban veladas por una leve nube de palidez... Si olvidaba su pesar reía con sus mucamas, o paseaba por el terrado, de repente se sentaba pensativa y una lágrima silenciosa deslizaba de sus negras pestañas.

Lastimaba a Gabriela que permanecía día y noche encerrada en su cuarto, se acordaba de Pedro, de su travieso compañero, del tiempo en que todos jugaban y vivían alegres y tranquilos... Conversaba de estas cosas todas con su esclava favorita; después de recordar paso a paso el camino que habían andado hasta allí, después de recordar escena por escena, de esos cuadros de familia, de esas fiestas de otro tiempo, ambas suspiraban, rezaban, pedían a Dios fervorosamente, su protección, ofrecían novenas, mil promesas de su inocente y sencilla devoción que las consolaba y les hacía más soportable el presente, esperanzadas en esa misteriosa providencia, cuya mediación eficaz vendría a devolverles esos días serenos que ya iban perdidos sobre el océano movedizo de la vida, iflores que la mano avara del tiempo había segado y que no volverían jamás, malogrado sus devociones y novenas!

¿Y Ernesto? Pobre enamorado, no pensaba en otra cosa que en las misteriosas palabras de Gabriela. ¡La querían casar con otro!... ¿Y ese otro? ¡Él no sabía quién fuese!

Por un esfuerzo supremo de la voluntad, reaccionando contra el impulso vehemente de las pasiones, asistía Ernesto a su clase y llenaba las horas prescritas al estudio; pero andaba triste, preocupado; rondaba de noche a pie de la quinta de Botafogo; alguna vez hizo oír los dulces sonidos de su flauta que Gabriela escuchaba de rodillas en el fondo de su aposento... o entonaba una canción cuyos compases fugitivos llevaba lejos la brisa sin llegar siquiera a los oídos de su querida.

Otras veces Ernesto montaba a caballo, recorría los alrededores de Botafogo, cansado de buscar en vano la imagen que le velaba el misterio y la ausencia, soltaba las riendas a su caballo, y él se embecía en sus tristes pensamientos. Unas veces se perdía en las montañas del Andarahy, otras trepaba a la Tijuca, y sin número de noches pasaba vagabundo, recogándose para casa a los primeros albores del día.

Ernesto gozaba entera libertad en casa de sus padres, por eso entraba y salía según su deseo, pero este régimen de vida nuevo en él, y la angustia de su corazón, no tardaron en imprimir el sello del sufrimiento en la pálida frente del mancebo: ligero círculo violeta cercó sus ojos, y el malestar físico y moral precursor de la fiebre, vino a alarmar muy de veras a los moradores del Saco do Alferes.

Ansiosos y afligidos observaron a su querido hijo sin atreverse a interrogarle y esperando que se confiase a sus viejos y fieles amigos: no tardó en suceder así, y la primera vez que el joven vio los ojos de su madre llenarse involuntariamente de lágrimas y la frente serena de su padre presentarle un pensamiento doloroso, los tomó a ambos por la mano, se sentó en medio de ellos, y estrechándolos contra su pecho les pidió perdón de haberlos afligido; les confesó su amor y sus martirios y todo cuanto sufría hacía ya un mes por la incerteza en que estaba de la suerte de su amada, y por no poder penetrar el misterio que la rodeaba.

El viejo Souza respiró, doña María abrazó afectuosamente a su hijo y se convino que el modo más breve de salir de dudas y de penas, era el pedido oficial de la mano de Gabriela para el joven Souza.

De modo que don Egas mandó preparar su carruaje para el otro día a mediodía; y desde esa noche sacó su grande uniforme de gala, prendió al pecho de esa casaca todas las cruces y condecoraciones que poseía, no se olvidó su mejor chaleco bordado, su fina camisa de Olan, su rico espadín con cabo de turquesas, y por último ningún requisito olvidó el viejo de aquellos que podían contribuir a dar la mayor solemnidad al paso que iba a dar.

En cuanto a Ernesto comió algunos bizcochitos al té, pues hacía días que apenas tomaba alimento, estuvo más animado, y cuando se retiró a su cuarto, hizo tres o cuatro páginas de malos versos a la dama de sus pensamientos, y se durmió soñando que se casaba de allí a ocho días.

Capítulo IX

La fugitiva

Esa noche que acababa de transcurrir para Ernesto, tan tranquila y esperanzosa, ha sido la más cruel y terrible para Gabriela; esa tarde antecedente había llegado el Comendador trayendo a su infeliz hermano medio maniatado, único modo de hacerlo entrar en el coche, y de obstar a que durante el tránsito huyese y se entrañase en alguna selva impenetrable.

El aspecto de don Juan espantaba, sus cabellos estaban erizados, su rostro lleno de barba porque hacía ocho días que no se dejaba afeitarse, ni lavar, ni vestir, en sus ojos lucían la inquietud y el furor de la demencia.

En vano doña Carolina con pérfido desvelo lo procuraba acariciar y acercarse a él, porque el loco huía de ella, y gritaba con voz ronca y convulsa: ¡Camila! ¡Camila!

Al instante se mandó buscar el médico de la casa: el facultativo hizo amarrar el enfermo, y a fuerza de ventosas, de sanguijuelas y de sangrías, lo dejó en tan perfecta calma que más parecía un cadáver que no un viviente.

A esto se llamó notable mejoría; el demente exhausto de fuerzas, cayó en una especie de idiotismo que el doctor clasificó de tranquilidad y los circunstantes tejieron nuevas coronas al sabio discípulo de Hipócrates, y sólo por tener el gusto de recibir la vida de su mano hubo quien desease aunque no fuese más que una leve indisposición.

Entretanto, Gabriela, que había oído desde su cuarto la bulla inusitada en la casa y los alaridos de su prometido o para mejor decir del novio con que la amenazaban, perdió los sentidos diversas veces, entre los brazos de Alina, que fiel como el perro a su dueño no desamparaba a su querida ama. ¡Qué noche para Gabriela! Imagínenla nuestras lectoras, colocándose por un momento en su posición.

-¡Ay, Alina -decía la desgraciada-, llegó mi tío! ¡Lo que va a ser de mí Dios mío!

-¡Señorita -contestaba Alina-, ama de mi corazón, tu esclava rogando a Dios mucho! ¡No oye mí!

-¡Pobre Alina, tú a lo menos tienes compasión de mí!

-¡Oh, mucha, yo madre de mi ama, yo no hace ese!

-Es necesario tentar un último esfuerzo -dijo Gabriela, y levantándose de su cama, donde hacía dos días que la fiebre y la postración la retenían, se dirigió al cuarto de su madre.

Había enflaquecido tanto la pobre joven, estaba tan pálida, tan desencajadas sus facciones que el Comendador y su mujer al verla se sorprendieron un poco, particularmente el padre que era menos malo que las dos matronas, a quienes vivía subordinado; pero a una seña de doña Carolina se retiró del cuarto no sin hacer antes una caricia insignificante a su hija.

Gabriela se arrodilló en silencio y abrazó llorando los pies de su madre.

-¿Qué tienes Gabriela? ¿Qué llanto es ese? -dijo doña Carolina con tono de extrañeza.

-Mamá... he oído todo... ¡mi tío llegó!

-Y bien, ¡qué extrañas en eso!...

-¡Oh!, sus gritos me han helado de espanto y de piedad... ¿Mamá no es verdad que ese casamiento con que me amenazáis es ilusorio? ¿No se verificará?

-Por la terquedad de una niña, no se trastornan sabias combinaciones de familia.

-¿Entonces queréis violentarme?

-¿Y tú quieres desobedecer a tus padres?

-No es posible este enlace, mamá.

-Ya me lo has dicho antes de ahora, y ya te contesté.

-¿Entonces debo morir?

-¡Oh!, no seas tonta, no se muere una mujer porque la casen contra su gusto, y mucho menos cuando por ese casamiento adquiere una enorme fortuna.

-De suerte que sólo un milagro de la Providencia me podría sustraer a mi fatal destino.

-Basta de locuras y de impertinencias-gritó doña Carolina, empujando su hija de sí-, levántate, retírate a tu cuarto y déjate de boberías, mañana aprovechando la mejoría de Juan, se firmarán los contratos y tan pronto como el médico diga que no hay peligro se desposarán. Por última vez te lo repito, no exageres un pequeño sacrificio con el que obtendrás una posición ventajosísima...esos amores que te trastornan la cabeza no merecen la pena de recordarse siquiera; ¿sabes qué le sucede a la mayor parte de las jóvenes que se casan por amor con uno de esos pisaverdes de la moda? Que a los seis meses de casados ya desprecian la mujer y la suplantán por cualquier querida; y la que se sacrifica por hombre alguno va engañada, porque el pago que ellos dan, es sacrificar por su turno a la que se ha sacrificado por ellos.

¿Pensarán nuestros lectores que exageramos? No, por desgracia, nada tan general como ese escepticismo revoltante entre muchas madres que creen así dar lecciones de experiencia a sus hijas, entre tanto que sólo siembran espinas para el porvenir.

Gabriela oyó a su madre sin responder ni una palabra, no lloraba y al retirarse dijo a su madre, como siempre:

-Buenas noches, mamá. Su bendición.

-Buenas noches, hija. Dios te bendiga. ¡Ah!, oye, tu abuela ha encargado para ti uno de los más ricos ajuares de novia y demás lujo, la Sieb hará tus vestidos, mañana o después iremos a la ciudad. Anda y descansa.

-Bien, mamá -contestó la infeliz niña y entró en su cuarto. Alina la esperaba inquieta, y así que la vio corrió a ella.

-Qué dice señora.

-No hay esperanza... Alina, ivoy a huirme esta noche!

-¿Yo con vos, señorita?

-No puede ser.

-¡Oh!, ¿de noche sola vos?

-Sí.

-¿Y para dónde?

-¡A un convento!...

-¿Vos monja, mi ama? ¿Yo no verte más?

-¡Será lo que Dios quiera!

Ambas quedaron en silencio, el resto de la noche, cada hora que marcaba el reloj que había en el comedor y los relojes de las iglesias que en el silencio de la noche se oían a los lejos, redoblaba la aflicción de Alina, que iba a perder su ama y tal vez para siempre... ilya pobre esclava no tenía a nadie en el mundo sino a ella!

Por fin dieron las dos de la mañana.

-Las dos -repitió Gabriela y acercándose a la ventana vio que aún era de noche, que las estrellas brillaban en el cielo... de allí a un momento, la portada de hierro de la quinta rodó sobre sus goznes, los esclavos jornaleros fueron saliendo uno a uno, Gabriela contó el último, y cerca de las tres sería cuando abrió la ventana, levantó la vidriera y seguida de Alina bajó la ladera; llegadas a la puerta se arrojaron una en los brazos de la otra, allí no había esclava ni ama, ni blanca ni negra, había dos mujeres afligidas, cuyos corazones nivelaba el dolor y la amistad.

Gabriela echó a andar y Alina de rodillas la siguió con sus manos cruzadas en oración, hasta que sus ojos no distinguieron más las ondulaciones del blanco vestido de su adorada ama y que la arena amortiguó los pasos de su carrera... entonces Alina dio las más violentas señales de desesperación, hasta que calmándose un poco subió la ladera veloz como un gamo, entró en el cuarto de su ama, y se acostó en un rincón, cubriéndose la cabeza y revolviendo allá en su mente de qué modo ejecutaría la escena de comedia que tenía que representar esa mañana; nosotros no la detallaremos; seguiremos antes los pasos de Gabriela, la veremos concluir la playa de Botafogo, la calle del Catete, el Malecón de la Gloria, la plaza de la Lapa, y tomar la calle de Santa Teresa, con ella subiremos la pendiente que conduce al convento de ese nombre, colocado en situación tan pintoresca como un sepulcro en medio de un vergel de lozanas flores.

La blanca luz del alba luchaba aún con las últimas sombras de la noche... Un murmullo sordo y lejano anunciaba que la villa imperial se despertaba; en sus calles rodaban ya multitud de carros, el colono europeo dirigiéndose a su trabajo, entonaba la canción patria, último vínculo que lo ligaba a los recuerdos de su hogar; el negro tocaba en su marimba el sentido londú de su país natal, y las campanas de las iglesias llamaban a la misa matinal.

Gabriela entró en la portería, su mano trémula sacudió el cordón de la campanilla, y el torno se abrió.

-¿Quién está ahí? -preguntó una voz nasal bastante cascada.

-Soy yo madre.

-¿Yo, quién?

-¡Oh, abridme por piedad!

-Aquí no entra nadie sin orden del capellán.

-¿Y no podría hablar a la madre abadesa?

-Pero diga lo que quiere.

-Entrar en el convento -dijo Gabriela con voz apenas inteligible-

-Bueno, ¿y por qué viene sola? ¿Qué, no tiene padre, ni madre?

Hacía algunos momentos que la soledad que la rodeaba, el silencio de aquel sepulcro vivo, la agitación de su marcha y la misma predisposición de su espíritu, agitaban extrañamente a la infeliz joven, esta última pregunta de la tornera, evocando sus recuerdos la lastimó tanto que sintió una congoja mortal ampararse de su ser, y en vez de responder, le flaquearon las rodillas, nublósele la vista y cayó sin sentidos al pie del torno.

Al oír la caída gritó la tornera.

-¡Jesús te valga!

Poco después se oyó bulla de pasos que se acercaban, ruido de una puerta que crujía poco habituada a abrirse, anunció la proximidad de las monjas: algunas de las más mozas cargaron la pobre joven y la recogieron al locutorio, mientras se llamaba al capellán; allí la dejaremos, en medio de aquellos bultos negros, que se devanaban en inducciones esperando a que la enferma abriese los

ojos para preguntarle mil cosas a la vez; y con el intervalo de algunas horas, a eso de la una de la tarde, poco más o menos, acompáñenos el lector a la quinta de Botafogo, a cuya portada para un elegante coche aunque modesto: el caballero que viene dentro, alarga una tarjeta al paje que espera en la portezuela, y éste sube corriendo la ladera, a los diez minutos vuelve el lacayo, la portezuela se abre, y don Egas de Souza, vestido en uniforme de grande gala, se encamina a la sala de ceremonia del Comendador Gabriel

das Neves.

Recibido por doña Carolina, e informado de que el Comendador se hallaba ausente en la ocasión, el noble marino hizo su petición en forma.

Lisonjeada por tan alto favor respondió la señora que ya se había dispuesto de la mano de la niña, a favor de una persona de la misma familia... y después de algunos momentos de hesitación, prosiguió:

-Aunque creo que mi niña tiene alguna predilección, cosas de jóvenes, por su hijo de usted, el señor Ernesto...

-Entonces conviene que se casen, señora.

-No siempre se puede condescender con los jóvenes... como ya tuve el honor de decirle a usted, tenemos otros designios.

-Pero sin duda no tendréis en vista perpetrar una horrible violencia con la joven. -¡Caballero!

-Señora, es éste un negocio en que es preciso hablar claro; sabéis que nuestra autoridad de padres tampoco es ilimitada, por favor señora, vivimos en un país libre, tened la bondad de hacer llamar a la señorita vuestra hija.

-No está en casa -contestó doña Carolina mudando de color.

-¿Cómo, señora? ¿Y cómo puedo interpretar vuestra turbación?

-Si no estáis representando una escena de melodrama, vos caballero no debéis ignorar que mi hija no esta aquí... y si vos lo ignoráis, tal vez el señor Souza hijo lo sabrá.

-Creo, señora, que aún no comprendisteis que el hombre que tenéis presente es un caballero.

-No lo dudo, señor, pero... mi hija ha huido de casa esta noche; la esclava que la servía ha sido azotada y no quiere confesar... dice sólo que la niña quería entrar en un convento...

-¡Qué crueldad, señora, obligar a esa joven a dar un paso semejante!

-Caballero Souza, en su casa cada uno es rey.

-Hasta un demente puede serlo.

-Es demasiado, caballero, se desmiente vuestra cortesía.

Una buena cólera de marino hizo crispas las cejas del viejo Souza, pero se contuvo, y levantándose respondió a doña Carolina con toda urbanidad:

-No nos entendemos, señora, con todo, como mi hijo ama a vuestra hija y ambos son dignos uno de otro, y que mi hijo sería desgraciado y sufriría, y como además yo soy caballero y de estirpe asaz preclara, voy, si lo permitís, y si no queréis es lo mismo, a constituirme en caballero lidiador de la fugitiva doncella... rompiendo lanzas y escudos, o si queréis bombardeando cuanto convento haya en este mundo y en el otro, porque si vuestro corazón de madre os dicta sacrificar a vuestra hija, yo pienso de diferente modo respecto a mi hijo, quiero que sea feliz a toda costa, iy con mil bombas lo será!... Señora, a los pies de usted.

Doña Carolina, estupefacta, no supo qué responder, y don Egas volvió a subir en su coche diciendo al cochero:

-A Santa Teresa. Vamos -decía sentándose en el fondo de su coche-, veré primero en Santa Teresa y después en la Ajuda... ¡Pobre Ernesto, qué golpe!..., pero no importa, ánimo y adelante, ¡a alguno se lo lleva el diablo de esta vez con tal que no sea a los pobres amantes!

Capítulo X

Se desenvuelve el drama

Mientras corre velozmente el coche de don Egas por la playa de Botafogo, camino del monasterio de Santa Teresa veamos lo que ha sido del Comendador. Así que se descubrió la huida de Gabriela, para proceder en orden, dirigióse don Gabriel a casa de la señora para participarla de lo ocurrido y tomar consejos de su prudencia y experiencia: estaba doña María ese día con el diablo en las tripas, como vulgarmente se dice: desde el amanecer, que habían principiado las zurras, y a fe que el vecindario no había de estar muy satisfecho de tal azotaína; pero en atención al rango del verdugo nadie chistaba. Doña María recibió a su hijo con dos piedras en la mano, le echó un sermón de hora y media, y concluyó mandándole que tratase de descubrir el paradero de ese estudiante enamorado de Gabriela porque era natural que fuese él que la sacara de casa, en razón que los estudiantes eran mozalbetes sin principios, seductores, etcétera.

Don Gabriel obedeció; y fue a indagar de la habitación de Ernesto de Souza; con todo, más precavido que su señora madre, anduvo con tiento, y tanto preguntó por el vecindario, y tantas informaciones recogió sobre su conducta ejemplar y la respetabilidad del viejo marino, que volvió a dar cuenta de su infructuosa escaramuza, y someterse a nuevas órdenes.

Serían como las doce de la mañana, cuando el Comendador volvía de Saco do Alteres, hora en que salió don Egas para Botafogo; y aún el señor das Neves hubo de ver el coche de éste parado a la puerta.

A su vuelta a casa de su madre, vio un grupo de gente en su puerta, esclavos que corrían de un lado a otro y alarma de los vecinos; el Comendador saltó del carruaje y subió corriendo las escaleras; fue recibido por los esclavos en confusión, doña María estaba tiesa y morada en su sillón, aniquilada por una furiosa apoplejía: el Comendador envió a su paje en el coche que llamase el médico, otro esclavo diligente envió al *Morro do Castello* a buscar un sacerdote: entretanto sacó las llaves del bolsillo de su madre, cerró la sala de visitas ricamente alhajada de adornos de oro y plata: recorrió las habitaciones, guardando todo lo que era de valor, mandó suspender los castigos que aún duraban en uno de los cuartos interiores, llevar al hospital los azotados, sacar las prisiones a los engrillados, guardó las costuras y bordados que trabajaban las costureras, despachó las vendedoras de la calle, y al resto de los negros los encerró en una sala donde acostumbraban a dormir; al lado de la enferma, sólo quedó él, las cuatro mucamas de costumbre, dos esclavas mas viejas y un otro paje ágil y entendido para mandados. Las cosas así dispuestas, aunque rápidamente ordenadas, gastaron una media hora de tiempo; al fin cerca de la una llegó el doctor S. S., principió por poner un hocico a tres palmos, menear la cabeza y declarar que no se salvaría la enferma; asimismo se le dieron dos sangrías, una en el brazo y otra en el pie; es decir, se dejó correr la sangre hasta que la respiración empezó a ser más regular; en ese instante entró un hombre anciano, vestido de carmelita, era un padre misionero, el primero que encontró el esclavo a quien le dieron esa comisión.

El padre Antonio era alto y robusto, mostraba tener sus setenta años, su cabellera y barba eran blancas, sedosas y brillantes; sus facciones eran regulares, pero de una dulzura y nobleza extraordinaria; era un pobre misionero que hacía cuarenta años que caminaba entre salvajes y desiertos, su pasaje en las ciudades era accidental. ¿Quién era él? Todos lo ignoraban; hablaba todos

los idiomas europeos y porción de dialectos del África y de la América; si se conversaba con él, al instante descubriría conocimientos no vulgares y una vasta erudición.

Modesto, callado y dulce en sus maneras, al entrar en el salón en que estaba la enferma, se sentó en un rincón esperando que lo llamasen.

Después de las sangrías, vinieron los sinapismos, los vejigatorios y otra porción de los acostumbrados brebajes de la escuela empírica; el doctor, se retiró al fin con promesa de breve retorno y mandando ya disponer la enferma: entonces el Comendador le mostró al misionero que estaba sentado en su rincón observando en silencio hasta ser interpelado. Cuando el médico salió, don Gabriel se acercó al padre Antonio y le dijo:

-Padre, lo he mandado llamar a usted, por si la enferma vuelve en sí, para aprovechar los momentos que se confiese, y se ponga bien con Dios. Usted tendrá paciencia, sé que se quedará aquí hasta que sea necesario, nosotros lo recompensaremos generosamente.

-Yo no acepto recompensas en este mundo, hijo -le contestó el anciano con dulce severidad-; no necesito dinero, y hace muchos años... desde que visto este hábito, que mis manos no tocan moneda alguna... No te lo digo por soberbia, sino que te prevengo, porque yo quedare aquí todo el tiempo que necesario sea, sin otro interés que el deber que todos tenemos en este mundo de ayudarnos los unos a los otros.

-Bien, padre, pero por ejemplo, si la señora debiera de fallecer en esta ocasión, usted no se negaría a decir las misas que se le pidiesen y... en ese caso no rehusaría una compensación que todo sacerdote recibe.

El misionero movió la cabeza, como quien hace comentarios consigo mismo y después de una corta pausa repuso.

-Dejemos hijo esta cuestión para después, ahora sería inoportuna, mi modo de pensar y mi modo de ser, no son ahora cosas de que se deba ocupar nuestra atención; es necesario tratar de esta desgraciada que nos deja para presentarse delante de Dios; es tu parienta hijo.

-Es mi madre -contestó conmovido el Comendador.

El aspecto del misionero, su voz grave y sonora, el mirar sereno y noble de sus grandes ojos azules, el aire de sus discursos, causaban una rara impresión en el Comendador, como si se hallase en presencia de una autoridad irrecusable.

-¿Sabes hijo si tu madre había hecho ya su testamento?

-Creo que no... no de cierto, padre, porque nos lo hubiera comunicado a mí y a mi mujer...

-¿No hay otros hijos?...

-Uno más, mi hermano mayor...

-¿Dónde está él?...

-Presentemente en mi casa... pero está enfermo... es demente.

-¡Ah! ¿Demente? ¡Pobrecito!... Por lo que veo hijo, sois ricos. ¿Y ese tu hermano tiene hijos?

El Comendador cruzó los brazos y dobló la cabeza sobre el pecho. ¡Extraña perturbación se apoderaba de su alma! Nada le había dicho el religioso que tuviese relación con acontecimientos de su familia, pero este interrogatorio tan sencillo, venía a despertar como un remordimiento, una zozobra, que no podría vencer ni descifrar... había como una voz arcana que le decía que el momento de la justicia era llegado, y un mensajero de Dios venía a tomarles cuenta de sus acciones... Después de algunos minutos respondió a su interrogador.

-Es verdad padre, mi hermano tiene hijos y nuestra familia es poderosa y acaudalada.

-Entonces hijo, así que tu madre recobre los sentidos, Dios mediante es necesario antes de todo que se ocupe de su testamento.

-¿Pues no es más preciso que se confiese?

-Una confesión, hijo, no es otra cosa que la relación de nuestras culpas, depositada en el seno de otra criatura, pero un testamento puede ser un monumento expiatorio, una reparación completa, de los agravios, o de las injusticias que hayamos cometido en el mundo; es necesario, vivos aún, despojarnos sin dolor de todos los bienes terrestres, teniendo en cuenta las palabras del Divino Maestro, que dijo: "será más fácil pasar un camello por el ojo de un agujero que entrar un rico en el reino de los cielos".

-Pero padre, yo creo que usted puede absolverla de sus culpas... Un testamento... en fin, yo soy heredero único y forzoso... mi hermano demente...

-¡No hijo, no eres único! ¿Y los hijos de tu hermano? Y aún cuando esos tesoros fuesen tuyos, ¿será posible que niegues a tu madre, el que a precio de mezquinos bienes perecederos, no pueda reparar el mal que tal vez haya hecho en este mundo? Yo soy un extraño, e intercedo por ella, porque veo que va a presencia de aquel juez, cuya justicia no se compra ni con dinero, ni con lisonjas sino con caridad y virtudes... ¿De qué te serviría hijo mío ahorrar esos dineros, y si viniese la muerte mañana no tendríais que responder por tus culpas y por las de tu madre?

-Pues bien, padre, ya voy a enviar por un escribano. Así que salió el Comendador, el misionero cruzó las manos en oración y oró en silencio, con tal devoción y recogimiento como sólo puede hacerlo la virtud. Volvió don Gabriel y el religioso tornó otra vez con aire apacible y grave a conversar con él.

Eran más de las dos cuando dona María dio señales de vida, balbuceando algunas palabras; su hijo y el religioso se acercaron a ella; miró primero al Comendador y pareció conocerlo, después clavó los ojos en el sacerdote, se estremeció, levantó su mirada al techo como si buscara alguna cosa arriba... anduvo divagando por los objetos que la rodeaban, se detuvo en sus esclavos que allí estaban con los brazos cruzados, sacudió la cabeza y soltó un suspiro de lo íntimo de su corazón!... Extendió su mano trémula buscando la del religioso, y cuando éste se la dio, estrechándosela suavemente, doña María quiso llevarla a sus labios... y dos lágrimas gruesas y frías le reventaron de sus ojos... No lloraba desde niña... Su mirada se animó y fijándose en don Gabriel pareció decirle: ¡hijo, sálvame! ¡Tú, que conoces mis culpas, habla!, porque yo no puedo...

-¿Quiere usted alguna cosa, madre?

La enferma hizo una señal afirmativa.

-¿Quisieras confesarte, hija? -preguntó el religioso.

Doña María lo miró con una expresión de dolor y de ansiedad indecibles, puso la mano sobre su corazón, levantó sus ojos arriba y poniendo un dedo en los labios, hizo señas que no podía hablar.

-Espera en Dios hija -repuso el religioso-, espera en su misericordia... él ha de concederte que te confieses y hagas tu testamento.

A esta palabra, la enferma, aprobó vivamente y mostró gran ansiedad.

-Reposa hija -volvió a decir el misionero-, y no desesperes, que Dios no te ha de abandonar.

Los dos hombres se apartaron; el doctor volvió en un momento, renovó las sangrías, y mandó aplicar cincuenta sanguijuelas en la nuca, las sienas,

pescuezo, por toda parte; puso más vejigatorios, sinapismos, cristeles, etc., etcétera.

Eran las tres y el Comendador hizo presente al religioso que era urgente el volver a su casa a prevenir a su mujer, que hasta allí no había querido enviar un esclavo por no alarmarla, pues ya demasiadas conmociones se sucedían en su familia desde el día anterior, y que así le rogara velase él por la enferma que de allí a una hora estaría de vuelta.

El religioso le aseguró que cuidaría de la enferma como si fuera su propia madre, que fuese sin zozobra. Así lo hizo el Comendador, volviendo a toda brida a Botafogo, a coordinar con su mujer lo que se debería hacer en aquel caso.

Capítulo XI

Marido y mujer

La visita de don Esas de Souza, había puesto en zozobras a doña Carolina; mil ideas, mil sospechas le cruzaban por la mente; rara coincidencia era a su ver, la petición del marino, justamente a las pocas horas de la huida de su hija. ¡Son ellos, exclamaba la buena señora, los que la han de haber sonsacado! No era lógica en sus raciocinios, porque a serlo, vería que nadie pide lo que posee, y que antes de pedirle la mano de su hija que ya no podía negar desde que ésta ya no estaba en su poder, hubieran procedido de otro modo, y en vez de un pedido, había recibido la simple participación de estar casada su hija, o en camino de hacerlo judicialmente.

No pensaba así doña Carolina, y urdía en su cabeza un tejido de absurdos, de traiciones y desatinos; irritada con la fuga de Gabriela, irritada con la declaración de guerra del marino y con la incomprendible tardanza del Comendador, formaba planos, ejecutaba venganzas, y no daba cuartel a nadie. Había registrado el cuarto de Gabriela todo entero, almohadas, colchones, todo se deshizo para ver si aparecía alguna prueba manuscrita que depusiese contra la fugitiva y que se pudiese tomar como norte del rumbo que debía seguirse.

Cansada de buscar, revolver y de escudriñar se volvió su furor contra la desgraciada Alina. A pesar de la bien fingida sorpresa de ésta para participar la ausencia de su ama; de nada le valió porque doña Carolina la había hecho azotar para que confesase dónde estaba: Alina sabía que se iba a refugiarse en un convento, no sabía a la verdad en cuál, y nada más tenía que confesar. Pero esto no satisfacía a doña Catalina. Y cuando se cansó de pesquisar, de renegar contra los Souza, de mandar cada diez minutos un esclavo para ver si se divisaba el coche del Comendador, pegó sus iras con la infeliz Alina, la llamó de nuevo a su presencia y principió por hacerle mil ofertas ya de dinero, de vestidos hasta de su libertad, para que contestase si su ama no recibía cartas de algún mozo, si nunca hablara de alguno con ella, etc., etcétera; preguntas infames todas; Alina de nada sabía, y por eso no le costaba negar; con todo, su ama viendo que sus ofertas no hacían mella, recurrió de nuevo a los azotes.

Hay diversos castigos en los países de esclavatura; pero el de las mucamas casi siempre en los pequeños delitos se circunscribe a los palmetazos; Alina ya había recibido bastantes esa mañana; sus manos estaban hinchadas aún y doloridas; por eso a la nueva amenaza de castigo, lloró y suplicó; fue en vano; vino el terrible capataz y comenzó de nuevo el suplicio de la víctima; cuando las manos de Alina estuvieron todas reventadas goteando sangre, la dejaron llorar su martirio en un rincón y doña Carolina volvió a enviar esclavos en diferentes direcciones; mientras obtenía respuesta su inquietud; volvió a llamar a Alina, nuevas promesas y nuevas amenazas se le hicieron, pero Alina ya estaba empecinada, y cuando un negro se obstina y se obceca, podrán matarlo, es valiente para el dolor y es indiferente a las promesas, sólo el cariño impera en su corazón y doma su naturaleza irritada; si doña Carolina amenazó, Alina respondió que la matasen, pues ya la habían castigado de balde dos veces, mejor era acabar ya.

Para una mujer soberbia y enfurecida como la señora de Comendador, que no conoce otra ley que su capricho, ni otro freno de su cólera que la venganza, era el desafío imprudente de la esclava, un incitativo terrible.

¡La pobre negra fue llevada al cuartel del castigo, desnudada brutalmente, amarrada al madero del dolor y supliciada delante de aquella furia sin alma y sin conciencia!

En vano había visto la carne de su víctima arrugarse batida por el chicote, después volar en pedazos y la sangre correr de su cuerpo; ino había pestañeado siquiera! ¡A los gemidos de angustia, a los ayes del dolor, respondía con risa de triunfo y con irónicos motejos!

En esos momentos, le avisaron que llegaba su marido; se suspendió el castigo, el verdugo se retiró, pero la víctima quedó atada y desnuda, abandonada a su destino.

Antes que el señor das Neves, profiriese una palabra, mal lo avistó su mujer, desató en un torrente tal de injurias e improperios, que lo dejaron sin aliento para responderle.

Después que la esposa desahogó un poco la ira que la dominaba, y desahogó las bilis que desde por la mañana le andaban retozando por el cuerpo; así que apurado el catálogo de disparates que ensartara casi sin tomar resuello, pudo acertar a preguntarle:

-Y bien, ¿dónde está esa hija perversa?

-No lo sé -respondió el Comendador.

Doña Carolina quedó muda, le parecía que iba a reventar de cólera; de tal manera arqueó las cejas, y tales ojos clavó en su marido, que éste juzgó todo rodeo inútil y le contó todo cuanto había ocurrido.

Era salir de un pasmo para caer en otro; la voz de las pasiones enmudecía ante la austera imagen de la muerte; doña Carolina tembló... después de una tregua concedida a restablecerse del choque de tantas sacudidas, entraron los esposos a combinar lo que era más oportuno hacer.

Después de maduro examen, fue convenido que guardarían todos los adornos, como alhajas, plata labrada, etc.; todo fue puesto en un cofre de hierro y cerrado dentro del escritorio del Comendador. Equipóse un par de baúles lo más necesario de uso y se despacharon al punto para la ciudad; el Comendador, su señora y Mariquita iban a instalarse en casa de la señora.

La familia reducida a tres, tomó una ligera refacción, al capataz y a una esclava vieja de confianza se dieron las órdenes necesarias para todo lo que podría ocurrir y se acordó también que se mandase un enfermero para el loco o se trasladase a un hospital particular; esto quedó sin decisión final hasta oír el voto del doctor.

Nuestros lectores extrañarán que Mariquita no haya intercedido por Alina... es verdad, pero Mariquita estaba aterrada con los sucesos que se desenvolvían en torno de ella, y que sin dominar exclusivamente su individuo, la arrastraban en el torrente de disgustos que agitaba su familia hacía pocas horas.

Nadie se acordó de la infeliz Alina, y subieron en el coche que los condujo a la corte, sin dar providencia relativa a ella; casi a la mitad del camino, fue Mariquita misma quien lo recordó tímidamente a su madre, y pidió permiso así que llegasen a la ciudad, para enviar un propio a decir que la curaran. Doña Carolina resistió, pero su hija le recordó que la esclava podía pasmarse, y entonces como ya su cólera había bajado algunos grados, no por humanidad más sí por interés, consintió.

El Comendador estaba tan aturdido que nada decía, por eso hicieron el tránsito callados, y casi a la nohcecita pararon a la puerta de casa de la señora.

De la puerta misma envió Mariquita un propio a Botafogo para que Alina fuese desatada y curada, sólo entonces subió con su padre que había tenido la condescendencia de esperarla.

Dejémoslo allí, y veamos quién es ese jinete que galopa hacia Botafogo, que sube la ladera y echando la rienda al pescuezo del caballo grita con voz imperiosa: ¡El cuarto de don Juan!

El capataz corrió a su encuentro gritándole:

-¿Quién es usted?

-El doctor Mauricio -respondió el desconocido.

-Ah!, ¿es el doctor del ingenio de Macacú!

-Sí, ¿el cuarto de Don Juan?

-Por aquí señor doctor; los patrones no están en casa; fueron hace poco para la ciudad, la señora está muy mala.

-¡Justicia del Cielo! -murmuró el desconocido.

-A fe que bien apurado me hallaba ahora, y si usted tuviese la bondad de venir a ver la negrita.

-¿Qué negrita?

-Es como usted es médico, y parece que se muere...

-¿Adónde está?

-En este cuarto -dijo el capataz entrando con Mauricio en el cuarto del castigo, poco distante del de don Juan.

¡Qué horrible espectáculo se presentaba allí! Alina casi en llaga su cuerpo, amarrada al cepo y torciéndose en las convulsiones de la agonía!

-Pronto -dijo Mauricio-, ayúdeme usted.

Pero señor -replicó el capataz-, la señora es quien le ha hecho castigar, no ha dicho nada al marcharse y...

-Se había olvidado -contestó Mauricio con una sonrisa dolorosa y sardónica-. Vamos, ayúdeme usted o lo haré yo solo.

Alina fue desatada, pero ya era tarde... una espuma sanguinolenta entre horribles convulsiones salía de sus labios...

Y un momento después expiró aniquilada por los horribles dolores de su martirio.

-¡Dios reciba su alma! -murmuró Mauricio pálido y conmovido-, vamos al cuarto de don Juan.

-Entre usted, doctor -dijo el capataz abriendo la puerta.

-Bien, puede usted retirarse -contestó el médico. Así lo ejecutó el criado y cuando el doctor Mauricio cerró la puerta, se acercó a la cama donde estaba el infeliz demente; entonces cayendo de rodillas, desató a llorar exclamando: -¡Mi padre!

El loco se incorporó, levantó la cabeza del mancebo; los últimos rayos del sol poniente iluminaron con tenue y rojizo reflejo el rostro varonil y melancólico de Mauricio... El loco lo miró sorprendido, después sonrió, la expresión de su rostro se dulcificó, sus ojos se llenaron de lágrimas también, y trayendo hacia su pecho la noble frente de Mauricio, le respondió:

-¡Hijo, mi pobre hijo!

¡Ambos se abrazaron! Por una súbita revolución de la naturaleza debilitada, acababa de operarse una extraña reacción, ¡don Juan das Neves, acababa de reconocer a su hijo recuperando su razón perdida tantos años había!

¡Extrañas coincidencias del arcano poder que rige el Universo!

Un nuevo sacrilegio iba a consumarse por aquellos ricos despiadados cuyo solo Dios era el oro.

Una desventurada joven, arrojándose en los brazos de la casualidad, obedeciendo tal vez a un pensamiento incomprensible, había puesto el primer obstáculo con su fuga...

La muerte que nada respeta, había sorprendido la cruel doña María en medio mismo de sus cóleras, y crímenes... Entretanto, ese loco estacionario sufriendo el choque de arrancarlo a su vida pacífica, maniatado, martirizado de nuevo por la ciencia, ha sentido en su memoria despertarse un recuerdo adormecido por largo tiempo... el suplicio de Alina, cuyos gritos ha oído, más y más han avivado esos recuerdos que no descifraba don Juan a quién pertenecían; eran para él como la memoria de un cuadro que no sabía dónde lo había visto, era un romance que ya había leído no sabía dónde, ni cuyo fuese el título... y cuando esto todo pasaba en el corazón del desgraciado, vino una voz pura y vibrante a decirle entre lágrimas y sollozos, ¡Padre!

Y era nombre tan dulce que despierta en el pecho humano cuanto de noble y bueno puede haber, esa palabra, primer sonido que balbuceamos en la cuna, fue el toque galvánico que estiró aquellas fibras encogidas y entumecidas por la demencia y el dolor, ¡había tantos años!

Mauricio, perito en su arte, médico filósofo y espiritualista, comprendió al instante que acontecía lo que ya desesperaba de obtener, pero también no se engañó y contó con que desde aquel momento, las horas de la vida de su padre estaban contadas... Y como era religioso, su voz trémula de emoción, espontáneamente empezó a recitar el Padre Nuestro... y su infeliz padre con gozo y calor, repetía esas suaves y caras palabras de la oración del Cristo, que había olvidado en medio del extravío de su razón.

Era una cuadro bien expresivo aquellos dos hombres, llorando abrazados, que después de los nombres de padre y de hijo, pronunciaban en voces unísonas esa súplica de piedad, ese himno de alabanza y resignación, esa sentencia pronunciada por el hombre sobre su mismo destino, *“perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”*

¡El Padre Nuestro, en fin!

Capítulo XII

El doctor Mauricio

Si alguna vez en el discurso de esta historia, hubo de parte de los lectores un impulso de piedad por este demente robado a sus amores, a sus esperanzas, a la juventud y a la inteligencia, por un crimen tan negro y nefando; también creemos que esa pobre Camila, esa alma noble y ardiente, ese corazón de oro encerrado en un pecho bronceado, no será indiferente al que recorra las páginas de este libro...

¿Y sus hijos? ¡Pobres desheredados como su madre, triste fruto de un incalificable amor...destinados a una doble afrenta según el mundo...la raza y el nacimiento!

En el bosquejo de los primeros capítulos de este romance, hemos entrevisto apenas el perfil infantil de Mauricio, y la sombra del joven doctor ha resbalado ante nuestros ojos, sin poderla analizar.

Contaba ahora Mauricio veintiséis años: era semejante a su padre, y tenía la estatura poco aventajada de la familia das Neves; difícil era clasificarlo de mulato, porque ninguna de sus facciones lo traicionaba, sus mismos labios no eran amoratados, sino punzones y delgados, su cabello era negro y fino, no tenía ni bozo en la cara; era moreno, pero había como un reflejo de bronce dorado en su cutis fina y aterciopelada; sus dientes eran blanquísimos, y sólo sus manos podían atestiguar su origen; en torno de sus uñas pulidas y color de rosa, había un círculo negro, un filete indeleble de la raza africana.

A su alta inteligencia, reunía Mauricio una educación completa adquirida en la primera capital de Europa; poseía una rica librería en Macacú y era un hombre eminente debajo de todos aspectos...Con todo, Mauricio era esclavo, y bastardo...la organización social de su país no le cerraba el camino de la ambición ni del desarrollo intelectual, por lo menos, hasta la raza blanca, ino podía levantar sus ojos!...¡al fin era un mulato! Sus instintos delicados lo hacían huir de las mujeres de color, el amor venal y enteramente material, ningún imperio tenía en su corazón; Mauricio necesitaba un alma tan amante y tan espiritualista como la suya, necesitaba un amor inmenso y una mujer que valiese mucho, para que su posesión lo resarciese de todo cuanto le había quitado el mundo; que le pagase en millares de caricias los derechos que la preocupación le arrancara, y lo rodease de una atmósfera de pasión tal que derritiera el velo de la orfandad y del abandono de su destino. Irreflexivo en los primeros pasos de su vida como todo joven, más tarde a su vuelta de Francia, es que principió a comprender su posición, la de su madre y hermana.

Cruel fue el combate que se pasó en el corazón del médico, cuando frente a frente consigo mismo, hizo un examen detenido de sí y de las relaciones que lo ligaban en la vida...fatigado de luchar en vano, y de pensar en un mundo que ni la propia sangre del Redentor ha podido redimir de la culpa, donde el absurdo, el egoísmo y la hipocresía imperan sin oposición, el pobre desheredado volvió los ojos del alma a Dios; el Evangelio grande consolador de males sin remedio, ese amigo fiel de la desgracia, ese tesoro de eterna sabiduría, de virtud y de abnegación, levantó a Mauricio de su dolorosa languidez, robusteció su fe, fortaleció su pecho y repetía con Jesús:

“Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”

(...)

“Bienaventurados los que padecen persecuciones porque de ellos será el reino de los cielos.”

Desde ese día, Mauricio se preparó a todos los combates, a todos los trabajos, a todas las aflicciones que viniesen sobre él, porque llevaba su cruz y apuraba su cáliz, con el pensamiento fijo en Dios.

Cuando don Gabriel envió la primera carta, de órdenes para que viniera el loco a la corte, fue Mauricio el que consoló a Camila y a Emilia, e hizo cuanto pudo con suavidad para persuadir al demente... después había venido el Comendador en persona, y el infeliz don Juan, maltratado y amarrado, fue traído sin misericordia para la ciudad; Mauricio dejó partir el coche y esa noche partió también él en seguimiento de su padre, porque era su deber acompañarlo, defenderlo y sufrir con él. Le importaba poco lo que la familia le pudiera hacer, había llegado el día en que les hablaría de igual a igual, no como esclavo, sino como hombre, cuyos derechos no son ilusorios, sino verdades, que aunque desconocidas o atropelladas, son siempre argumentos irresistibles del lenguaje de la razón y de la conciencia. El joven dijo adiós a las dos mujeres, y ya hemos visto si llegó a tiempo de socorrer a su padre, y de aprovechar en su doble carácter de médico y de hijo, ese destello, esa chispa de razón que acababa de atravesar las tinieblas de una larga insensatez, tumba horrorosa de la inteligencia humana.

Capítulo XIII

El padre y el hijo

La campana del Ave María llamaba a la última oración de la tarde, el crepúsculo extendía sobre la tierra su capuz sombrío, pálidas estrellas comenzaban a brillar en el firmamento, y la luna elevaba su disco de plata sobre las cimas de las montañas.

Largo rato permanecieron abrazados los dos hombres, aun después de pronunciar las últimas palabras de la oración que como un himno de júbilo se había alzado espontáneo de sus corazones ulcerados.

Mauricio temblaba de interrumpir el silencio, receloso que una grande afluencia de ideas, de emociones y de discursos no volviese a trastornar aquel cerebro debilitado.

El viejo también callaba como aquel que despierta de un sueño penoso; procuraba coordinar sus ideas y acordarse de todo cuanto había pasado en aquel largo espacio de tiempo; por fin, dio un suspiro y dijo:

-Qué pesadilla he tenido tan larga... hijo mío, ayuda mi memoria, ¿es verdad que he estado loco?... ¿muerto?... ¿Dónde estoy? ¿Vivo aún? ¿Cómo se hace que tú seas mi hijo? ¿Quién es tu madre?... Mira, estoy sereno, ya no siento aquel tormento, aquí en mi frente... no, mi cabeza está leve y fresca, porque se acerca mi hora... cuéntame como ha sido esto.

Mauricio sabía por su madre, aunque sólo en compendio, la historia de Juan; así es que comenzó esa relación sólo desde el día de la cuestión con doña María, cuyos resultados funestos habían sido para el pobre enfermo.

Tenía el mozo doctor, un timbre de voz puro, sonoro y grave, hablaba pausado y empleaba en su discurso un lenguaje sencillo pero elocuente. Su padre, medio incorporado en las almohadas, lo oía con curiosidad y enternecimiento, y la luz de la luna, argentina y serena iluminaba aquel cuadro de íntimo padecer que se pasaba en el fondo de la quinta de Botafogo.

Cuando Mauricio dejó de hablar, don Juan se recostó en las almohadas y lloró de nuevo, después hízose vestir, abrir una ventana de donde se descubría el jardín de la casa y un hermoso paisaje alumbrado por la trémula claridad de la luna; aquí estoy bien, dijo él, después miró el cielo, los árboles, el mar y aspiró con toda su fuerza el aire vivificante, lleno de aromas de mil flores que allí crecían.

-¡Qué noche tan linda, cuánto tiempo hace que no veo cielo ni estrellas, ni aspiro un ambiente tan delicioso!

-¡Cuan infeliz soy hijo!... con todo no recuerdo haber hecho mal a nadie...

-¿Qué mal vino a hacer Jesús al mundo, y los hombres lo crucificaron en una cruz?... ¡qué extraño es que nosotros miserables mortales seamos víctimas del choque de las pasiones y ambiciones ajenas!

-Es verdad, Mauricio, cuando yo era joven, que estaba en Inglaterra, pensaba como tú... leía la Biblia... una pequeña Biblia que me dio una joven que yo amaba...

Mauricio sacó entonces de su bolsillo un librito bastante usado y lo presentó a su padre.

Don Juan lo tomó pensativo. ¿Será esta misma?

-Sí, es señor.

-¿Cómo está en tu poder?

-Mi madre lo ha conservado...

-¿Tu madre?... ¡Ah!, es verdad... ¡Oh!, hijo, perdón... qué hice yo en mi delirio... -Vois no sois culpado, señor.

- No de cierto, en cuanto me asistió la razón, siempre respeté las esclavas... ¡Oh infelices! ¡Harto desgraciadas son! Estoy muy débil hijo... Si Dios me otorga su gracia, mañana descifraré este misterio todo que me envuelve.

-Si, señor, será mejor que procuréis dormir, reposar, acabáis de pasar por una crisis terrible...

-Dices la verdad, vamos.

Mauricio lo puso de nuevo en la cama, encendió una vela preparó una copa limpia, la llenó de agua y echó en ella unas píldoras blancas pequeñas como la cabeza de un alfiler; el enfermo las bebió, hizo apagar la luz y de allí a media hora dormía sosegado. Una transpiración igual, un calor suave había reemplazado el frío glacial de las extremidades y la sequedad de la piel.

Mauricio le arregló con cuidado sus almohadas, sus cubiertas, le acomodó como una madre a su hijo pequeñuelo; contempló largo rato aquel rostro pálido y descarnado, se arrodilló orando en voz baja, con fervor... después corrió las cortinas de la cama, y él se apoyó en el parapeto de la ventana, para entregarse a sus meditaciones, contemplar esa hermosa naturaleza que lo rodeaba y bendecir la Providencia, que por fin acude a los desgraciados, viniéndole a la mente las palabras del Cristo que decía: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá".

Él había pedido a Dios, del íntimo de su corazón, que volviese la razón a su padre, y redimiese la desgracia de los suyos, porque le dolía su madre deshonrada y su hermana, esclava como él y bastarda como él... ¡condenados a la vergüenza y al oprobio!

Su raza no le pesaba, un examen detenido de sí mismo le daba la convicción que, fuera la color, era igual de cualquier otro hombre, tan bueno o tan malo, con la misma inteligencia, pasiones y sentimientos: de su color no se avergonzaba Mauricio, pero sí sufría inmensamente de la esclavitud de su familia y del estado de su madre; en su modo de pensar, antes la cabaña del plantador en medio del desierto, antes la tienda del judío vagabundo, que la esclava amancebada con su señor.

¡Pobre alma altiva que sólo se curvaba a la afrenta desesperada por su dolor!

Esa noche, Mauricio sentía serenarse su corazón, el iris de la esperanza le doraba el porvenir, una paz suave y deliciosa se extendía sobre las tormentas de su vida pasada, conversaba con un espíritu misterioso que lo acariciaba, y cuya mano puesta sobre la cortina del mañana, estaba pronto a revelarle una inmensa dicha, un arcano de ventura y de clama, unas alegrías desconocidas, ósculos que sentía en su frente, dados por una boca joven y fresca, cuyo contacto estremecía... coronas de flores, altares que se alzaban en la oscuridad del misterio, iluminados por el incierto vislumbre del presentimiento.

¡Ay, y cuál es el alma que ha sufrido que al acercarse el término de sus males no tiene esas vigiliias singulares, inexplicables! ¡Llenas de sobresalto y de pavor en la víspera del martirio que nos va a desgarrar; llenas de encanto inexplicable, al entrar en otra fase de nuestra vida!, ¡como diría un marino, al salir del golfo de las tempestades, para entrar en un mar apacible y bonanzoso en donde se reposa el navegante del pasado peligro de la borrasca!

Dejemos soñar al poeta y veamos lo que fue de la pobre Gabriela, a quien dejamos desmayada en el locutorio de las monjas.

Capítulo XIV

El capellán y las monjas

Gabriela pálida e inanimada, fue depuesta en el estrado del abovedado locutorio, y las monjas iban, venían, hablaban en voz baja, semejantes a un enjambre de mangangás en torno de una flor.

Los comentarios se sucedían rápidamente, las reflexiones, las inducciones; las más jóvenes suspiraban de ansiedad y las más viejas hablaban de los peligros del mundo, de los trabajos que a cada paso nos acechan, comparando el tumulto afanoso de la vida del siglo, a la calma profunda y la placidez del claustro, donde con tan poco trabajo se gana el reino de los cielos. El ingenuo egoísmo de la vida monacal no les permitía distinguir cuanto mayor es la virtud del que lucha, que de aquel que se pone al abrigo de la tempestad, embotando su fuerza moral y física en la ociosidad del claustro; no se acordaban, cuanto mayor es el mérito de la mujer que pagando su tributo a la naturaleza, perpetúa su raza, trabaja de sol a sol, para ayudar a su compañero, sufre mil privaciones, y vierte más lágrimas sobre la cuna de sus hijos que oraciones puede rezar una monja durante su vida entera.

Las madres habían enviado por el capellán y mientras llegaba su Reverencia, continuaba la agitación y el bullicio.

El capellán vivía en una linda casita de campo, al lado mismo del convento, era él un padre gordo, colorado y rechoncho, que se entregaba sin reserva alguna, a las delicias de una mesa cuya cocina era obra primorosa de las ovejas confiadas a su dirección; era el buen capellán egoísta de carácter, y perezoso por temperamento; no quería compromisos con nadie ni por nadie, ni quería meterse en negocio alguno que viniese a perturbar la dulce tranquilidad de su vida; la órbita de su existencia se reducía a un desayuno confortable, un succulento almuerzo de tenedor, una espléndida comida sazónada con vinos añejos, el buen café de sobremesa, su cena delicada, dormir, decir su misa todos los días, oír los pecadillos y *pecadazos* de sus hijas espirituales y hablar de todo eso con la tía Margarita, su ama de llaves, tan impuesta como él de lo que ocurría en el convento, porque los pecados conventuales son el tema favorito de las conversaciones y los sucesos de la vida claustral. Por su parte, las reclusas además de los quehaceres de la casa, de los rezos, de las confesiones, de las novenas, de los rosarios, flores, escapularios, dulces, murmuraciones, intriguillas y ociosidades de su vida, divertían su inacción moral, y era de risueña charla, las cantidades fabulosas de alimento y golosina que el reverendo capellán engullía todos los días, porfiando las buenas madres a cuál contribuía mejor a proporcionarle a S. R. una indigestión por semana y lo que peor sería, exponerlo a una apoplejía fulminante, verdad es que de eso no abrigaban intención y si obraban mal era por ignorancia.

El mensajero de las monjas volvió con la noticia de que S. R. dormía aún porque había pasado muy mala noche de resultas de un fuerte cólico, de suerte que Gabriela quedó allí mismo, hasta que Dios quiso que volviese en sí.

Cuando recobró los sentidos, que miró en derredor y se encontró en aquella sala lóbrega y desnuda, poblada de sillones seculares de vaqueta, y de bultos vestidos de negro, se sintió sobrecoger de terror, y acordándose de su casa, echó a llorar.

Ahí principiaron las buenas madres a echarle en rostro su debilidad, y a decirle que no *debía* llorar ni afligirse, que era ofender a Dios, era pecar

mortalmente y otra porción de sofismas, con que la Iglesia Católica pretende hacer los hombres a su antojo, y de débiles y sensibles al dolor que ellos son, transformarlos en máquinas sin pasiones y sin corazón.

El dolor, el llanto son tributos naturales; pero si tenemos pasiones y pesares, también tenemos razón con que serenar sus ímpetus, y si la escuchamos, ha de aconsejarnos la resignación, más tarde o más temprano así sucede, lo que es imposible es ese desprendimiento egoísta y desnaturalizado que quieren que se llame religión.

Entender que cuando Jesucristo ha dicho: "Vine a separar el hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra" haya querido con esas palabras patrocinar la dislocación de las familias y despedazar los lazos de la sangre, nos parece un desatino; que el amor de nuestras familias sea secundario en nuestro corazón a la virtud y a la justicia, sí, pero que el amor a Dios consista en abandonar el hijo joven y robusto a su anciano padre, y la hija a su madre, no, porque eso es indigno y monstruoso y repugna a la naturaleza, y no es con sacrificios bárbaros y sacrílegos que se sirve a Dios.

Volviendo al capellán, había efectivamente pasado mala noche; a eso de las nueve se levantó y llamó a Margarita.

La excelente ama ya tenía preparada una cafetera de café con leche y una torre de tostadas; mientras S. R. tomaba aquel confortativo, le relató Margarita lo ocurrido en el convento con respecto a la joven que se había refugiado en él esa mañana. Extraordinariamente alegró esa noticia al capellán, no reflexionó qué episodio dramático, sacudiendo ese triste corazón, la habría impelido al claustro, S. R. sólo veía una profesión que solemnizar y una monja más en el convento; por eso respondió a su criada:

-Mucho me regocija esa noticia, hija; en estos tiempos de herejía y de impiedad, cada vez se hacen más raras las vocaciones, los conventos están reducidos a viejas momias enmohecidas por el tiempo y el encierro... una profesión es una cosa rara en esta época... ¡La Santa Madre Iglesia está cada día más sola y abandonada! La religión se acaba, Margarita.

-No, Reverendo padre, no diga eso que me hace temblar... es verdad que ya nadie quiere ser monja... todas quieren casarse... las madres mismas, muchas hay de entre ellas que se tiran de una oreja y no se alcanzan la otra y que si pudiesen...

-¡Ah, cállate, no me recuerdes las impurezas de esas hijas de Satanás, Margarita!... no piensan nada bueno... pero mejor es no hablar de ellas, porque yo no tengo bueno el estómago aún y este alimento que tomo, parco como es, puede indigestarme de nuevo.

Razón fue ésta bastante poderosa para hacer callar a Margarita sobre las visiones diabólicas de las madres y, por el contrario, se puso a ayudar a su amo en la tarea de hacer castillos en el aire con respecto a la tan deseada joven.

Asimismo, mientras que el capellán almorzó, se lavo, se afeitó, leyó por distracción su breviario, sorbió algunas narigadas de rapé y dio dos vueltas por la casa, dieron las once; entonces atravesó la corta distancia que lo separaba del convento y entró en la iglesia donde ya lo esperaba con harta impaciencia la abadesa.

Fue necesario que S. R. oyese una relación prolija de que ya sabía y además los comentarios de la santa mujer por fin todavía transcurrió otra hora, antes que la pobre Gabriela fuese llamada ante S. R.

Esas largas y frías galerías subterráneas; esos patios desiertos cuyas piedras ennegrecidas estaban cubiertas de hiedra, esas verduscas paredes, y ese

todo glacial de una vida sin amor, sin poesía y sin movimiento, helaban de pavor el alma de la infortunada. Entró en la iglesia temblando y fue a arrodillarse delante del confesionario donde bien acomodado y sentado la esperaba el capellán.

Gabriela dijo con voz casi apagada:

-Ya estoy aquí, padre.

El capellán tosió, se sonó y respondió:

-¡Ah!, me alegro, ¿con que hija quiere ser monja?

-¿Yo, padre? -exclamó ella sobresaltada.

-De cierto, si no abrigase esa loable intención, no habría venido a golpear las puertas de la casa del Señor.

-¡Ah!, padre, no ha sido con ese propósito que yo vine.

-¿Pues qué buscabas entonces?

-¡Escapar de un grande peligro!

-Hable hija, ¿qué peligro era ese?... ¿algún mozo seductor tal vez, que buscaba deshonrarla?

Gabriela se sonrojó instintivamente.

-No señor.

-¿No? ¿Es casada, hija?

-No padre.

¿Pero qué peligro era ese?

-Me querían casar.

-¡Ah!, ¿la querían casar? En efecto, hija, es eso uno de los peligros del mundo y no de los menores, porque la carne nos tienta... ¡Carne! ¡carnal! ¡Oh! ¡Demonio, mundo y carne son las tres tentaciones del alma! ¿Y ese esposo que le querían dar y que repugna su castidad, era mozo o viejo?

- ¡Viejo y demente, padre!

-¡Humm, por eso! -murmuró S.R., que no se fiaba en terrores de mozas cuando las quieren casar-, ¡por eso! ¡Mujeres, mujeres, hijas de Satanás!

¡La casta Susana huyó de dos viejos, ésta huye de otro viejo y demente!, estos comentarios eran hechos mentalmente; después continuó en voz alta:

-¿Y tiene alguna otra inclinación, hija?

-Yo no sé padre...

-Pues examine su conciencia... pero a todo esto, ¿cómo se llama su padre, su familia qué clase de gente es, rica, pobre o remediada?

Gabriela hizo la narración que le pedía el capellán, y éste continuó después de oírla.

-De todo lo que me dices, hija, veo el resultado natural de la vida mundana y de los vicios y tentaciones del enemigo; este mozo que usted ama, mozo de bailes, conocido en la disipación, ¡oh, que infeliz es usted hija!... En fin, Dios le tocó su corazón y ha venido usted al redil de las buenas ovejas... ¡sea usted esposa de Cristo, despótese con el Redentor porque es lo que le conviene!

-Yo lo pensaré, padre -fue la respuesta de Gabriela que dio por terminada su conferencia-.

El capellán dio orden para que le dispusiesen una celda y tuvo una conferencia de hora y media con la abadesa, donde en el celo de su fervor por la religión, se llevaron los dos a urdir de qué modo habían de haberse para extender la red al incauto pajarillo imprudente que se venía a albergar allí.

A su vuelta a casa, encontró el capellán una visita desconocida que lo esperaba hacía media hora larga, y que no estaba resuelto a salir de allí sin llevar

una resolución formal: en el capítulo siguiente daremos cuenta de este acontecimiento.

Capítulo XV

Espada y sotana

Recordarán nuestros lectores que don Egas de Souza al salir de la quinta de Botafogo, por uno de esos presentimientos o inspiraciones que muchas veces sentimos en la vida, había dicho a su cochero, a Santa Teresa; y que había dicho asimismo si no esta allí, estará en la Ajuda. Llegó al pie de la ladera y se encaminó de preferencia a casa del capellán. No estaba ya S. R., pues justamente, mientras el viejo marino hacía su visita en Botafogo, y llegaba a Santa Teresa, tenían lugar las escenas que dejamos transcritas en el capítulo antecedente, entre el capellán y la abadesa, entre Gabriela y el mismo capellán. Así es que don Egas encontró solamente a Margarita, a quien supo hacer charlar con suma habilidad para lo que pudiese suceder. Cuando el bueno del padre llegó, ya sabía Souza que la fugitiva se hallaba en Santa Teresa; porque cuadraba admirablemente con su relación de la excelente ama del capellán.

El padre entró en su sala, suponiendo que hallaría la mesa puesta, y sólo encontró a don Egas, muy sentado en un grande sillón y que sin ceremonia fumaba un habano como si estuviese en su salón de Saco do Alferes. Viéndose los dos individuos se avanzaron uno al otro.

-Bienvenido caballero -dijo primero el prelado-, ¿en qué puedo servir a V. E.?

-A las órdenes de S. R. Le pido disculpa de la libertad que tomé fumando en su sala.

- ¡Oh!, no es nada, no soy enemigo de un buen cigarro. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

-Con don Egas de Souza -y continuó-. ¿Será cierto reverendo padre, que esta mañana muy temprano llegó aquí una joven que se dice perseguida por un casamiento que le desagrada?

El capellán quedó suspenso. (¡Ya!, dijo entre sí) Con efecto, murmuró después de algunos instantes:

-En el convento está una joven que llegó esta mañana; su familia la quería casar con un tío de ella, ya viejo y además... loco, con que la pobrecita parece que desea tomar el velo para escapar las acechanzas del demonio.

-Padre, esa joven tiene un amor en su corazón.

El prelado se turbó, porque sabía que eso era verdad, y que Gabriela nada le había dicho sobre ser monja, y si él mentía era persuadido que por la santidad del fin debían perdonarse los medios.

- ¡V. E. no sabe lo que son mujeres, y jóvenes un poco peor! Ya quieren una cosa, ya otra, hoy piensan de un modo, mañana de otro; vea, V. E., ¡lo que daría yo por no tener la lidia que tengo con esas santas madres!

Aquí el capellán se enjugó el sudor que le goteaba de la frente, tomó una grande narigada y estudió de reojo la cara que ponía su interlocutor.

No debía ser muy apacible el rostro de don Egas, cuando S. E. suspiró profundamente, previendo que no le sería tan fácil como lo pensaba el negocio de la profesión.

-Padre reverendísimo -dijo por fin don Egas-; por volubles que sean las mujeres, no lo son al extremo de preferir el encerrarse en una tumba en la flor de su vida, renunciando sin motivo a sus amores; a mí no me venga con historias porque yo soy marino viejo.

-Pero Señor Exmo...

-Qué excelencia ni qué berenjena, vamos claro, yo soy el padre del novio, y quiero hablar con la joven.

-Señor Exmo., yo siento mucho, pero hoy ya no es posible, no todos los días se puede hablar ni visitar a las madres.

-¿Y quién le dice a S. R. que yo quiero ver a las madres ni cosa que se le parezca?... Esa joven no pertenece al convento, por consecuencia quiero verla. Hoy ya no puede ser, es necesario licencia del obispo.

-Mire, padre, déjese de historias, porque yo no estoy para chanzas; el obispo no toca pitos ni flautas en este negocio; vamos al locutorio.

-Señor Exmo., una vez esa joven detrás de la portada de hierro del convento, sólo su padre o el obispo pueden verla, hablarla y sacarla de aquí.

-¿Con que según eso, se ha constituido usted señor padre, en carcelero, y el convento lo ha convertido en prisión?

-¡Blasfemias! ¡Blasfemias! ¡V. E. ultraja la religión!... ¡Qué horror!

-¡Voto a bríos reverendo padre, que si no fuese esa sotana en que a guisa de faldas, os envolvéis habría de cortaros las orejas!... Bien, no la puedo ver, pues me retiro, más, ved que os advierto de una cosa y viene a ser: que yo tengo un hijo único a quien yo y mi mujer idolatramos; ese mozo adora a esta joven que queréis sustraer en provecho de la comunidad que dirigís; la muchacha ama a mi hijo, ese enlace es necesario a su felicidad y a la nuestra; si os viene a las mientes estorbarlo, yo os juro por mi espada de caballero y de marino que he de poner fuego al convento y a vos os he de echar por la ladera abajo.

El capellán estaba pálido como un muerto, Margarita hacía la cruz con las dos manos, mientras don Egas, furioso y desesperado, bajaba la ladera de Santa Teresa; eran cerca de las cuatro de la tarde, recordó la ansiedad en que estaría su familia y determinó volver para rendir cuentas de su comisión y de los infructuosos pasos que diera hasta ahora para llegar a una conclusión de donde pudiera arrancar una esperanza o un consuelo para su hijo.

Cuando don Egas salió de casa, Ernesto ya había vuelto de la clase; mientras su padre se alejaba de Saco do Alferes él primero había conversado con su madre, los dos hacían castillos en el aire, preparaban y adornaban los cuartos de los novios y forjaban mil venturas y felicidades. Después Ernesto dio una vuelta por el jardín, hizo un lindo ramo pensando que tal vez esa tarde le fuese dado llevarlo a Botafogo; en seguida subió a su cuarto se sentó a su mesa; si tomaba la pluma, ésta escribía *Gabriela*, si un lápiz, hacía perfiles que se parecían con ella... en fin, cuando fueron las dos de la tarde, Ernesto se puso a la ventana que daba sobre el camino, y con un anteojo de alcance, principió a registrar el horizonte; eran cerca de las cinco cuando don Egas pasó a la puerta de su casa: doña María se afligió mucho de las malas nuevas, Ernesto las escuchó en extremo pálido, pero prometió a su padre que desde esa tarde procuraría ponerse en comunicación con Gabriela que hasta allí no había querido hacerlo, pero que ahora era diferente porque era necesario salvarla de dos peligros a la vez: las persecuciones de su familia, y las intrigas del capellán y de las buenas madres, que con las mejores intenciones del mundo, podrían oprimirla y no alentarla.

Así se pasó la tarde en casa de los Souza; la comida fue triste, agitada, nadie tuvo apetito; después del café, Ernesto se fue a la ciudad, y volvió cargado de abalorios, cintas colores, riopel, retazos de seda y una porción de chucherías de las que necesitan las monjas para sus flores, escapulario y chiches. Se hizo arreglar en una caja de cartón su almacén portátil, escribió a Gabriela una carta que más adelante veremos; rapó su negro bigote, ensayó una peluca de vieja que

había traído entre otros artículos de la ciudad, pintó sus cejas de blanco y transcurrió la noche entera en pruebas, planes y proyectos, lo que de algún modo los distrajo a todos de su preocupación, hizo reír a don Egas, recomendó a su hijo mucha prudencia, virtud que el pobre marino no poseía. Así pasó esa noche para los Souza; animada y en familia; noche de lágrimas y terrores para la pobre Gabriela; de vigilia y de visiones misteriosas para Mauricio, solemne y grave para las personas reunidas en casa de la *señora*.

Capítulo XVI

La hora suprema

Dejamos la familia del Comendador subiendo las escaleras de la casa de la señora, los aposentos medio cerrados y solos, fueron al instante iluminados; doña Carolina tomó el mando en jefe de la casa de su suegra; el médico volvió y pidió otros dos colegas, porque los síntomas de la enfermedad se complicaban; en efecto así era: a una apoplejía cerebral, le había seguido la descubierta de una hipertrofia del corazón, un ataque en la vejiga y una afección general de los órganos internos.

Un movimiento continuo de esclavos, de gente que entraba y salía hablando en voz baja, órdenes multiplicadas, visitas oficiosas, coches que paraban a la puerta, otros que partían, era el cuadro interior y exterior de la casa de doña María das Neves, todo esto fuertemente acentuado de un olor de vinagre aromático, agua de la Barraque y éter, aromas de otro mundo que revelan o el moribundo o el muerto.

Larga había sido la conferencia de los médicos, a ninguno se le ocultaba que la enferma moría, pero como mientras el alma esté en el cuerpo, obligación tiene el doctor de atormentar al paciente; se ensayaron sobre el cuerpo de doña María todas las diabluras posibles y todas las experiencias o pruebas que a falta de medios suelen emplear los médicos, como empleaban los frailes la tortura para hacer confesar a los reos. Así, a fuerza de experiencia sobre un triste paciente, se procuran reconocer los síntomas y forzar la naturaleza, que triunfa o sucumbe conforme su propia fuerza.

El Comendador y Mariquita recibían en la sala, mientras que doña Carolina cuidaba de la asistencia de la enferma; el padre Antonio estaba también a la cabecera de la cama; pronto para cuando llegase el momento, bien había deseado doña Carolina apartarlo de allí, y mandar retirar el escribano estacionado como el padre, en la sala contigua de donde estaba doña María, con la fórmula del testamento pronta y esperando solamente que le volviese el habla a la señora.

La noche pasó así: desde las doce se habían retirado las visitas, todos se recostaron a descansar, menos el padre y doña Carolina que velaron sin interrupción.

Desde la madrugada, doña María había podido pronunciar algunos monosílabos, parecía sentir una leve mejoría, y al paso que adelantaba la mañana su voz se tornaba más clara; por fin pudo expresar distintamente su deseo de confesarse.

Cuando quedó sola con el religioso, éste le dijo:

-Hija, soy de parecer que no perdamos el tiempo, si tienes injusticias a reparar, es más necesario que llamemos al escribano, él está ahí desde ayer esperando.

-Bueno, padre, haré lo que usted juzgue mejor.

El misionero abrió despacio la puerta de la sala donde esperaba el escribano, lo llamó y este se apresuró a entrar cargado con su cartera, tintero y pluma.

Doña Carolina lo vio y no pudo menos que murmurar:

-¡Qué prisa tiene este fraile porque la otra haga testamento, en lugar de tratar de confesarla! ¡Nosotros somos los únicos herederos!... ¡Que afán!

Entretanto el escribano acercó una mesa al sillón de Doña María, y como faltaban las cláusulas, entró a llenarlas según las dictaba la enferma ayudada por el buen religioso que con admirable instinto guiaba la débil razón de la moribunda; se puede decir que aquel testamento era una confesión expiatoria de todos los crímenes de aquella señora tan soberbia, tan cruel y tan avara.

Con todo, esa criatura perversa se había mudado en una hora: al aspecto de la muerte, a la proximidad de la hora suprema, había contemplado horrorizada todo su pasado, la agonía del remordimiento dobla la fatiga del trance fatal, y acerbas congojas la atosigaban.

En medio de esos conflictos, de esas lágrimas, y de esos paroxismos de la muerte y del arrepentimiento, se oía la voz suave y la palabra de esperanza y de perdón del misionero; al fin de dos horas el testamento estaba terminado, se selló, se cerró en un cajón de la cómoda escritorio que allí había, el hombre de la ley se retiró, y doña María quedó sola con el apóstol evangélico contándole los secretos de su alma y recibiendo los consuelos de un hermano en los discursos de aquel hombre singular. Después de esa conferencia entró el Comendador, su mujer y su hija.

Doña María les habló con cariño, preguntó si aún no se había encontrado a Gabriela, recomendó que la dejaran libre, y pidió a su hijo que en aquel momento se hiciera un chasque a Macacú, llamando a Camila y sus hijos; porque era su voluntad que don Juan asimismo demente, legitimase a sus hijos casándose con la esclava que ya no lo era, pues en el testamento la reconocía por nuera.

Poco agradable fue esta determinación para doña Carolina, ¿pero quién pensaba en oponerse a las órdenes de la señora en aquel estado y en presencia de aquel padre que tenía un aire tan raro y que según la voluntad de su suegra, sólo quería que se separase de ella después que estuviese su cadáver en el cajón?

En el momento envió el Comendador un propio a Macacú, en ese mismo instante entraba Mauricio que venía de Botafogo por orden de su padre; el desorden mismo de la casa le facilitó llegar al cuarto de su abuela; doña Carolina que no lo conocía, pensó que sería alguno de los médicos, pero cuando lo oyó dirigirse a doña María de parte de su padre se quedó estática.

La noticia de la vuelta a la razón de su hijo, reanimó a la señora que le parecía aquello una prueba evidente de la misericordia divina.

El Comendador se alegró sinceramente, y Mariquita examinó con curiosidad a su primo que le caía de las nubes, y del cual tan diverso concepto había formado.

Mauricio, el pobre desheredado, el hijo espurio del demente, venía por sí y a nombre de éste a presentar la oliva de paz a sus verdugos; el primer deseo de don Juan vuelto a la razón, era perdonar y abrazar a su madre: doña María manifestó el deseo de verlo, abrazó a Mauricio, le hizo porción de caricias, lo llamo su nieto, le entregó la llave del cajón donde estaba el testamento, diciendo que su venida era un rasgo de la providencia; y después que el joven doctor partió, su animación duró aún algunos instantes: después al acercarse la hora del mediodía, fue cayendo en un sopor general, volvió a perder el habla, un gemido sordo se exhalaba sólo de su pecho y para un ojo observador la agonía estaba declarada.

Cuando don Juan das Neves llegó acompañado de su hijo, su hermano, su cuñada y su sobrina, lo abrazaron, pero su madre ya no pudo hablarle; al presentársele lo miró largo rato, después rompió en un llanto convulso que duró

como media hora; don Juan de rodillas delante de ella, también lloraba en silencio, y la emoción fue tal que cayó en un profundo desmayo.

Fue retirado de allí por su hijo que lo calmó y serenó ayudado también por el padre Antonio, que ya al corriente de los infortunios de don Juan, sentía por él una grande atracción.

Para qué abrumáramos al lector narrándole todas las escenas lúgubres de ese drama privado, ni todos los padecimientos de aquella mujer que tantas lágrimas había hecho verter a los otros durante su vida, y que ahora las vertía ella en expiación de su vida entera.

¿Para qué asistiríamos con el lector a todas las peripecias de ese lance cruel e inevitable por el cual todos tenemos que pasar?

¿Qué sacaríamos con escuchar a la puerta de la alcoba de la moribunda ese ronco gemido no interrumpido, ese ay de agonía, esa lucha de una naturaleza robusta que porfia con la muerte?

Mejor es dejar esa triste morada y ver lo que ha sido de Pedro, a quien parece que hemos olvidado desde su partida para San Pablo.

Capítulo XVII

Conocimientos nuevos

Pasajero a bordo del vapor que hace el tránsito de Río de Janeiro a Santos: a los 18 años de edad y por la primera vez de su vida, se veía nuestro amigo Pedro, solo, en medio del mundo, dueño y señor absoluto de su persona, sin dar cuenta de sus acciones, ni sujetar sus movimientos, a la vigilancia escudriñadora de papá o de mamá.

Decir que dejara sin pena a sus hermanitas, era hacerle injusticia; no fue sin profunda emoción que Pedro las abrazó, se despidió de sus padres, y dejó la casa paterna; con todo, el movimiento del puerto, el bullicio de los pasajeros a bordo, la diversidad de objetos, y de fisonomías que lo rodeaban, contribuyeron mucho a distraerlo.

La salida o entrada de la barra del Janeiro, es uno de los paisajes más deliciosos, más pintorescos y más grandiosos que hayamos visto; nunca olvidaremos la primera vez que cruzamos esa deliciosa barra, en nuestro primer viaje en 1842.

Esas montañas colosales, vestidas de eterna vegetación, formando grupos caprichosos, esas casillas blancas y pintorescas diseminadas en sus faldas y en sus cimas, y ese cielo tropical tan bello y azulado, inunca podremos olvidarlo!... Hay perdidos mil pensamientos de ausente en las cimas de esos montes; hay mil recuerdos queridos al corazón de una de las páginas más bellas de la vida, diseminados entre esos paisajes deliciosos, grabados en la corteza de las enormes jacas, o de las frondosas y aromáticas mangueras...

¡Siempre que hable de ti, Brasil, lo haré con entusiasmo, porque has sido por muchos años mi patria adoptiva, y estás ligado a mi corazón y a mi pensamiento por un altar y dos tumbas!...

El Comendador llegó con su hijo a bordo, ya el ruido de la maquina aumentaba, estaba levada el ánora, y la impaciencia de las ruedas se traducía por el sordo tronar de los tubos que en gruesas nubes negras despedían enormes columnas de humo, al fin los acompañantes de los viajeros bajaron a sus botes alejándose para tierra, el comandante dio la orden de partir, el maquinista hizo su obligación, el ruido de la máquina cesó y fue reemplazado por el cuchicheo de las ruedas saltando sobre las aguas y la quilla que cortándolas también, dejaba detrás de sí un surco de blanca espuma.

Mientras fue negocio de contemplar aún la ciudad, y las islas, fortalezas y montañas, todo fue bien para Pedro, pero cuando dejaron tras sí los últimos montes y la isla rasa, el movimiento del vapor, en un mar más grueso, hubo de dar un cierto malestar al joven viajero que tuvo que ganar la cama.

Aniquilado completamente nuestro amigo, pronto olvidó la familia que quedaba tras sí, y las aventuras que lo esperaban en San Pablo, la misma conversación de los pasajeros, sólo la oía, como un sonido vago y confuso; era el mareo que se había apoderado de nuestro amigo y lo insensibilizaba.

A las treinta y seis horas llegó a Santos y al otro día por la mañana se puso en marcha para la ciudad de San Pablo.

En San Pablo supo Pedro que su tío se hallaba en Minas Generales con su hija; y supo que había dejado órdenes para cuanto pudiera necesitar; y cabalgaduras por si quería ir a la "Soledad" hacienda donde se encontraba el tío: ¿qué otro remedio tenía Pedro sino viajar hasta encontrar sus caros parientes?...

Así lo hizo, tomó consigo dos negros valientes, hizo rellenar dos maletas de comestibles, y se puso en camino, montando en su buena e inteligente mula.

El país que atravesaba era tan delicioso, tan pintoresco y magnífico, que viajaba despacio subiendo paso a paso las serranías, descansando en sus cumbres y sin hartarse de extender sus miradas por aquellas selvas, valles y montañas deliciosas.

Al tercer día de marcha se reunió a un pequeño destacamento que llevaba el mismo destino que él; el oficial que mandaba la pequeña guarnición, era un bello joven, de figura simpática, y escasamente poco mayor que Pedro.

Pocas horas bastaron a establecer entre los dos mozos, una estrecha amistad; Pedro hablaba de la corte, de los teatros, de los bailes, de las tiendas, de la ópera, de las bailarinas, etcétera; el joven oficial por su turno hablaba de sus excursiones en el interior, de empresas de guerra, de combates con los indios, de enemistades de provincia, de asesinatos y ambos se divertían, en ese cambio recíproco de conocimientos y relaciones.

Un viaje en el interior de cualquiera de los puntos de la América española o portuguesa, se puede traducir siempre, por desiertos, naturaleza fecunda, hermosa y abandonada, serranías agrestes, ríos invadables casi siempre, propios a la navegación, pero obstruidos por cataratas, mosquitos, lluvias, sol, polvo y bañados: de esto todo disfrutó Pedro durante quince días y seis noches que duró su travesía de San Pablo hasta la orilla del río Paraybuna, y cercanías de Ouro Preto, donde estaba el ingenio *da Soledade*.

Era esa población un caserío inmenso rodeado de verdes colinas no muy altas, plantadas simétricamente, de cafetales, cañas de azúcar y maíz. Era la habitación del tío de Pedro, una casa de piedra, espaciosa y llena de todas las

comodidades del lujo: un magnífico terrado guarnecido de una balaustrada de hierro, asentado sobre la propia margen del Paraybuna, que en aquel paraje se estrechaba corriendo en su lecho de piedra entre dos grandes rocas negruzcas, era un punto de vista sorprendente, y sobre ese terrero abrían todas las habitaciones de la casa, que levantaba en el medio mirando a los cuatro vientos, sus largas ventanas, cerradas con persianas verdes. Al derredor de ese terrado desde el suelo se habían plantado enredaderas silvestres que lo envolvían hasta arriba con sus hojas y flores diferentes, y se subía a la casa por una ancha escalera de mármol blanco que era el frente del Oriente y del camino real de la población de Ouro Preto.

Al llegar frente al ingenio, Pedro convidó su nuevo amigo a entrar con él, pero el joven oficial le agradeció manifestando que el dueño de esa posesión no era muy amigo suyo, y concluyó suplicando a Pedro que no hablase de su encuentro, porque le haría un mal.

-Según eso -dijo Pedro-, ¿es usted una persona de quien tengo noticias?

-Y usted -exclamó el desconocido empalideciendo-, ¿será un primo que se espera en la casa?

-Exactamente.

-Lo siento, tendré que matar a usted.

-¿De veras?

-Nada es más cierto.

-Bien, veremos si es usted tan malo como todo eso, y si yo doy margen por mi parte para ello.

Los jóvenes se separaron y Pedro fue introducido a la presencia de su tío.

El tío Alejandro era un hombre alto y gordo, moreno y calvo, de facciones un poco ásperas, muy ensoberbecido con su riqueza y juzgando que el dinero era

el verdadero Dios de los hombres. No tenía mal corazón, era bruto, trataba bien a sus esclavos y adoraba a su hija, que era la única que le dejara su difuntita, como decía él cuando hablaba de su mujer.

Recibió a Pedro como era de esperar recibiese a un sobrino que venía a ser su yerno; la prima, no puso tan buena cara como el papá, y trató a Pedro sino con frialdad, por lo menos con bastante reserva, para que si tenía él un poco de percepción comprendiese que nada más tenía a esperar de ella que la buena amistad de una parienta.

Hasta allí, Anita, sólo había sido contrariada por su padre, en sus amores con el teniente Carlos, y a decir verdad, tampoco habían llegado aún al drama: bien que el viejo hubiese prohibido al joven la entrada en su casa, y que anduviese huyendo de él de ingenio en ingenio, pero Carlos, por fortuna suya, era sobrino del coronel de su regimiento, así es que andaba detrás del viejo don Alejandro, haciéndose mandar una guarnición al punto donde se hallaba éste; y como Carlos estaba enamorado de veras y era travieso, emprendedor, y de nada tenía miedo, atravesaba grandes distancias, y recurría a mil estratagemas para ver a su amada aunque sólo fuera de relance, y en esa mirada dada al pasar, ponían los pobres enamorados toda su alma para hacerse un millón de juramentos.

El bueno del papá creyó que el mejor modo de combatir el mal, era presentar otro candidato, fiándose de aquello de que las mujeres son volubles y se quedan con el último que las corteja, bien puede eso ser, pero no cuando sus afecciones son contrariadas, entonces se tornan firmes como la roca (por espíritu de contradicción).

En este estado estaban las cosas, al arribo de Pedro, que fue instalado en un hermoso cuarto donde nada faltaba a las comodidades de la vida; a las nueve con grande placer de nuestro viajero, cada uno se retiró a su cuarto, donde por primera vez desde su partida del Janeiro, encontraba Pedro una cama deliciosa donde durmió hasta bien adelantada la mañana del día siguiente.

Capítulo XVIII

Fragilidad de la vida

La vida de Pedro en el ingenio de su tío, era enteramente holgazana y contemplativa, era tal cual le agradaba a él: nadie lo importunaba, era dueño absoluto de sus acciones, dormía hasta la hora que le agradaba, paseaba o se quedaba en casa y se veía rodeado de todas las comodidades y regalos de la abundancia.

Sabiendo que no tenía nada que esperar de su prima, no le hacía la corte; no evitaba su presencia ni la buscaba; era comedido con ella sin pretensión, y se mostraba indiferente sin grosería; Anita que esperaba rendimientos para oponerles desprecios, e importunaciones para mostrarse severa e invencible, vio con sorpresa la conducta de su primo, y le cobró verdadero afecto; lo hallaba siempre de buen humor; condescendiente y afable, y era para ella un excelente camarada, un compañero que había venido a alegrar su soledad: por eso era ella la que lo convidaba a pasear, la que lo buscaba, y a los ocho días de la llegada de Pedro reinaba entre ellos la mejor armonía.

El teniente por su parte, había escrito a Anita avisándole su llegada a Ouro Preto; le hablaba de Pedro, de los proyectos de su padre. De su amor, de sus celos, en fin de todo cuanto puede atormentar un desdichado amador en el caso del teniente Carlos. Anita respondió a esa carta con mil promesas y juramentos, y diciéndole también que su primo era muy buen joven y que no tenía pretensiones a su mano.

En cuanto al tío Alejandro, ése se daba a todos los diablos de ver la *poca gracia* de Pedro como decía él, en desbancar al teniente; porque el buen hombre no quería precisamente violentar a su hija en sus inclinaciones, sino que a un amor quería oponer otro amor, y todo lo esperaba de la inconstancia del sexo amable.

Nuestro amigo Pedro, que como sabemos era un buen muchacho, y que estaba óptimamente dispuesto a favorecer los amores de su prima en vez de contrariarlos, siguiendo esas mismas excelentes intenciones, había puesto en juego sin saberlo la política más maquiavélica del mundo.

Con efecto, Anita llena de la imagen de su querido, entregada a sí misma, sentía ese amor aumentarse de día en día, porque la soledad del campo y una naturaleza magnífica, predisponen el alma a las impresiones graves y tiernas, y ese estado excepcional de nuestras facultades suele a veces convertir una simpatía insignificante en pasión invencible; la presencia de un tercero que contaba tantas maravillas de la corte, que sabía tantas anécdotas chistosas, que tocaba el piano, que cantaba, que bailaba con gracia, y hacía todo esto sin afectación, habían distraído a la joven de sus amorosas cavilaciones.

Ese cambio misterioso que se operaba en el corazón de su hija, no lo comprendía don Alejandro, ni Pedro en su inexperiencia, ni la misma Anita; tal vez la susceptibilidad del pobre amante era la única que presentía un perjuicio.

En los primeros días había cierta extrañeza y frialdad en sus relaciones; cuando quedaban solos, Anita hacía todo cuanto estaba de su parte para que Pedro comprendiese que ella amaba a otro, y Pedro hizo de modo que quedase convencida que lo sabía, y que no solamente nada pretendía, sino nada le importaba.

Después de esta previa explicación indirecta, ambos marcharon con más franqueza, y la suma extraordinaria indiferencia de Pedro, dejó a su prima toda la iniciativa de sus relaciones; así es que si él tardaba en aparecer a la hora

del almuerzo, venía su esclavo a llamarlo de parte de su señorita, y él sin la menor ceremonia se hacía esperar; era ella quien después de almorzar le pedía que leyese o tocase, y en fin quien la convidaba a pasear de tarde: se ensillaban los caballos, y acompañados de cuatro o seis esclavos que respetuosamente los seguían, salían los dos a hacer sus excursiones por aquellas deliciosas montañas; otras veces iban a pie y de noche pasaban en el terrado; cuando llovía se reunían en el salón y siempre era Pedro el que entretenía la velada.

La melancolía de Anita se disipó como por encanto, estaba alegre y sólo pensaba en divertirse, asociando es verdad su primo a todas las travesuras y ocurrencias que le pasaban por las mientes; esto hacía en que pensase mucho menos en el teniente Carlos, a quien sin embargo hacía secretos juramentos en su corazón; otros días no se le venía a la imaginación sino allá una vez en el día; por fin llegó a pasar un día entero sin que su imagen viniese al pensamiento.

En estos pormenores y otros, se le ocurrió a Pedro hacer una excursión a la sierra de Oro Blanco; don Alejandro le dio cartas para el ingenio de un amigo y nuestro héroe marchó sin otros preámbulos.

Esa súbita determinación entristeció sobremanera a Anita, que sin embargo hizo la indiferente; ipero qué vacío tan inmenso sintió ese primer día de la ausencia de Pedro! Todo el día no pensó en otra cosa, y esa noche no pudo conciliar el sueño; no era ya la imagen del teniente que la perseguía, era su primo, que no la dejaba un instante; no era sin admiración que sentía ella ese súbito cambio inexplicable a su inexperiencia y a la poca costumbre de observarse a sí mismo que hay generalmente.

Pedro estuvo ausente cuatro días y al fin de ellos volvió.

Ahora veamos nosotros lo que pasaba en su corazón.

Educado en la corte, en los bailes, acostumbrado a amorcillos de una hora, su corazón no había sentido afección alguna de esas que comprometen la tranquilidad; cuando vio a Anita sintió que su corazón ya fuese de otro porque si ella lo amase, era un casamiento del gusto de la familia, y que a él no le desagradaría; pero su orgullo no admitía que fuese suya por violencia, ni admitía representar el papel de amante despreciado; con todo, la familiaridad con su prima, la soledad, el silencio que los rodeaba a pesar de lo poco romántico que él era, no dejó de influir en su naturaleza, y Pedro principiaba a sentirse triste, conocía que estaba enamorado, y antes que el mal se hiciese crónico decidió tomar un pronto remedio; por eso comenzó a procurar distracciones, preparándose a tener una explicación con su tío en la primera oportunidad.

A su vuelta de Oro Blanco, Anita lo recibió fría y taciturna: hablaron largamente con su tío de las minas, de los caminos, etc., después fue a sentarse al lado de Anita.

Era una hermosa noche de luna, el cielo ostentaba un azul purísimo, y millares de estrellas rutilaban en él. El Paraybuna corría murmurando a sus pies, la luna rielaba sus rayos en las aguas del río y el silencio era sólo interrumpido por esos ruidos misteriosos del desierto.

Pedro se acercó a su prima preguntándole:

-Y bien, prima, ¿ha pensado usted alguna vez en mí?

-No -respondió ella con resolución.

-Es una ingratitud.
-Usted se ausentó por su gusto.
-Seguro de que a nadie hago falta.
-Ni usted necesita de nadie tampoco.
-¿Qué quiere usted, señora mía? Amor con amor paga.
-¿Qué quiere usted decir con eso?
-Quiero decir que pues somos indiferentes el uno para el otro, que nuestros destinos no deben unirse, y que soy para vos sólo un primo. Vos para mí sois también una prima, porque soy partidario de la reciprocidad en los sentimientos.
-Hace usted muy bien.
-Y si piensa usted así, mi bella prima, ¿por qué me recibe tan seria?
-¡Quién! ¿Yo sería?, qué gracia, no vaya usted a pensar que es por estar resentida con su viaje a Oro Blanco.
-Y con todo, tiene usted la apariencia de estar enojada conmigo.
-¡Qué ocurrencia! ¿Y qué me importa a mí que usted se vaya o se quede?
-Tanto mejor, primita, porque así nos separaremos sin pena.
-¿Está usted de viaje?
-Por estos ocho días regresaré a la corte.
-Hago votos porque sea usted feliz -respondió la joven con voz mal segura.

-Pues bien, Anita, ¿entretanto por qué me tratas hoy tan mal después de haberme acostumbrado a otras maneras?

Anita en vez de responder se levantó corriendo y se encerró en su cuarto. No podía por más tiempo contener sus lágrimas... ¿Y Pedro?... Pedro también entró en su cuarto a pretexto del cansancio del viaje, y desde el día siguiente no se le veía un momento en casa; había dicho al tío que se volvía a la corte y entre tanto andaba todo el día escopeta al hombro, y haciendo excursiones en los alrededores.

De allí a seis días hubo un gran baile en Ouro Preto. Don Alejandro y su familia asistieron, como todas las familias ricas de importancia de las cercanías.

Muchas jóvenes había en el baile, pero Anita era de todas la más bella; muchos mozos concurrieron, ninguno tan elegante, ni tan bien vestido como Pedro: su pantalón y su frac de Vandebland, esa superioridad del hombre de corte, la delicadeza de sus maneras, el aplomo de su lenguaje y la distinción de su danza, eran la envidia de los otros mancebos y el objeto de conversación de las niñas.

El teniente Carlos, vestido de uniforme estaba realmente muy buen mozo, pero no tenía aquel aroma de alta sociedad, aquella finura de Pedro: Anita no perdía pisada a su primo, llena de orgullo y muy poco conforme con que no le hubiese pedido ni una sola contradanza. Es verdad, desde su conversación del terrado, Pedro se portaba como un héroe, no llegándose al lado de su prima, conversando con ella lo menos posible: esa noche había dejado enteramente el campo libre al teniente, y éste lo aprovechaba muy bien porque no quería que nadie bailase con Anita, lo cual no era muy del gusto de ésta... necesario es confesarlo, Anita ya no amaba al teniente y ella misma no sabía lo que pasaba en su corazón.

El papá estaba furioso esa noche, hubiera dado de palos al teniente y de puñetazos a su sobrino, a aquel bobo, a aquel muñeco que no sabía cómo se debía soplar la dama al otro.

Sin embargo, Pedro estaba muy satisfecho, había triunfado completamente esa noche, había sido la estrella del sarao; para él todas las ojeadas tiernas, los ramos de flores, las cintas; sus conquistas fueron innumerables, a lo menos pudo hacer entender a su prima, que si ella no lo quería, sobraban corazones que se le habrían rendido a una sola mirada.

Por su parte, Anita hacía comparaciones entre su primo y el teniente, y este último que la amaba de veras, se retiraba con el corazón despedazado porque la indiferencia de Anita lo había helado... la había observado y estaba cierto que era Pedro el feliz mortal que prendía sus atenciones.

Tres días después de ese baile debía Pedro partir, y Anita lo convidó por última vez a pasear; conversaban poco y ambos estaban pensativos y suspiraban a menudo; esa tarde treparon a un pequeño monte desde donde se divisaba un lindo paisaje, allí vieron la puesta del sol, vieron sus últimos rayos iluminar las cimas de los montes vecinos, y el crepúsculo con su manto azulado, principiar a velar en una media oscuridad los árboles de las selvas y las orillas del río; la primera estrella brilló trémula y pálida en el espacio. El sosiego del campo, el aire suave y perfumado de mil aromas de las flores silvestres, envolvía a los dos jóvenes en un éxtasis misterioso.

Al bajar de la sierra, el camino era áspero y difícil, Pedro ofreció su brazo, Anita se apoyó en él; la necesidad de obstar a una caída, obligaba al joven a estrechar suavemente el brazo de su compañera, y ella también por necesidad sin duda no sólo cedía a esa suave presión, sino que también por su parte se reclinaba en el hombro de Pedro, y la noche se hacía más densa y ellos andaban muy despacio, sus brazos más y más se estrechaban, iy el silencio era tal que se podían contar los apasionados latidos de sus corazones !

Antes de entrar en casa, como la noche era de luna y tan clara y tan serena que se divisaba grande extensión de campo a lo lejos, los dos primos tomaron por la margen del Paraybuna y se sentaron en un peñasco viendo correr a sus pies las turbias aguas del río, viendo la luna rielar en sus ondas trémulas y reflejarse en su fondo los millares de estrellas del firmamento. Ese plácido sosiego de la creación tan hermosa, y esos ruidos misteriosos de las selvas y de los reptiles que zumban entre las hierbas, todo decía: ¡Paz! ¡Amor!

Pedro estaba triste y seguía el curso de la luna con su mirada melancólica, Anita miraba también al firmamento y una lágrima le corría por las mejillas.

Pedro vio esa lágrima y le dijo:

-¿Lloras, Anita? ¿Piensas tal vez en ese que amas?

-No, Pedro -respondió ella-, pienso en que partes dentro de algunas horas, iy que tal vez no te acuerdes de mí allá en la corte!... iy que ya no nos volveremos a ver más!

Pedro no respondió... ocultó el rostro entre sus manos... estaba llorando...

Anita pasó sus brazos alrededor del cuello de su primo, y escondiendo su cabeza en el seno de éste, murmuró sollozando:

-¡No partas, no, mi Pedro, porque te amo!

Pedro la estrechó contra su pecho, y no pudo articular una palabra, tan conmovido estaba.

Capítulo XIX

El hombre propone y Dios dispone

Dejamos a Gabriela en manos de las buenas madres que piadosamente la querían convertir, y a Ernesto de Souza, preparando el disfraz con que al día siguiente se prometía llegar a ver a su amada: amaneció ese día, nublado y con anuncios de lluvia, asimismo el intrépido amante perfectamente vestido con sus cejas pintadas, su peluca, su enorme cofia que le ocultaba el rostro, su pañuelo y su caja de abalorios, atravesó la enorme distancia que hay entre Saco do Alferes, y la montaña de Santa Teresa; a cada paso le parecía al pobre enamorado que los muchachos conocían que era un hombre vestido de mujer; que lo silbaban, que lo apedreaban y que malograba su intento; no fue así, escogiendo las calles más solas e imitando el paso trémulo de las viejas llegó al pie de la ladera, y protegido por el *travieso Ciego* entró en la portería al mismo tiempo que desataba un furioso aguacero.

Ernesto se puso a lamentar del contratiempo de la lluvia, y la tornera oyéndolo no tardó en preguntar con su voz nasal y cascada:

-¿Quién está ahí?

-Soy yo, buena madre.

-¿Y quién es usted?

-Una pobre vendedora que iba para las Dos Hermanas, a una quinta donde hay unas niñas muy bordadoras, que hacen flores también y son marchantas mías.

-¿Han de ser las hijas del mayor Alves-Pereira?

-Son ellas mismas, buena madre.

-¿Y qué lleva usted?

-Abalorios, retazos de sedería, hilo de oro, lentejuelas, agujas, felpillas, alambre, sedas, ¡Oh!, mi factura es superior, cosa rica, viene todo de Portugal.

-¿Con que hace poco que ha llegado de allá?

-Es verdad, madre, ¡ay, que las benditas monjas de Santa Clara, bien que me compraban las pobrecitas!

-¿Y qué vino a hacer usted por aquí?

-¡Mis pecados, un hijo de mi difunto!

-¿Y adonde está su hijo?

-¡Murió de fiebre amarilla!

-¡Dios lo tenga en su santa gloria!

-¡Amén!

-¿Y es muy cara su factura?

-¡Qué! ¡Es todo muy barato! ¡Ay, ojalá las buenas madres me comprasen alguna cosa! ¡Pobre de mí, con esta lluvia no podré llegar a las Dos Hermanas, ya hoy no gano para el día, quedaré sin comer! ¡Sea todo por el amor de Dios!

-Espérese ahí, voy a ver si las madres le quieren comprar alguna cosita.

-¡Dios le dé el reino de los cielos! -dijo Ernesto muy compungido-. Los diablos te lleven -murmuró entre dientes-, pensé que no acababa de una vez esta bruja.

La tornera volvió e introdujo a Ernesto al locutorio, allí abrieron la reja y entró a la misma sala donde la víspera estuvo Gabriela desmayada.

Las monjas rodearon a la fingida vendedora, que vendía todo por el precio que le ofrecían, y que se volvía todo ojos buscando a Gabriela. Llegó ella de las últimas porque la habían ido a buscar, a ver si conseguían distraerla un

poco; nada sospechaba la joven y estuvo a punto de desmayarse cuando sus ojos se encontraron con los de Ernesto, porque a pesar de lo desfigurado que estaba, su mirada no podía desconocerla Gabriela; ella entonces se acercó y fue

a tomar algunas cosas de la caja de la vendedora, ésta para ahorrarle el trabajo hizo de modo que sus manos se encontraron y que una bolita de papel quedó en manos de la joven; mucho le costó ocultar su turbación, y el sobresalto en que estaba, por fin, las monjas vaciaron la caja de la vendedora y ésta se retiró ofreciendo traerles al día siguiente un surtido más lindo aún, y escapularios y reliquias de las monjas de Portugal.

Cuando Gabriela pudo verse sola en su cuarto abrió ese papel, primer billete de amores que recibía, y leyó agitada de una convulsión involuntaria lo que sigue:

"Señora.

"Sin las circunstancias excepcionales que os han colocado en tan triste posición, jamás me atrevería a dirigiros estas líneas, ni menos a usar de la estratagema que hará llegar ésta a vuestras manos, porque son cosas impropias de mi carácter y que sólo un extremo puede disculpar. Deciros que os amo, ya lo sabéis que no puedo vivir así, que vuestros sufrimientos son los míos, es repetir lo que sabéis también como yo.

"Con todo, ha llegado el caso, en que es una necesidad dejar las palabras, y preferir los hechos; mi buen padre ha propuesto a vuestra familia nuestro enlace, ha sido rechazado, descubierto vuestro asilo, el capellán le ha negado el veros, alerta señora que tenéis dos enemigos y os han colocado entre dos abismos. Dios os envía un salvador, no lo rehuséis que es vuestro esposo, aquel que ha entrevisto el cielo a vuestro lado. Quiero salvaros y haceros feliz; mañana cuando vuelva al convento, tened resolución, y no os opongáis a lo que intento porque sólo será para vuestra felicidad. ¿Os fiáis de mí?"

Decir las veces que Gabriela leyó esa carta, sería inútil, no hizo otra cosa que leerla siempre que estuvo sola, y el resto del tiempo la tenía sobre su corazón. La lobreguez del claustro desaparecía a sus ojos, el porvenir era un vasto campo lleno de flores, donde ella corría con Ernesto.

Desde el momento en que la dejó el capellán la víspera, las buenas madres no habían dejado descansar a la joven, le habían hablado sin cesar de la vida monástica, de la paz, de las delicias del claustro, de los vicios del mundo, del infierno, de la salvación, de mil cosas que habían aterrado la inexperta niña y que habrían acabado por trastornarle el juicio, sin la oportuna presencia del que ella amaba como a su ángel tutelar.

Entretanto, la noticia de la enfermedad de doña María das Neves y su agonía era una de las novedades del día, como lo era la vuelta a la razón del hijo primogénito de tan acaudalada familia.

Don Egas quiso presentarse de nuevo en casa del Comendador, pero supieron que toda la familia estaba reunida en casa de doña María; además el haber sido rechazadas sus pretensiones, hiriendo su orgullo lo hacía enmudecer; todos los pasos que hubiesen de darse para arrancar la víctima de su encierro, serían largos y tal vez, complicándose los negocios, traerían disgustos para todos y quién sabe cuál sería el desenlace final: por eso el plan de Ernesto, aunque atrevido, era el más breve y prescindiendo del inevitable escándalo y campanazo que iba a dar, era el mejor.

Veamos ahora, cuál era ese proyecto de Ernesto: ya no debía como el día anterior atravesar la ciudad a pie, iría en su coche, y éste quedaría esperando al pie de la ladera; combinó su vestuario de manera que pudiese fácilmente

despojarse de él, por eso la cofia se prendió a la peluca para poderlas sacar juntas, y el vestido era una especie de dominó, que pudiese largarse de golpe: él iba vestido de pantalón y frac negro todo abotonado; una vez introducido en el salón del locutorio, y cuando las monjas más entretenidas estuviesen, con disimulo iría desatando los cordones de su disfraz y largándolo de repente contaba con el espanto y la confusión que produciría la presencia de un hombre, para tomar a Gabriela por la mano y salir corriendo con ella de allí, meterse en el coche que los esperaba y no parar hasta el Saco do Alferes.

Los preparativos se hicieron todos, y llegó sin novedad de ningún género hasta la portería del convento, allí acudió al torno y llamó a la tornera diciéndola:

-Buenos días, señora Isabel (ya le sabía el nombre), ¿cómo está desde ayer?

-Dios la guarde, buena mujer, ¿trae la factura?

-Sí, buena madre, ¡y qué cosas lindas traigo hoy para las santas monjitas!

-Espere que ya le voy a abrir.

Como el día anterior, nuestro héroe fue introducido a la vasta sala del locutorio, y en breve se vio rodeado de las madres, que le dejaron exhausta la caja, pero en vano se volvía todo ojos buscando a Gabriela, ¡ella no aparecía!

Su turbación era tal que ni aun sabía lo que respondía a las monjas, si preguntaba por ella temía traicionarse; ímpetus tenía de echar a correr por los claustros llamándola, pero temía que el escándalo tuviese lugar y sin el resultado a que tendían sus esfuerzos, cuando ya no tuvo nada más que vender, que le pagaron y que se vio otra vez en la portería, bajando la ladera, que subió en su coche y volvió a su casa, sólo entonces pudo darse cuenta a sí mismo de las diferentes emociones que lo agitaban: su inquietud era terrible, ¿qué le habría sucedido a Gabriela? ¿Por qué no saldría como el día anterior? ¿Acaso estaría enferma o presa en alguna celda por orden de su propia familia? ¿Habría sido descubierta su carta y se habrían tomado precauciones? Pero, ¡en ese caso habrían sospechado de la veracidad de su carácter como vendedora y aun de su disfraz!... La última reflexión que le ocurría era no ser amado... Es verdad, Gabriela nunca le había dicho que lo amase, ¿pero acaso es necesario decirse esas cosas? ¿Por ventura sus ojos no se habían dicho lo mismo de mil modos?... El lenguaje misterioso y sincero del corazón no tiene palabras, ni declaraciones en verso o en prosa ni billetticos, ni nada más que un idioma que no se enseña ni se estudia, sino que es la manifestación espontánea de nuestros sentimientos... Y de esa manifestación estaba cierto él... ¿Acaso no se fiaría la joven de sus palabras? ¿Pero cómo desconfiar de quien se ama?... Tal vez no tenía valor para arrostrar el escándalo, tal vez temió por él... El peor estado que conocemos es el de la incertidumbre, es un enemigo traidor que no se sabe cómo combatirlo, es un laberinto confuso del que no se sabe por dónde salir, es un mar borrascoso donde se navega sin brújula, es un abismo sin fondo donde rodamos de inducción en inducción hasta la desesperación... y Ernesto estaba tanto más abatido cuanto que mayores y más vigorosas habían sido sus esperanzas... Don Egas no sabía qué resolver, pero echaba todas las culpas al capellán; doña María trataba de serenar a su hijo, recordándole que cuando más lejos nos creemos de la felicidad, es cuando por el contrario más cerca de ella nos hallamos.

Entretanto, quedaron esperando los acontecimientos, porque nada más podían hacer, pero la paz, la tranquilidad que gozaran hasta allí, estaba perdida con la alegría de su hijo... dejémoslos en ese crítico estado y más felices que ellos veamos lo que ha sido de Gabriela.

Capítulo XX

Maquiavelismo monacal

El día en que Ernesto de Souza se introducía disfrazado en el convento para hacer llegar a las manos de su querida la carta que ya hemos hecho conocer al lector, S. R. el capellán, no obstante el mal tiempo, había hecho venir un carruaje para dirigirse a Botafogo en busca de los padres de la joven; supo allí que la familia se hallaba en la ciudad en casa de la enferma; tuvo pues que regresar y después de dos largas horas de rodar sin cesar de un lado para otro, llegó al fin al término de la misión que se había propuesto.

Alucinado con el santo deseo de dar un ejemplo de devoción al mundo, ya que tan raros van siendo en la época presente, quería el reverendo que las cosas fuesen en regla, por eso impuesto de los motivos que existían, sabiendo con qué casta de gente se las había, determinó ir a verse con el padre y la madre de la joven, resuelto a echarles la mentirilla de que la niña era quien lo enviaba a ellos para significarles su deseo de hacer profesión; su conciencia le decía que era una mentira, pero en su devoto celo, esperaba que lo perdonaría nuestro Señor y que impuesta de sus piadosas miras, lo perdonaría la Iglesia; esto no era difícil, además de ser de casa, son pecadillos de fácil absolución porque redundan en provecho general.

Seguro estaba su reverencia de que la familia no se opondría porque los ánimos debían de estar indispuestos contra la pecadora, de consiguiente, y una vez que era de su gusto, la familia nada tendría que objetar; en cuanto a la joven, el capellán contaba decirle que era orden terminante de su padre principiar el noviciado desde ese día, y ya a fuerza de ruegos, ya de historias tenebrosas del infierno, ya de promesas seductoras, alcanzar el objeto deseado.

Fue el Comendador quien recibió a S. R., lo oyó con mucho placer, por saber al fin de su hija, y con respecto a lo de tomar el velo, no oponía obstáculo por su parte, ni creía que su mujer lo pusiese tampoco, pero antes de realizarse ese acontecimiento, era preciso que Gabriela viniese a casa de su familia, en primer lugar porque su abuela estaba en artículo de muerte y ella debía concurrir, y en segundo lugar, creía desvanecida ya la idea del enlace entre su hija y su hermano demente, que ya estaba en su juicio y que por lo tanto, de allí a un par de horas enviaría por su hija.

Al acabar de hablar el Comendador, quedó el santo hombre aterrado, helado, sin fuerzas. Con todo, no se rindió al primer golpe, y emprendió convencer al Comendador, que el tiempo que iba a hacer perder a su hija era terreno perdido en el camino de la salvación, que el mundo tenía peligros que una joven no conocía y que nada sería tan agradable al Señor, como la profesión de esa joven en los momentos que su abuela iba a expirar, que era una expiación, una ofrenda preciosa de la virginidad de aquella niña, al altar, etcétera, etcétera.

El Comendador estuvo sublime de paciencia y de genuflexiones, pero no aflojó, y en vano fue el sudar, llorar y declamar de S. R., obtuvo siempre la misma respuesta y se retiró sin conseguir lo que pensaba.

De vuelta en su coche, sorbía rapé y declamaba contra los ricos, asimismo para no perderlo todo, el reverendo al llegar a su casa, en medio de sus lamentaciones, se sentó a la mesa, y hablando de la impiedad del siglo, de la falta de devoción y de otros escándalos semejantes, se hartó de sopa, de guisados, de dulces, de pastelitos y de todo cuanto platito delicioso le

confeccionaban sus hijas espirituales. Margarita, por su parte, ya mudando plato, ya limpiando un cubierto, enjugando un vaso, destapando una botella, ponderando una salsa y sirviendo en un todo al reverendo, oía las lamentaciones de éste, y aconsejaba de paso las vías de hecho: diciendo que pues tenían el pájaro en la jaula, no se debía dejar escapar: que ella si estuviese en lugar de su reverendísima no entregaba la joven que se mantendría firme: no le desagradaba mucho esta especie al capellán, porque conociendo cuan difícil es en este mundo, hacer valer su derecho que trabas ha puesto a ese mismo derecho la justicia secular y la eclesiástica, contando con el desorden y la confusión que reinaban en casa del Comendador, S. R. podría decir al emisario de la familia, o al mismo padre en persona si viniese, que la niña no quería salir de allí por nada, que no quería hablar con nadie, entretanto, se le encerraba en una celda, se le decía que era orden positiva de su familia, se le vestía de novicia, y si se ganaba tiempo, siquiera seis meses: por una licencia del obispo le dispensaban el año de noviciado y se le hacía profesar antes de tiempo.

Después de comer, S. R. fue a la iglesia a conferenciar con la abadesa, y de esa larga entrevista resultó que Gabriela fue encerrada en una celda del segundo patio, donde sólo ella estaba, con orden de que ni legas, ni tornera ni nadie, a no ser el capellán y la abadesa le pudiesen hablar; mal de su grado, le endosaron el hábito de novicia, y dejándola en su prisión se prepararon a la lucha.

La pobre Gabriela casi desmayada de dolor y de miedo, quedó relegada en su encierro, con la carta de su bienamado, por todo consuelo de lo presente, y por única esperanza del porvenir.

Con efecto, a la oración, paró un coche al pie de la ladera y el doctor Mauricio se presentó al capellán, a nombre del Comendador para buscar a su prima. S. R. fingiendo mucho pesar, refirió al joven doctor los acontecimientos que él mismo había urdido, como si fuesen ciertos. El mozo lo oyó con manifiesto disgusto, le hizo presente que aquella niña era menor de edad, que debía sujetarse a las órdenes de su padre y, en fin, que la llamasen porque deseaba oír de sus labios su determinación.

El capellán lo convidó a pasar con él a la iglesia, allí envió por la abadesa, y ésta fue, o fingió que iba según habían convenido, a llamar a Gabriela; después de demorarse bastante adentro, volvió diciendo que la joven absolutamente rehusaba ver a nadie.

Mauricio desconfió de la maquinación infernal que envolvía a su prima, e hizo presente al capellán que jugaban un juego muy arriesgado, porque la justicia intervendría en el negocio y sería muy desairoso para el convento si se les pillaba en una tal superchería, que él tenía datos para desconfiar de esa súbita devoción en una niña que estaba impuesto no había tenido otro motivo de refugiarse en el convento que huir de un casamiento que le repugnaba.

El reverendo no se dio por vencido, y Mauricio tuvo que retirarse, pesaroso y lleno de inquietud: dio cuenta del mal logro de su comisión, lo que aumentó el conflicto de la familia, afligidos con el espectáculo de la terrible agonía de la señora, y alarmados con la rápida postración de las fuerzas de don Juan.

Los cálculos del reverendo eran infalibles, porque en aquellos momentos no había que pensar en ir a la justicia, ni en otra cosa que no fuese atender a los enfermos. Camila había llegado con su hija, y don Juan se había desposado con ella, extinguiéndose pocas horas después, en medio de los sollozos de sus hijos; doña María por otro lado luchaba horribilmente pero a las pocas horas de la

muerte de su hijo, Dios tuvo misericordia de ella, y cesó de sufrir; de manera que eran dos cadáveres a enterrar, dos duelos en vez de uno, y excusado es querer pintar la dislocación natural de semejantes ocasiones, para extrañar que la pobre Gabriela quedase abandonada a su destino, mientras se cumplían con esos últimos deberes, y se sucedían esas últimas escenas del drama de la vida.

Entretanto, Gabriela lloraba y caía enferma. El capellán y las monjas buscaban conquistarla y Ernesto se proponía tentar un último esfuerzo para salir de la horrible congoja en que estaba.

Capítulo XXI

Ernesto de Souza

No pudiendo dominar por más tiempo la angustia que lo despedazaba, Ernesto se resolvió a atropellar todos los respetos humanos, porque el sacrificio que ellos le imponían era superior a sus fuerzas; se vistió sin decir nada a su familia, y se hizo conducir a casa de doña María das Neves: un traje negro completo realzaba la palidez del mozo, su aire era grave, su andar pausado, en sus maneras había el sello de una grande resolución de la que dependía tal vez su vida; era de noche, todas las puertas y ventanas estaban abiertas, el frente de la casa estaba colgado de negro, las escaleras entapizadas de luto también: alguien ha muerto, se dijo el joven, no me importa, es necesario que sepa de ella. Los criados vestidos de luto, los pajes que acompañan el cadáver de un rico en el Brasil, andaban por las escaleras, nadie le preguntó lo que buscaba; fue siguiendo adelante, entró en la primera sala, estaba colgada de negro, en el medio se elevaba un catafalco vestido de terciopelo y galones de oro, a cuyo alrededor ardían en enormes candelabros de plata antorchas de cera negra, cuya luz amarillenta se reflejaba en una túnica blanca finísima que envolvía el cadáver colosal de una mujer, era el féretro de la señora... a su lado velaba un misionero de alta estatura y de cabellos blancos como la nieve.

Ernesto pasó a la sala contigua, era el mismo espectáculo... era otro cuarto colgado de negro, era otro féretro y otras antorchas, a cuya luz macilenta se veía una cabeza pálida de muerto, era el cadáver del infeliz don Juan... también había un hombre sentado en frente a ese catafalco, pero un hombre joven, vestido de negro, y en cuya frente estaba sellado un dolor inmenso; Ernesto se llegó al mozo; éste levantó la cabeza e hizo un ligero saludo a Ernesto. El joven Souza se sentó a su lado y le dijo:

-¿Son estos los despojos de doña María de las Neves y de su hijo don Juan?

-Mi abuela y mi padre -contestó Mauricio.

Ernesto cruzó los brazos y una lágrima corrió de sus ojos, lágrima que no procuró ocultar, estaba delante de un hijo que velaba el cadáver de su padre...

Mauricio sintió un consuelo inefable en aquella lágrima de un desconocido, que revelaba un corazón amante y generoso.

Ernesto después de una pausa, alzó su frente, y clavando en Mauricio una mirada de profunda ansiedad, le preguntó con voz mal segura:

-¿Y Gabriela?

-En el convento -respondió el doctor, comprendiendo que era aquel el joven de que había oído hablar por alto a la familia.

-¡En el convento! ¿Cómo?

-Son largos los pormenores, y no serán pocos los pasos que costará sacarla de allí.

-Señor, estos momentos son solemnes, los objetos que nos rodean infunden respeto y gravedad a los pensamientos y las palabras... es tal vez inoportuna mi presencia aquí... con todo, ya no me era posible sufrir más... ¿Gabriela debe profesar?

-No por la voluntad de su familia a lo menos... son intrigas de convento... cuando se hayan llenado los últimos deberes con estos muertos, creo que el Comendador buscará a su hija.

Ernesto movió la cabeza con desconfianza y quedó pensativo...

La campana de la capilla real dio nueve campanadas, Ernesto apretó la mano de Mauricio en silencio y volvió a salir como había entrado, grave y sereno, pero lleno de resoluciones que a nadie quería comunicar.

Volvió a su casa, mudó de traje, tomó una buena cuerda fuerte, una linterna sorda y su puñal, saliendo del Saco do Alferes sin avisarle a la familia.

Era más de las once cuando llegó a la montaña, la noche estaba oscura, relampagueaba a lo lejos, y retumbaba el trueno por las cavidades de la sierra. Ernesto rodeó el convento y escaló el muro por los fondos, saltó a un huerto pequeño separado de un jardín por un enrejado de hierro; de ese jardín pasó a un patio abandonado, donde había algunos cuartos en ruina, de allí atravesó un largo pasillo y se halló en otro patio casi igual a aquel de que acababa de salir; se metió por un claustro y fue entrando una por una en las celdas abandonadas que encontró; casi en un rincón del último claustro había una puerta cerrada por fuera con un cerrojo, a todo evento el aventurero mancebo lo descorrió suavemente y echó una ojeada dentro, levantando su linterna a la altura de la cabeza; una mujer estaba extendida en la tarima que le servía de lecho, pálida y desfigurada, parecía dormir un sueño agitado, y sollozaba murmurando palabras entrecortadas, Ernesto puso la linterna sobre la mesa que allí había, entre una calavera y un cántaro de agua, después se arrodilló tomando entre sus manos la mano fría y seca de la joven, cuyo pulso revelaba una fuerte fiebre; era Gabriela, ¡pero en qué estado!... El mozo la contemplaba reprimiendo su respiración y procurando serenar la convulsión que lo agitaba. ¿Qué hacer en aquel trance? ¿Cargar a su querida semejante al solitario de Arlincourt, cuando robó el cadáver de Elodia de la capilla donde estaba depositado? ¿Pero cómo saltar rejas y murallas? ¿Cómo exponerla en aquel estado a la lluvia que ya empezaba a caer a torrentes? El ruido mismo de la tempestad le hizo tentar otro medio, despertar a Gabriela y ver si sería posible combinar con ella lo que había que hacer.

A esa voz tan dulce que la llamaba, al contacto de esas manos que estrechaban las suyas, y al aroma de ese aliento abrasador que rozaba su frente y sus mejillas, a ese influjo tan poderoso del amor, la joven abrió sus ojos con extrañeza, estaba débil y la fiebre le perturbaba un poco su razón; por largo espacio miró a Ernesto sin reconocerlo, sin saber lo que le pasaba, cuando más tranquila, comprendió que era él y se recordó de todo, y se vio sola a aquellas horas, en una celda retirada, y en medio de una noche tempestuosa, aislada del resto del convento, el instinto de pudor, tan bello en la mujer, le reveló la inconveniencia de su posición y alzándose de su camilla se sentó, mientras que Ernesto continuaba de rodillas a su lado.

-¿Señor -dijo Gabriela- por quien sois, cómo habéis entrado aquí?... Explicadme qué es esto.

-Gabriela, yo no podía vivir en la horrible incertidumbre de su destino... No hallando a usted en su casa, he saltado las paredes resuelto a buscarla y a llegar a su lado para pedirle una explicación.

-¡Ay, señor! ¡Separémonos, soy muy desgraciada, mi familia quiere que profese... me encierra para siempre en este claustro...! ¡Oh, váyase usted, señor, déjeme... poco tiempo me resta de vida!

-No, Gabriela, todo es un engaño que usan para prender a usted en esta horrible prisión... la engañan a usted y engañan a su familia.

-Y si es eso así, ¿por qué me abandona mi padre... mi madre? ¡Ah!, yo los conozco, ¡no tendrán piedad de mí! Mi abuela nunca me perdonará el haberme

rebelado a sus órdenes... me colocaron entre el casamiento con mi tío demente o esta horrible mansión.

Gabriela ignoraba cuanto había sucedido en su casa y Ernesto no creyó oportuno decírselo.

-Créame usted -respondió él-: hay serias ocurrencias que han obstado a que su familia dé pasos para arrancarla de aquí..., pero no desespere usted del porvenir..., ¡aún hemos de ser felices!

-No... dígame usted su nombre, yo no lo sé.

-Ernesto de Souza.

- ¡Ernesto!... Váyase usted, ya me ha visto... no lo diga usted a nadie, lo que se pensaría de mí... ¡acaso es un delito la presencia de usted en esta casa!

-No soy por ventura su esposo, Gabriela... desde que nos amamos no se considera usted ligada a mí, como yo lo estoy a usted... desde ese día que nuestras almas se encontraron y se unieron, no nos pertenecemos mutuamente.

-¡No delante del mundo!

-¡Y qué importa el mundo, Gabriela, si lo estamos delante de Dios!

Mucho tiempo habían callado sus labios, para que en aquel momento, solos por la primera vez, no se encarasen uno al otro, no se dijese cuanto tenían en el corazón y no se mirasen con la avidez del sediento que llega al río donde va a desalterar la sed que lo atormenta... Y acaso sólo dos naturalezas de ángel, dos almas castas y espiritualistas como eran las de Ernesto y Gabriela, resistieron a la tentación del silencio, de la soledad, y al volcán de la juventud y de la pasión.

Del libro de memoria de Ernesto se arrancó una hoja, donde Gabriela escribió un billete al obispo, pidiendo su libertad y narrando la violencia de que era víctima; después de escribir, la lluvia había cesado un poco, aún había relámpagos y los truenos bramaban a lo lejos; Ernesto se despidió de Gabriela, dejándole su reloj para que midiese las horas que iban a pasar separados, llevando de su querida un beso de despedida, vamos, era el primero, y no hay que ser tan rígido, ¡poco era para tantos afanes y torturas, pobres enamorados!

Al otro día a medio, S. S. Ilustrísima llegaba al convento de Santa Teresa, para proceder a una visita general; el capellán estaba en ansias, la abadesa sufría congojas indecibles, pero no hubo remedio, fue necesario hablar de Gabriela, explicar la historia a su modo, que el obispo oyó sin hacer comentario alguno, pero exigiendo hablar con la joven; ¿cómo negarlo a S. I.? No hubo remedio, fue la abadesa a buscarla, le confesó la patraña de que se habían valido, y le pidió de rodillas que no la desmintiese delante del obispo, ni al santo hombre del capellán que iba a quedar muy comprometido en ese negocio: Gabriela prometió cuanto ella quiso, pero así que se vio delante del obispo le suplicó de rodillas que la arrancase de allí: S. I. era un excelente padre, que la tranquilizó, reconvino suavemente al capellán de su exceso de celo, y a las monjas del rigorismo de sus reglas, pero perdonó a todos, dio a besar la mano y concluyó llevándose a la joven. Al pie de la ladera, además del coche de S. I., estaba otro carruaje del que salió una señora de regular edad que se conocía había sido muy bella; esa dama recibió en sus brazos a Gabriela, apretó afectuosamente la mano del obispo, y volviendo a entrar en su coche, hizo sentar a su lado a la joven, y el cochero volviendo la brida de sus caballos, tomó el camino de Saco do Alferes.

Dejamos al lector imaginar la sorpresa de la pobre Gabriela al verse en casa de Ernesto, entre el viejo marino y doña María, que es la dama que había ido a recibirla a su salida del convento. Así creyeron que sería mejor que llevarla

a casa de doña María, porque a pesar de la poca amistad que ligaba a aquella familia, el estado de Gabriela no era para soportar noticias de tanta magnitud; además que don Egas no había perdido el tiempo, porque impuesto por su hijo de lo que había y en posesión del escrito de Gabriela, desde las cinco de la mañana que andaba a caballo, la urgencia de los sucesos no consintiendo ni demoras ni reposos, había vuelto a ver al Comendador que había escrito dos líneas al obispo, y había rogado a don Egas llevase consigo a Gabriela al lado de su señora; de allí había ido al obispo con quien felizmente lo ligaba una antigua relación de conocimiento, que sin ser amistad, era un buen antecedente; de modo que en pocas horas se mudó la suerte de algunos de los personajes de esta historia, serenándose parte del horizonte. Veremos si todos son tan felices como éstos.

Capítulo XXII

En que se narran los últimos acontecimientos de esta verídica historia

Pasados los días de riguroso duelo, se abrió el testamento de la señora, que con tanta impaciencia y concentrado furor esperaba doña Carolina, convencida de que tanto la influencia del misionero como los demás acontecimientos providenciales que se habían encadenado hasta allí y a que ella apellidaba circunstancias fatales, habían influido en el ánimo de la finada, partiendo esa inmensa riqueza que ella codiciaba para sí y para los suyos, y así era efectivamente.

Doña María das Neves, dejaba libres muchos esclavos, particularmente aquellos que más habían sufrido, acompañándoles la libertad de pequeños legados.

Dividía el resto de su fortuna igualmente entre sus dos hijos, Juan y Gabriel; dejaba a sus nueras Carolina y Camila legados iguales, y el mismo espíritu de justicia dominaba las otras mandas del testamento relativas a sus nietos.

Contando con el próximo casamiento de don Juan, es que la señora había dispuesto las cosas así, y Dios había permitido que esa justa reparación tuviese lugar con todas las formalidades jurídicas necesarias, gracias al tino y actividad de Mauricio; por eso mal grado el rencor y desvío de la señora del Comendador, como todos los papeles estaban perfectamente en regla, las disposiciones testamentarias se cumplieron al pie de la letra y el reparto tuvo lugar con toda solemnidad, retirándose la familia del Comendador a Botafogo, y quedando Mauricio con su madre y hermana en la casa de la calle Derecha.

Una vez en posesión de los cuantiosos bienes de su padre y de su abuela, Mauricio dio la libertad a todos los esclavos que le tocaron en suerte, y les dio campo donde hacer sus chozas y plantaciones, vendió los ingenios y redujo todo su capital a dinero.

Como él era más rico que el Comendador, doña Carolina, a pesar de la frialdad con que los trataba, no se decidió a romper abiertamente con él, lo hizo su médico, y le llamaba primo Mauricio.

Libre Gabriela de la prisión claustral y del horrendo himeneo que fraguara la avaricia y deshiciera la muerte, había vuelto al lado de sus padres, luego que se le instruyó de todo lo acaecido; y como las circunstancias hubiesen variado y fuesen los Souza gentes de tan noble linaje, ya no hubo obstáculos para la unión de los dos amantes, quedando decidido que al concluir el tiempo del luto se efectuaría el casamiento.

Entonces, ya prometidos esposos, principió para ellos esa existencia serena como el amanecer de un bello día, iluminada por los rayos dorados de las risueñas esperanzas del porvenir; esa vida vivida por dos almas que están confundidas en una, íese dulce egoísmo que traza en redor de dos amantes el estrecho círculo de -tú y yo- egoísmo precioso que los aísla del resto del universo!

¿No da envidia esa época de la vida?

¡Oh, sí da! ¡Y pesar que sea tan breve!

En ese mismo terrado donde en otros días pasados se paseaba Gabriela sola con el pensamiento de su inocente amor, ahora se paseaban los dos, asidos de la mano, o descansando el brazo de ella en el de él.

Y esa felicidad ya no les bastaba... y suspiraban por ese día en que unidos para siempre ya no se separarían más.

Pedro, que también se había casado con su prima, debía llegar a la corte para el casamiento de su hermana; de suerte que nuestros lectores deben estar satisfechos del desenlace de nuestro romance; aquí rugió la tormenta es verdad, velóse de negras nubes el horizonte y bramó sordo e inclemente el vendaval, más lució en el firmamento el iris de bonanza, disipose la tempestad y sobre las cabezas de nuestros héroes luce un cielo sin nubes de azul y púrpura.

Réstanos dar aún una ojeada sobre el resto de los personajes de nuestra historia y revelar aún cierto secretillo que va a espantar a más de uno de nuestros lectores.

Como ya hemos dicho, las riquezas de Mauricio hacían con que sus amables parientes no lo renegasen de todo punto, porque eso y renegar del dinero era una misma cosa, y a la verdad que si se puede despreciar a un hombre a pesar de su inteligencia y de sus virtudes cuando es pobre, no sucede lo mismo con el rico, porque si San Pedro tiene las llaves del cielo, los ricos tienen las llaves de la tierra y tal vez las de infierno.

Pues, es el caso, que nuestro doctor, mal grado su origen mestizo y el oprobio que pesara sobre los primeros años de su vida, no había podido conocer sus bellas primas sin peligro de su tranquilidad... por eso, sin poderos descifrar lo que sus ojos dijeron a Mariquita, ni lo que le respondieron los de esta encantadora niña, sólo puedo asegurar que cierto travieso muchacho, que según cuenta la fábula trocó sin saberlo flechas y aljaba con la muerte, ise divirtió en matar de muerte de amores a Mauricio y a Mariquita!

Dejo a vuestra consideración, lectoras, el pasmo y el dolor de doña Carolina y de su esposo ¡cuando descubrieron tan nefando crimen!

¡Amar a un mulato! Con ser que eran primos y tan cercanos, ¡era una cosa monstruosa! Verdad es que eran primos, ¡pero de eso no tenían la culpa! ¿Y la tenían por ventura de amarse?

Mauricio, a los veintisiete años de su vida, relegado en la soledad tanto tiempo, era un corazón completamente vacío de ensueños de juventud, de ilusiones y de esperanzas, curvada a la humillación y al oprobio su cabeza; había visto de repente mudarse la faz de su destino... su corazón dolorido y medio muerto, había revivido y su sangre joven y ardiente circulaba libre y fecunda en sus venas... en ese momento se presentó un ángel, ¡una niña llena de encantos y de gracias!, y sin recordar que él era mulato y ella blanca ¡la amó! Y ella, pobre niña inexperta, se dejó prender en la red de esa bondad angelical, de esa dulzura y de esa belleza varonil y severa de su primo... ¡del bastardo hijo de la esclava!

¡Ambos hicieron mal... pero no es de ellos solos la culpa, sino de aquel que postró a Jerusalén, redujo Sodoma a cenizas, desplomó a Babilonia, y dejó de la orgullosa Roma un esqueleto informe que se desmorona a pedazos cubierto con el polvo de mil generaciones!...

Niveladores terribles de la vanidad humana... ¡Tú, amor que no preguntas por condiciones sociales! ¡Tú, dolor que tanto haces sangrar el corazón de los reyes, como el del más desvalido mendigo! ¡Tú, muerte que todo lo acabas y que no respetas ni juventud, ni ciencia, ni virtud, ni riqueza!

Seis meses corrieron desde la muerte de doña María; y una tarde del mes de mayo, serena y bella, como las de ese mes lo son en el trópico; se celebraba un matrimonio en el oratorio de la quinta de Botafogo.

Gabriela vestida de blanco, la corona de azahares en sus cabellos, el velo virginal en su cabeza, arrodillada al lado de su querido Ernesto, recibía la

bendición nupcial, y pronunciaba con voz conmovida de placer el juramento que ligaba su vida a la vida del que amaba. Había tocado el cenit de la dicha.

En derredor de los novios, encontraremos a don Egas de Souza dando el brazo a doña Carolina, el Comendador a doña María de Souza, Pedro a su bella Anita, ambos radiantes de placer, y Mauricio, pálido y pensativo, al lado de Mariquita, que trémula de emoción apenas tocaba el brazo de su primo, con su mano yerta, aun dentro de sus guantes de Jouvin.

Diferente a lo general, terminada la ceremonia, partieron los novios a Petrópolis, a esconder de los ojos profanos y curiosos el cuadro encantador de sus amores y de sus dichas.

El día 15 del mes siguiente, día marcado para la partida del paquete inglés de la carrera de Southampton, a las nueve de la mañana, todo era confusa animación a bordo del gigantesco vapor.

Pasajeros que llegaban, equipajes que se recibían, criados que corrían de uno a otro lado y ese bullicio y movimiento que distinguen un día de partida. Día de adioses para los unos, y de júbilo para otros que regresan al seno de sus familias y que esperan con tanta impaciencia la señal de partir, cuanto es dolorosa para aquellos a quienes va a dividir.

Entre el tumulto de los pasajeros, y de los que van a bordo a acompañarlos, estaban las familias del Comendador y de Souza.

Con todo, no había sino rostros satisfechos, y cuando la señal de partir resonó a bordo, algunos de los individuos que conocemos en esta historia bajaron a tierra; y otros quedaron en el vapor.

Cuando la campanilla de la comida llamó los pasajeros a la mesa entraron en el vasto salón que sirve de refectorio, entre otros diversos pasajeros, el Comendador y su mujer, Mauricio dando el brazo a su prima Mariquita.

Es que está muy en moda hoy el viajar, y ni a bordo ni en esas populosas capitales europeas van a preguntar a un extranjero: ¿quién sois?

¿Sois blanco o sois negro? Ni se pueden temer hablillas; por eso abrigamos la esperanza que Mariquita haya sido tan feliz como sus hermanos.

Fin